The logo is a square with an orange background and a white border. Inside the square, there is a white geometric design. At the top is a triangle with a vertical line through its center, topped with a small cross. Below this is a circle divided into four quadrants by a vertical and a horizontal line. The top-left quadrant contains the letter 'E', the top-right contains 'E', the bottom-left contains 'H', and the bottom-right contains 'A'. Below the circle, the word 'HISPANENSIS' is written in a semi-circle. The entire logo is centered on the page.

ESTVDIOS AMERICANOS

45

REVISTA DE LA ESCVELA
DE ESTVDIOS HISPANO
AMERICANOS ~ SEVILLA

SUMARIO :

	Páginas
ARTICULOS	
Aníbal Ismodes Cairo: <i>Tiempo y espacio de América.</i>	549
Clemente H. Balmori: <i>Teatro Aborigen Americano</i>	577
NOTAS	
Patricio Peñalver Simó: <i>Reflexiones sobre la Filosofía norteamericana actual.</i>	605
José Miguel Pavón: <i>El Derecho político en el Brasil</i>	615
COMENTARIOS	
<i>Clima económico norteamericano. — El genio científico del mundo contemporáneo. — Méjico y el turismo. — Catolicismo social y problemas del campo. — La investigación científica. — Incertidumbre en Hispanoamérica. — V Congreso Interamericano de Seguridad Social. La alegría de Norteamérica. — II Juegos Deportivos Panamericanos</i>	627
INFORMACION CULTURAL	
Ricardo A. Latcham: <i>Novelistas chilenos de la generación del 40</i>	643
CRONICA	
Noticias	677
Emila Cobos Mancebo: <i>La Sección de Artes Plásticas del Club La Rábida</i>	683
Ideas ajenas	689

CORRESPONDENCIA:

Secretario de Redacción de «Estudios Americanos»
 Escuela de Estudios Hispanoamericanos
 Alfonso XII, 12. — SEVILLA

ESTVDIOS AMERICANOS

REVISTA DE SÍNTESIS
E INTERPRETACION

ARTICULOS



VOL. IX
NÚMERO 45

JUNIO
1955

CONSEJO DE REDACCION

Presidente: Vicente Rodríguez Casado. *Vicepresidente:* Antonio Muro Orejón. *Secretario:* José Antonio Calderón Quijano.

Redactor-Jefe: Octavio Gil Munilla. *Secretario de Redacción:* Patricio Peñalver Simó.

Redactores: Mariano Aguilar Navarro, Jesús Arellano Catalán, Cristóbal Bermúdez Camacho, Guillermo Céspedes del Castillo, Manuel F. Clavero, Carlos Corona Baratech, Alfonso de Cossío Corral, Jorge Chmielewski, Raquel Gil Beviá, Ana M.^a Gómez Rubio, José Guerrero Lovillo, Carlos López Núñez, Manuel Luengo Muñoz, Miguel Maticorena Estrada, Francisco Morales Padrón, Francisco L. Otero Nieto, Mariano Peñalver Simó, Guillermo S. Pérez Delgado, Manuel Romero Gómez, M.^a Dolores Vicente Alarcón.



PUBLICACIONES

E. E. H. A.

S E V I L L A

XCVII

Las noticias, asertos y opiniones contenidas en estos trabajos son de la exclusiva responsabilidad de sus autores. La Escuela de Estudios Hispano-Americanos sólo responde del interés científico de sus publicaciones.

Tiempo y espacio de América

ARTICULOS



El tema de una filosofía americana ha venido planteando con insistencia el problema de la posibilidad de una filosofía americana. Ya, por sí misma, la cuestión provoca diversidad de preguntas que conducen a una conclusión relativa al devenir de los pueblos hispanoamericanos en el órbita cultural. En lo específico de la interrogante hay quien acepta el tema y quien lo legitima, como también quien deriva todo el tema de esta problemática engastada en una previa ubicación de algún ángulo teórico partidista. Desde luego puede, por tanto, ir por absolutamente nada, justificando a la ambición de una filosofía americana justificándose en el tesoro de las mismas ya conocidas, o, al contrario, despojarse, apocoseándose, de las verdades intelectuales apartadas y soportar, en la tierra que hace su confin, un nuevo, quizás brillante, pero, en todo caso, desusado resaca.

No se trata y esto es lo fundamental, de reconstruir mi país, en sí y a pesar de todas las violencias

Enrique Martínez

COMITÉ DE REDACCIÓN

Presidentes: Vicente Terradas Catalá, Ferrnandín Angueta Mayo,
Cecilia Sotomayor José Antonio Calderón (1995-1996)

Relatores: José María de Alamián, José María Rodríguez, Patricia
Toralba Sainza

Relatores: Mariano Aguilar Navarro, José Julián Catalán, Cristóbal
Bernabé Navarro, Gregorio Casado del Castillo, Manuel
F. Clavero, Carlos Corrao Zaratelo, Alfonso de Castro Corral,
Jorge Domínguez, Raymundo de la Cruz, Ana M.ª Gómez Ro-
drigo, José Guzmán Lovillo, Carlos López Nuñez, Manuel
Lorenzo Muñoz, Miguel Mancera, Estrella Martínez, Nicolás
Padilla, Francisco J. Curo Nieto, Mariano Pineda López,
Guillermo S. Pérez Delgado, Mariano Romero Gómez, M.ª In-
maculada Yuste Alarcón

ARTÍCULOS



REDACCIÓN

E. I. H. A.

1997

XCVII

Este es el primer número de la revista 'Artículos' de la
Fundación de la cultura, el patrimonio y el arte
de la Universidad Pontificia Comillas. La
responsabilidad del contenido es de los colaboradores.

Tiempo y espacio de América

El tema de una filosofía americana



EN los últimos debates filosóficos se ha venido planteando con insistencia el problema de la posibilidad de una filosofía americana. Ya, por sí misma, la cuestión provoca diversidad de preguntas que conducen a una conclusión relativa al porvenir de los pueblos hispanoamericanos en el orbe cultural. En lo específico de la interrogante hay quien acepta el tema y quien lo ilegitima como también quien deriva todo el tema de una problemática engarzada en una previa ubicación de algún ángulo teórico partidarista. Desde luego puedo, por tanto, negar absolutamente toda justificación a la ambición de una filosofía americana (arrinconándome en el tesoro de las temáticas conocidas) o, al contrario, despojarme, aparentemente, de las vestiduras intelectuales aportadas y solicitar a la tierra que hace mi confín, un nuevo, quizás brillante, pero, en todo caso, desusado ropaje.

No se trata y, esto es lo fundamental, de reconstruir mi piel que, en sí y a pesar de todas las violencias

telúricas, sufre los gajes de lo humano. Mi quehacer consistiría en acomodar lo vernáculo a mi imprescindible condición corporeoespiritual lo que nos precipita a otro tipo de cuestión: Aquello que solemos llamar vernáculos influyente en el hombre? Después de todo, la vida vernacular que nos oprime tiene su categoría óptica, independiente de los pensamientos y de las construcciones intelectuales, como es el caso patético del Continente hispanoamericano, donde advertimos muchos pensamientos enhebrados con otras postulaciones que originan sospechosos divorcios entre el medio y los hombres, provocando —en especial, entre los sudamericanos— la discusión acerca de la herencia intelectual y nos acostumbra a una desadaptación entre el medio ambiente y el conjunto cultural (aislarse del medio ha sido, en frecuentes ocasiones, condición para el trabajo intelectual). De ahí que se hayan obtenido resultados criticables, como es el caso de tantos tratados de filosofía calcados de una realidad sajona, básicamente heterogénea a nuestro modo mental, sin que ello provoque sospechas de que se piense en la necesidad de rehusar la filosofía de tipo oficial, de uso de la cátedra, y plantearnos interrogantes de cuño americano que, singularmente, ahora, entran en juego en el destino mundial de la cultura, cuestiones cuya hondura no se me escapa y que giran, de una manera fundamental, alrededor de la órbita previa de la aceptación de una relación estrecha entre el hombre y su medio.

Esta mi tendencia a radicalizar la premisa, en forma algo violenta, no es por el ánimo de confrontar sutilezas, sino porque considero que, sobre la americanización del pensamiento, ya se ha escrito en abundancia y se han llegado a evidencias indiscutibles que hacen ocioso todo otro discurrir. Murena, en «El Pecado original de nuestra América», lo ha demostrado al referirse a lo que llama parricidio cultural, como una necesidad para el ser del americano, parricidio expreso en nuestro lenguaje tan

particular que llega a límites de matices singulares en contraste con algo que semeja solidez, en el habla del español. Esta actitud es ya general desde los cronistas de la conquista, según escribe Durand Flores en un estudio sobre la condición social del conquistador y en donde se muestra patente la americanización progresiva sin ello significar antihispanismo, como se pretendió ver en alguna época de la historia cultural de América.

De ahí no debe deducirse una lateralización del hecho importante de que todo debate, en el sentido advertido, ya encierra consigo la necesidad de adentrarse en el alma americana y, en consecuencia, derivar conclusiones para una situación de Hispanoamérica en el orden de la cultura universal y, por ende, si se quiere más, para la posibilidad de una filosofía que atienda a la circunstancia americana de primera intención.

El tiempo

Ante todo, cualquier filosofía es un ejercicio humano que tiene su raíz en lo humano. No es posible especular teóricamente eludiendo esta base hominal, sólido pivote que soporta las vestiduras de la abstracción. Sobre el hombre se carga la gasa de lo abstracto y el hombre, como decía Unamuno, es padre e hijo de su tiempo.

Hay algo del tiempo que sirve a nuestro presente y es su constante inconstancia, su perseverante fluidez, su sólida evanescencia que hace tangible y, por lo tanto, parcelable al pasado y que nos permite advertir al suceder como un futuro que encendemos de ilusión o nublamos de pesimismo, consintiendo que abrevemos en el pasado y construyendo, de esta manera, la historia. La historia: sí. Hombre, tiempo e historia: la feria de los conceptos. El tiempo es, como diríamos en la escuela, un tiempo de hombres y cosas; pero la historia humana es el tiempo de las personas. El tiempo, para la humanidad, reza, pues, como historia. Todo hombre tiene su historia personal en

la que ha hundido su tiempo. Los hombres tienen su historia universal en la que han prendido sus esencias. El tiempo individual es un tiempo de biografías. En cuanto realidad, hipotéticamente aislada, mi tiempo no es avasallable por nadie; pero en cuanto hombre colectivo, vivo el tiempo de la historia penetrante a mi mundo, historia a la que puedo llamar, como ya se hizo, historia universal y esta historia tiene la característica impositiva determinada por el drama que hace el contexto de las «hazañas» (hazaña como hecho trascendente para una órbita cultural). Así: observemos que 1492 dice algo más que poco para cualquier hombre de Europa y América y, sin embargo, durante algunos siglos tal fecha carece de materia para el asiático; la «hazaña» europea, a la hora presente si se ha universalizado y para todo asiático es de tremenda y decisiva realidad, el inicio de la incorporación del orbe americano a la esfera de la creación occidental. Queda entendido que no llamamos hazaña a los hechos que suponen los manuales, aunque ellos también pueden ser hazañas. La historia nos cuenta hazañas europeas y sólo en Europa se dió tanta importancia a la historia, lo que no deja de tener sus consecuencias y si bien Europa supuso que su ritmo temporal de universalización estaba dado por el progreso, incrustó esta progresión desde Condorcet y Comte en un espejismo de temporalidad indefinida.

Ha ocurrido, empero, como comprobación inescapable, que todo el mundo, parece estar ingresando a vivir la historia occidental. Proposición que a juicio de algunos es retrucable, en el sentido de que es Europa la forzada a vivir la historia de países que le fueron y son foráneos para su ethos. Alguien ha dicho que el europeo está aprendiendo historia después de inventarla. Desde Hegel hasta Toynbee, los historiadores europeos han ampliado su visión al mundo oriental con el propósito de abarcar todos los ciclos culturales universales. El hecho indiscutible es que americanos y asiáticos cuentan en su haber

histórico con una etapa de influencia europea que no existía antes del siglo XVI. La historia, pongamos por caso, para el Tahuantisuyo, rompe su unidad temática ideal desde la conquista y se adentra en la vorágine de un pensamiento que le era extraño. Toynbee ha encontrado que las ideas revolucionarias del actual Oriente son de raíz occidental con la desventaja de no haber prosperado en sus caldos originales. Si aceptamos la clasificación de las culturas de este historiador, tenemos que admitir también una variabilidad temporal. Es evidente que el ámbito de la historia y de la reflexión sobre ella se ha ampliado desde la era de las conquistas y las expansiones coloniales. No son nada raros los paralelos de los estadios europeos con los asiáticos; en el fondo de las obras de Spengler advertimos este sentido y nosotros también lo utilizamos, así como cuando decimos que el mundo prepara una nueva edad media en América; pero todas estas palabras tienen ya su sentido específico determinado por el mundo en que aparecieron. Esta presencia de la historia occidental trae consigo consecuencias valiables en una esfera mucho más amplia e incura dentro del origen de nuestras conclusiones y así tenemos, por ejemplo, el tema de si existe o no un tiempo occidental.

El tiempo occidental

No es que esta cuestión sea marginal a una búsqueda filosófica americana, sino que se halla en la médula misma de nuestra inquietud. La relativización del tiempo, en función de la historia, entraña como secuencia la relativización de todos sus contenidos culturales cuya verdad es asignable a la misma condición humana (la religión cristiana, por ejemplo, no es un solo occidental, aunque a su difusión haya concurrido en alto grado la expansión europea. De este fenómeno de la religión hablaremos más adelante). Por ahora, no hurtemos el cuerpo a la cuestión central que consiste en insumir un tiempo a una historia

y aceptar que el tiempo que ha llegado a prevalecer es el tiempo de Occidente, tiempo que, por otra parte, parece estar en su crepúsculo vespertino.

Ahora bien, el afanoso desenvolverse de las hazañas empuja al cenit o al nadir y, por su efecto material sólo ya es posible medir el impacto de una civilización. Nada nos importa que en los tiempos de Pericles existieran grandes imperios asiáticos y hasta tal vez, en otro extremo de la geografía, imperios americanos si no fueron viaductos de espíritu para nuestro pensar de hoy. Cuando los asiáticos recibieron la cultura europea empezaron a modificarse, se exotizaron, fenómeno al que no somos tan extraños los hispanoamericanos que, con frecuencia, nos vemos extraños a nosotros mismos; pero la cristalería de una cultura se puede quebrar al hundirse la coraza de acero que la recubre y esto quizás es lo que está ocurriendo al presente. No voy a detenerme a reflexionar sobre la decadencia de la cultura de Occidente y sobre su crisis económica; pero no podré eludir la desesperanzada inquietud con que defiende sus entelequias espirituales con hijos nacidos del maridaje entre la ciencia y la técnica y cuya supervivencia depende, paradójicamente, de un rechazo cada vez más notable de los propios contenidos vitales. Europa camina hacia su americanización o asiaticización en su ciencia o en su técnica. El dilema que el tiempo ha planteado no puede ser ocultado y, como es natural, la presión de las armas va acompañada de la presión de un espíritu distinto. De todas maneras y esto no es novedad, también el pensamiento europeo se exotiza para sus futuros fermentadores.

Y no es que pueda decirse que lo exótico tenga su anverso y su reverso. En San Salvador, lo exótico, en una dimensión universal presente y futura, no eran por cierto Colón y sus compañeros. Los exóticos eran los indios y no porque vestían con taparrabos y adornos de plumas. Eran exóticos porque lo extraño no habría de ser la men-

talidad de Colón, a partir de ese momento, sino la mentalidad retrasada del indígena. En este sentido no caben falsas posturas de la demagogia cultural. Igual puede decirse del Comodoro Perry en el Japón. Un estadio cultural más amplificado hace exótico a su inferior, lo que no quiere decir que dicho estadio sea necesariamente de mayor calidad humana. No hay estadio cultural más amplio que el occidental en todo el curso de los tiempos; pero, ¿podemos acaso decir que también sea de mayor contenido humano? No faltan quienes creen que la expansión de Occidente renovó técnicas; pero trajo infelicidad. Y este problema, al margen de otro que invita a meditar acerca del futuro de la misma cultura occidental, en la temática que nos hemos planteado, es la interrogante sobre si la cultura occidental tendrá fuerzas para sobrevivir e imponerse al futuro. Recordemos muchas culturas de notables logros en sus tiempos, así el Imperio Incaico que llegó a una concepción paternalista que invalidaba la miseria, etapa, tal vez paradisiaca, irreversible hasta ahora; pero entre un quipu incásico y el alfabeto latino no hay comparación y el alfabeto se impuso, no sólo por las armas españolas. De igual manera, la necesidad que tiene Europa —aquende o allende la cortina de hierro— de las armas foráneas a su medio, ha puesto en peligro su unidad temporal, ha quebrado radicalmente su capacidad de imposición civilizadora, es decir, de imposición de la cultura europea y la ha forzado a someterse al dictado de una nueva visión de las cosas, casi diríamos de una nueva filosofía informulada escolásticamente, aunque de una vivencia dramática. Se habla con sospechosa insistencia, y ya lo hemos dicho, de una americanización de Europa y también se habla de una orientalización de la misma. Pronto China gravitará con su pensamiento y su manera de ver al marxismo sobre Rusia, si ya no lo estaba gravitando desde la Revolución de 1917.

El filósofo de la cultura del porvenir trabajará con la

comprobación de que en cuanto el pensamiento europeo se expandió universal, en ese mismo instante, cual súbita luz de bengala, apagó su clarescencia ante una noche de incógnita; pero el constructor de una filosofía americana retrotraerá su pensamiento al momento en que el tiempo europeo llega al Continente.

La historia de América

Estamos, pues, descontando la comprobación de la estrecha relación entre el hombre y la historia, y estamos asignando a la historia una categoría funcional dependiente del mayor o menor éxito que tenga un pueblo en la gran comparsa mundial. Seamos modestos y reconozcamos que, en este momento, la historia de América hispana interesa, aparte de los especialistas y curiosos, sólo a los hispanoamericanos o a quienes tienen que vivir dentro de su ámbito. Toda la historia de los países hispanoamericanos no llega a ser sino un pequeño capítulo en las páginas voluminosas de la Historia Universal. El pensamiento de los Estados Unidos está comenzando a conocerse y hasta a mal imitarse (la novela realista contemporánea ha bebido en Faulkner y en Hemingway el agua que alimenta su vena desorientada); pero sobre ello hay mucho de moda; lo real es que, para nosotros es indispensable el pensamiento europeo, en tanto queremos construir algo y vemos con sorpresa cómo este mismo pensamiento de altas calidades, acepta, sin discriminar, nuestros subproductos. Es decir que, cuando hablo de nosotros, me refiero a quienes hemos ingresado a la corriente universalista de la hora occidental. Se dice, entonces, que la herencia cultural clásica también forma parte de nuestro patrimonio y, un poco humildemente, forzamos la imaginación para suponer a Platón y a Aristóteles como padrinos del estadio cultural americano del presente y del futuro. Ello no obsta para que también reconozcamos que hay amplios sectores de las colectividades hispa-

noamericanas ajenas al tiempo de Occidente y sobre las cuales habría mucho que decir. El caso es que en algún sentido, todavía estamos en posición de advenedizos de la cultura occidental y que nuestros aportes se valoran por su condición exótica.

Pero Hispanoamérica se está descubriendo a sí misma y está volviendo las miradas al interior de su ser. Se ha lanzado a la aventura del pensamiento y a la necesidad de construir su propio y original tiempo con los métodos de la revaloración y el balance de su estado. Esto no significa fanatismo cultural, ni posición tendenciosa, ni indigenismo, ni colonialismo. En todo caso hay que contar con ambos elementos a los cuales les damos un sello que no hemos definido totalmente en su amalgama.

Si como hemos dicho, también el pensamiento europeo se americanizó en lo exótico, con el descubrimiento de América, y planteó tesis que se mantenían con los datos de América (así el hecho concreto de la influencia de las civilizaciones primitivas en los escritores utopistas del filosofismo francés sujetos al espejismo de la bondad del hombre primitivo americano, descritos a través de las generosas pinturas de la escuela del P. de Las Casas), no podemos desconocer el efecto que han tenido estas tesis en las fantasías que a la postre, han engendrado guerras y revoluciones con sentido catastrófico en Europa.

Esta misma circunstancia del revolverse de Hispanoamérica al interior de su ser y a la confrontación de un tiempo novedoso, conduce a ciertas personas a suponer que el americano de hoy es un europeo de allende los mares. Así Murena nos dice que «somos europeos desterrados», suposición de vigor discutible, pues, equivale a desconocer factores de un vigor histórico impostergable, como son los datos de las culturas antiguas y el medio geográfico que ejercen presión en el alma y en la historia cultural de los americanos. Más bien creo yo que se trata de una nueva temporalidad que comienza a amanecer y

cuyos primeros frutos comenzamos a saborearlos. Hay así el hecho incontrovertible del indiano y la unidad histórica hispanoamericana a partir de la conquista; muchos escritores se han referido exhaustivamente al indiano. El europeo que regresa a su continente y el que lleva impresa en la retina de sus ojos la fantasía de un mundo, donde la naturaleza vive su esplendor para la codicia del hombre. El indiano, se ha dicho, ya no es un europeo; tampoco es un americano (es decir americano de la hora de la conquista); es la promesa del hombre del futuro. Con él se nos da, anticipadamente, la figuración del estado de cosas presente.

El problema del espacio

Conjuntamente con el indiano aparece la unidad histórica del Continente. Dos pueblos europeos, en esencia, han conquistado América: Españoles e ingleses; pero en gracia a la verdad, sólo puede hablarse de conquista española, en cuanto conquista signifique fusión y construcción para las patrias del futuro. Sobre el norteamericano no ha actuado un tiempo heterogéneo. El norteamericano es hijo del espacio. Son europeos a los que lo telúrico les ha proporcionado una nueva fisonomía. No llegan a ser indios y por lo mismo, hondas, tremendas y peligrosas son las diferencias entre la América del Norte y lo que se llama Hispanoamérica, pese a los esfuerzos para una comunidad que participa de caracteres políticos y fenicios. En cierto sentido el panamericanismo no ha podido colmar sus proyectos por la sencilla razón de esta diferencia anotada; pero ella, a la vez, nos está advirtiendo de una mancomunidad en el terreno de la historia, mancomunidad de tensiones y que se hará más tajante, conforme los pueblos de Hispanoamérica desarrollen sus consecuencias y se fortalezcan en medida más alta. La lucha de los Continentes tendrá en Hispanoamérica y Norteamérica a dos campeones difíciles de entendimiento. No hay que olvidar,

además, que estas dos historias adquieren un ritmo más acelerado a partir de la independencia.

El hecho de la independencia puede tener su raíz prístina en el cristianismo o puede derivarse del filosofismo revolucionario. No interesa. Lo real es que las ideas emancipadoras encontraron eco, asiento y desarrollo en el hombre de su época y como las ideas no nacen por generación espontánea nos precisa investigar hasta qué límites corresponden con la unidad histórica del continente americano. Advertimos así que, por la colonización europea, éramos empujados a una aceptación indiscriminada de la temporalidad europea; pero el tiempo en América tiende a retrasarse en relación con Europa, lo que se expresa gráficamente en aquella expresión jurídica de «la ley se acata; pero no se cumple», es decir que desde ya, en el terreno de la vida que trata de interpretar la ley, en toda América se vivía en forma distinta. Sea que el régimen colonial pareciera oprobioso o que estuviera en concordancia con las necesidades del momento, el hecho es que subsistió sin gran recurso de fuerzas hasta que una nueva visión de las cosas, motivó reacciones distintas.

Y la reacción se produjo cuando la hora occidental había dejado de vencer espacios en América y la capacidad impulsora de la conquista había consumido sus últimos fuegos. Los mismos peninsulares que luchaban en los ejércitos realistas actuaban en forma americana y es curioso el caso de los motines en que el ejército derroca a un Virrey, como en una algarada militarista cualquiera de aquellas a las que es tan dada Hispanoamérica.

Todos los pueblos tienen sus horas de reposo y expansión, sus horas de silenciosa espera y sus horas de actividad. España, en el siglo XVIII había puesto de lado todas las incitaciones que dice Toynbee. Había detenido su marcha a la conquista de nuevos espacios y se tenían que generar circunstancias distintas. El indiano se vuelve criollo. Se asienta y se queda en América y, cuando siente la urgen-

cia de modelar su propia temporalidad, se sacude de la metrópoli. La independencia significó poco para los antiguos moradores, para los indígenas y todavía, salvo excepciones, no representa nada. Y si el criollo está volviendo los ojos sobre los indios es porque los necesita para acelerar su propia marcha. De la conciencia de su temporalidad, nace la historia criolla de América y su sensibilidad continental. Para España no hubo problema indígena. Lo que sí hubo, en forma insalvable, fué el problema criollo que no pudo ser resuelto y que determinó la ruptura dando temas a nuevos planteos.

Creo que el problema del espacio inconquistado y abandonado amodorró el ímpetu hispano y es que además del tiempo, para la comprensión de la situación histórica de América, hay que referirse al espacio. Se dice que América es todavía Geografía y que comienza a ser historia; y quienes dicen esto, justifican los sometimientos mentales y hasta físicos a la gnosis extraña y nos invitan a perseverar en un estado de cosas semejante al de la Conquista, sólo que, ahora, los nuevos conquistadores nos vienen o del Norte o del Oriente asiático.

El espacio americano es de lo más variado; evidente que todo espacio tiene su singularidad, y, sin embargo, cuando hablamos del espacio en América reflexionamos en determinantes poderosos. Tanto es así que la conquista norteamericana fué, sobre todo, un problema de espacio; y es conveniente que, en tal sentido, nos permitamos una pequeña digresión. La colonización inglesa en Norteamérica tuvo como característica fundamental su distanciamiento con los pueblos aborígenes y dicho distanciamiento tomó formas agresivas por parte de los colonizadores del siglo pasado. Se arrebataron tierras y se eliminó a los hombres. Hoy, el indígena americano es apenas objeto de curiosidad turística, espectáculo de feria y vive en una reducción. Esto, que nos interesa humanamente, tiene una significación filosófica y su clave en la contienda por

el espacio sin importar la cultura. También, por lo mismo, el colonizador no tuvo necesidad de retrasar su hora para ajustarla a la lentitud temporal del indígena.

Los Estados Unidos crecieron en demanda continuada de espacio y no lo hicieron en forma ordenada y premeditada, sino que fué la consecuencia de factores sociales y económicos. No leemos en el Acta de la Independencia, ni en Jefferson, ni en Paine la menor alusión a ese «destino manifiesto» que sería el nervio de la modalidad conquistadora del novecientos. Por el contrario, lo más selecto del pensamiento norteamericano, su inteligencia, no marchó de acuerdo con el ritmo de la conquista. Sobre las vírgenes praderas del Far West americano, un hombre, el inmigrante europeo, escribió su tiempo antiguo; pero se remodeló con un espacio de libertad que lo distingue al presente. Venía con su hora occidental; pero al contacto con un sistema de tierras diferente adquirió un volumen y una comprensión distinta. Esta es la base del llamado optimismo yanqui y de ese espacio derivó una concepción especial de la democracia, basada en el peso de las multitudes dispersas en espacios dilatados. Y ese espacio ha formado lo que se denomina «el modo americano de vida».

Es que la hora conquista espacios también. En Hispanoamérica estamos viviendo esta etapa. Curiosamente, muchas poblaciones tienen conocimiento del avión y de la radio antes de que sepan leer y formular cálculos matemáticos. Sobre el terreno de las mentalidades primitivas se está escribiendo una página de insospechados alcances y forjando una filosofía sui generis. No hemos calculado cual será la mentalidad del nuevo pionero sudamericano, que se ha lanzado a la conquista de los territorios sin ánimos de avasallar a los pueblos y recurriendo a técnicas estupendas, según estudiamos en un próximo trabajo sobre la influencia de la técnica en el pensamiento americano. Este tipo de colonizador utiliza, además el viaducto

comercial y se presta a tantas actividades que, so capa del Estado, se tiñen de una influencia paternalista.

El cristianismo

Tiempo y espacio marchan conjuntamente en la historia de América y se compenentran en el destino futuro de nuestras colectividades. Ahora bien, el tema de la temporalidad incluye otros fenómenos, enlazados con circunstancias históricas precisas. Así estamos refiriéndonos a la hora del Occidente y no podemos pasar por alto la circunstancia de que la hora de Occidente está marcada por el hecho histórico del nacimiento de Jesucristo. Por tanto, de inmediato surge la interrogante. ¿Qué significa la hora cristiana para la filosofía? En realidad de verdad, la reflexión sobre el tiempo es una reflexión de tipo cristiano. En nuestro fondo hallamos la situación trágica del hombre: la esperanza de la superación del tiempo y el hambre de eternidad. La eternidad no es otra cosa más que el vencimiento del tiempo. No se trata, pues, de que fijemos, con libre arbitrio, la importancia del sentido cristiano del tiempo, sino que ese sentido trascendental que hace decir al hombre y al cristiano que este mundo «es un valle de lágrimas», ha sido el nervio de una acción histórica determinada, a pesar de todos los contrasentidos que podamos hallar en la conducta de los cristianos de Occidente, que muchas veces traicionaron la fe de la que parecían los portadores.

El occidental, quiéralo o no, tiene que admitir que su historia se rige por Jesucristo; pero lo interesante está en que esa fecha ha servido como de patrón que permite nuevas superaciones en los órdenes culturales. En el fondo de todas nuestras andanzas históricas recurrimos al hito cristiano para amojonar nuestra historia y nuestra vida. Esta discurre en el tiempo cristiano asimilado por Occidente y ha sido tan poderosa su virtualidad que, empece a todos los esfuerzos de ilusas revoluciones, nada han con-

seguido, como en el caso de los revolucionarios franceses y rusos que quisieron establecer nuevas fechas calendarias. Ha ocurrido, precisamente, lo contrario y es que cuando una civilización pasada entraba en la órbita de Occidente, su sentido del tiempo asumía el acontecimiento en el vértice de las fechas cristianas. Nada importa, para el caso, las pequeñas variantes del calendario ortodoxo que, de todas maneras se considera cristiano y se totaliza en ese ser. Incluso otras concepciones de la temporalidad, como la de la hégira musulmana, advertimos que en cuanto se modernizan, se adscriben al nuevo sentido cristiano de la temporalidad.

Temporalidad quiere decir, pues, la era cristiana. Todo aquél que reflexione sobre América no puede prescindir de esta condición y de la afirmación de que el tiempo cristiano llega por Europa. En esta forma resulta patética la pugna de los pensadores americanos por ordenar un conjunto de pensamientos acerca de su propia condición histórica, como es el caso de la pugna entre hispanistas e indigenistas, pugna sin sentido dentro de tiempos más acelerados y que tienen una raíz cristiana. Estamos de acuerdo en que la pretensión de un pensamiento escindido de la realidad temporal cristiana no tendría jugo, pues toda postulación ha de tener como base la premisa europea, aunque dentro de la zarabanda filosófica europea contemporánea no haya unidad conceptual para definirse. Y, sin embargo, esta filiación tiene ya que ser original para evitar confusiones, pues, no faltará quién diga que, en la misma línea del pensamiento europeo ya es fácil advertir posibilidades para llegar a todos los límites de la aventura, inclusive hasta a contradecirse.

Un pensar sobre Hispanoamérica es un pensar seriamente particular y aunque reconozca sus filiaciones con el europeo, no obstante, tiene que ser diferente desde que se aplica a un objeto distinto. Igual ha ocurrido con Europa en relación al mundo greco-latino y a este mun-

do en vinculación con el oriental. Recordemos que la filosofía griega parte de las inquietudes religiosas de los pueblos del Medio Oriente ya florecidas en los grandes sistemas cósmicos de religiosidad nacionalista. El griego no hizo filosofía griega conscientemente y menos aún jamás se propuso un plan nacionalista en su filosofar y, por más que extrememos las cosas, no hay una regla uniforme en lo relativo a la filosofía clásica. Los estudios de Jaeger y Windelband ayudan a desconcertarnos en este aspecto. La superabundancia de producción desde los presocráticos hasta las postreras manifestaciones romanas, pasando por la unidad sistemática de un Platón o de un Aristóteles hasta el estoicismo y el epicureísmo etc., son de una magnitud asombrosa y cada una se encierra en su unidad insalvable. Entonces: ¿Cuál es su común denominador? Orgánicamente, ninguna palabra tendría su cabal sentido en este plan; pero, no obstante ello, hablamos de una filosofía helénica. Los problemas del pensamiento clásico aparecieron uniformados para nuestra perspectiva y se engarzaron en esencia, con los del mundo europeo.

Los creadores de la filosofía europea no presentan un modelo de unidad. ¿Qué hay de común entre la neoescolástica y el existencialismo y todas las demás especies? Y, nadie, sin embargo, pone dificultades a que se denomine filosofía europea a ese conjunto desarticulado y sus temas, sin ser los mismos de la filosofía clásica, tienen un parentesco indiscutible con ese mundo cultural.

Los temas semejantes de los orbes culturales descritos coinciden en un afán por teorizar acerca del hombre, del mundo y de Dios. Es evidente que todo hombre, hombre corriente, también tiene su filosofía sobre el tema. Hay quien tiene un original modo de entender los problemas citados y así llegar a una filosofía informada y no apropiada para textos que, sin embargo, ejerce en el hombre una potente dinámica advertida en la organización de su vida y, además, esa concepción tiene el sabor de lo in-

dividual, característica singular que todos los hombres prefieren y aman.

Hay también quienes interpretan el sentido colectivo o marcan nuevas rutas para este mismo sentir. Ya tenemos al filósofo de la colectividad. Los griegos formulaban a sus coetáneos problemas de sabor cercano y consecuencias eternas; el americano, de igual modo, debe plantear problemas de índole particular, es decir, que, en apariencia, afecten sólo a los americanos, y sin duda, de ello se han de colegir conclusiones insospechables y de trascendencia universal y, tal vez, la primera de estas interrogantes, consiste en formularse la pregunta acerca de cuál es la posición de América frente a la crisis del mundo occidental.

Y, en la búsqueda de estos problemas, el americano se encuentra con la historia. Todos los pueblos de Hispanoamérica nos hemos levantado sobre los hombros de la historia; pero sólo una maduración exquisita de muchos siglos puede hacer que el hombre prescindiera de aquello que Spengler denominaba: «sino histórico». Tanto la desintegración como la formación de un mundo se forma en la historia. El primer brote de la filosofía cristiana que es, a la vez, la última expresión del mundo antiguo, aparece en San Agustín, en la «Ciudad de Dios». En Platón, todo el contexto de sus doctrinas se halla alumbrado por las violencias de su drama contemporáneo y la doctrina sobre el ser quiere aparecer como un breviario político. El caso de un Descartes, recluso en su buhardilla, huyendo de las aficiones de su tiempo para estudiar mejor la forma de llegar a la verdad, no significa una deserción de la temporalidad, pues, detrás de ese deseo de anclar firmemente en un terreno sólido que le garantice la estabilidad de su verdad no es sino la consecuencia de la lucha entablada entre católicos y protestantes, a cuyas espaldas se refugiaban los intereses políticos del momento, aparte, como es natural, que dichos intereses políticos habrían de usufruc-

tuar todas las secuencias de los progresos del debate hasta llegar a lo último en las aplicaciones de la ciencia, para la pugna del presente en el campo actual. Por su parte el americano tiene que especular sobre la base histórica y la historia es un tiempo, de modo que urge interrogarnos acerca de la existencia de un tiempo americano. De la respuesta que demos a esta pregunta, se podrá deducir el papel de Hispanoamérica en el mundo de la cultura.

El tiempo americano

Pero es un hecho que existe un tiempo americano. Desde que se inició la incorporación de América al mundo occidental, este tiempo comenzó a influir. No llegó a darse una simbiosis categórica entre el mundo indio y el occidental y, después de todo, las categorías se americanizaron. Por americanización hay que entender algo distinto a sumergirse. Quizás sí, Occidente se impuso en muchas formas culturales: religión, idioma, etc., pero siempre hay algo que se escapó a esa penetración y ese algo es el quid de un nuevo espíritu. Un francés o un alemán no pueden discutir su occidentalismo. Un americano, lo pone en duda. ¿Por qué? No por propósito de oposición, sino porque tiene esencias informuladas que anhelan presentarse. Ya, desde tiempos muy remotos, el poblador americano formulaba sus cuestiones partiendo de la raíz humana que le marcaba su espacio y la inexistencia de relaciones con otros pueblos hacía aparecer una categoría de tiempo más o menos estabilizado, aunque sujeto a contingencias desconocidas; pero de una efectividad indiscutible. La Arqueología, cada día descubre civilizaciones más primitivas, en donde se repitieron, como sino fatal, todas las leyes de existencia y supervivencia y muerte que rigen a las civilizaciones. La universalidad del fenómeno bélico, por su absurda condición humana y la presión de catástrofes sísmicas arrumbaron civilizaciones que fueron la gala de

su tiempo. Otros pueblos del mundo habían vivido esas etapas y el estado de cosas que encontró el europeo en América ya no le era consustancial; pero la experiencia no le era ignorada. El hecho básico es que el hombre americano, sujeto a su temporalidad era tan hombre histórico como el de otros continentes, hecho que sintieron los primeros conquistadores y que, sin embargo, resultó ignorado oficialmente.

La historia americana comenzó a vivir los intereses de un mundo que le era foráneo; pero al cual se involucró por razón de la universalización cumplida por el europeo; trabajando, desde la raíz misma de su ser, para alcanzar su designio particular, con su auténtica télesis. El americano llevaba a Europa, con un elemento desintegrador que se aceleró en los últimos años. No sólo iban al Viejo Continente los productos exóticos de la civilización americana, sino que llegaba a los pensadores el hábito refrescante de una original concepción de las cosas, hábito impreciso, que llegaría a adquirir una primera forma en el deseo subterráneo que asiste a toda la Independencia: el derecho a la originalidad.

El tiempo americano posee algunos caracteres que enumeraremos a manera de esbozo.

a) *Ritmo acelerado.*—Desde que la Independencia inició al Continente en la construcción de su historia o, mejor, reanudó, con un hito más, la ligazón a mundos pretéritos, la velocidad del tiempo comenzó a ser su característica. En Europa, la conciencia del tiempo se nutría, lentamente, de un bagaje clásico-cristiano que se introducía en cada ritmo temporal y que se refleja en la supervivencia de los estratos feudales y, en la organización íntima de la sociedad europea, donde la aristocracia tiene pátina deslumbrante que hace del burgués un eterno aspirante a ser incluido en la colección del Almanaque Gotha. Nos sorprendemos, si se nos dice, a pesar de todas las declamaciones republicanas de Francia, Italia o Alemania,

que la nobleza sigue manteniendo su posición ilustre y que, cuando hablamos de nobleza, estamos hablando de la presión de un tiempo pasado. De ninguna manera es frase de clisé turístico referirnos al Viejo Mundo y el europeo lo siente cuando caracteriza al vértigo de la velocidad como un síntoma de americanismo. Y, precisamente, como anotamos ya, el influjo de América sobre Europa se nota en la aceleración temporal. Podemos afirmar que, si Europa se hace americana es, en cuanto la vivencia de la rapidez se introduce en su mentalidad.

Igual conclusión extraemos de la observación del Asia. Sea que por sistema religioso o filosófico o, por cualquier razón, el asiático se ha destacado por la lentitud. Aun el ritmo temporal europeo suena a veloz para el asiático, que se confunde y trastorna más ante el ritmo americano. El letargo asiático no ha sido sacudido por el europeo, que prefirió dejarlo sumido en su marasmo tal como reza la experiencia hindú y como la entrevemos, a pesar de toda la faramalla aparente del Japón.

Y a lo que digo se podría objetar, quizás, que no todo el tiempo americano es tan vertiginoso, como afirmamos, y que, más bien, es un producto exclusivo de Norte-América, sin validez para nosotros los hispanoamericanos, en donde advertimos la misma lentitud del asiático. Mas, ello implicaría una visión falseada de la realidad. En Hispanoamérica los tiempos lentos no corresponden a la genuina realidad americana y son, en cuanto tales, o manifestaciones de un pretérito por donde ha pasado la conquista con un peso aplastante o supervivencias del estado social europeo de la colonia. En sí mismo, el americano del sur, ese nuevo tipo de hombre que ya no es el primitivo aborígen, ni vive atado a la colonia, es un hombre también apresurado, tal vez algo menos que el del Norte, tal vez, con menos tenacidad que un europeo; pero que siente la angustia de levantar rápido, de precipitar sus conclusiones, de transformar, de revolucio-

nar y si su energía no se ha desbocado por el camino de la técnica como el americano del norte, su afán de atropellar el tiempo lo ha vivido en la variedad política, materializada en las temporarias revoluciones que son el pulso de América del Sur.

El indio y el colonialista andan lentos en estas tierras; pero también ellos van ingresando a la vorágine acelerada y a ello se nos interrogará ¿es que debemos negar el americanismo del indio y del colonialista? o también ¿no es cierto que el indio y el colonialista pesan en la conciencia americana? Ambas preguntas tienen su valor y debemos confrontarlas. Sí: el indio y el colonialismo son americanos. Negar dicho carácter es absurdo: el habitante de las tierras andinas como el primitivo de la selva son americanos; también lo es quien vive arrumbado en el sistema paternalista de la encomienda; pero ellos no constituyen el patrón de existencia que rige y regirá el destino de América. Ningún filósofo podrá atreverse a proponer, como esencia del americanismo ni al indio ni al colonial. Todos sentimos que pertenecen a los cimientos de la construcción; pero jamás al remate, a la contera de la edificación. Todos convenimos en que son etapas para ser superadas. El más intransigente de los indigenistas no aceptará retroceder en la historia para volver al incaico o al azteca y la admiración por una época trascendida no hará lícito un absurdo histórico, ni tampoco de la conmisericordia con respecto al estado social presente podremos derivar un panegírico por los sistemas sociales pre-colombinos. A iguales consecuencias llegaremos al analizar la supervivencia de algunos estratos coloniales en la organización social sudamericana. Si es verdad que el colonialismo, con todo el peso de su pasado, supervive, también es verdad que hoy día, la tendencia general es, a liquidar dicho sistema, sea por la presión de nuevas fuerzas capitalistas o por la dirección social del Estado. En forma, cada vez más rápida, los últimos cincuenta años de histo-

ria sudamericana nos están evidenciando que nos transformamos, americanizándonos más.

Por otra parte, sería absurdo negar que ambos modos de vida pesan en nuestra civilización americana presente. Los sistemas políticos y las observaciones sociales coinciden en señalar el peso de esas fuerzas históricas; y, tampoco a nadie se le ocurre considerarlas definitivamente estancadas y, el hombre americano, director de estado o líder del pensamiento sabe que ese peso, en cuanto se americaniza también se acelera. Si el desarrollo de los Estados Unidos en la centuria pasada llamó la atención del mundo, estemos seguros de que el crecimiento también asombroso de Hispanoamérica ha de ser el pasmo del futuro.

b) *Tiempo saturado de espacio.*—Desde que Kant clasificó al tiempo y al espacio como condicionantes subjetivos de la sensación hemos dado al espacio una significación cada vez más distante de lo que debe entenderse por tal siempre inclinándonos a una forma abstracta y desatendida de su condición telúrica; otras veces, hemos tratado de levantar galimatías político para uso de intereses concretos. En nuestro caso no queremos ofuscarnos y cuando hablamos del tiempo americano saturado de espacialidad, como un dato válido para la reflexión filosófica nos excluimos radicalmente de toda consecuencia política, que, para algunos habrá de parecer tal. ¿Qué queremos decir que nuestro tiempo se satura de espacio? Pues queremos sacar a luz una realidad universal. El hombre vive, por lo menos hasta ahora, en la tierra y, a esa tierra le da la fisonomía que exige su tiempo. Puede tratarse de una ciudad como también puede tratarse del agro. En ambos casos tendremos a una ciudad (moderna o antigua) y a un campo (virgen o a un campo forzado a rendir). El afán de dominar el espacio cobra distintas fisonomías. Europa domina el espacio, digamos así, por profundidad

y no por extensión. América domina el espacio por extensión y ello tiene sus consecuencias en el tiempo.

Dominar por profundidad exige una sabiduría de la tierra, que hace rendir al mismo palmo de tierra, casi por arte de milagro. La tierra es como un animal domesticado, de noble raza, cuyos rendimientos están en relación con el cuidado proporcionado por el hombre, por la ciencia del tiempo del hombre. Así es Europa y así es Asia. Desde hace mucho tiempo en Europa, por lo menos en las zonas más occidentales de Alemania, Francia, España, Italia e Inglaterra no se pelea por el espacio europeo. Se ha estado peleando por los espacios del borde del continente, por las colonias. En Europa el espacio ha sido ampliamente conquistado y, pasar de unas manos a otras, como en el caso modelo de Alsacia y Lorena no tiene significación. De muy distintas formas ocurren las cosas en América. Todas las naciones tienen superabundancia de espacio y este espacio es uno de los factores que exige una dinámica acelerada al tiempo. Circunscritas a sus propias fronteras, sin embargo, no hay nación sudamericana que no esté urgida por dominar su propio espacio casi siempre desconocido, en toda su amplitud. Nadie se lleva más sorpresas en este sentido que los diplomáticos, en los litigios fronterizos, sobre zonas donde solo hallaron salvaje una tierra incógnita. Utilizamos todos los procedimientos mecánicos que nos permiten abreviar el tiempo de dominio del espacio y al tren le sucede el automóvil y el avión y, más todavía, hay zonas a donde el avión se conoce antes que al tren y al automóvil. El pensamiento, anheloso de conquistar mayor espacio, habrá de ir por el camino que le proporcione mayores facilidades y ese será el camino de la técnica. Todo el conjunto de la producción literaria o de pensamiento realizada en América posee dicha característica: está dominada por el espacio. Nuestras novelas tienen el sabor de la tierra y sus temas, cuando alcanzan a ser verdaderas expresiones del alma nacio-

nal americana, es porque tratan de problemas relativos al espacio y hombres especiales (que, en este sentido, vale hablar de hombres especiales en América donde había necesidad de una mayor resistencia y vigor para someter al espacio. Los incas, los españoles y los caudillos militares fueron hombres del espacio y hasta en la obsesión de ciertos regímenes políticos americanos por las carreteras alcanzamos a observar dicha presión del espacio).

Nuestro tiempo y su meditar se erige, pues, sobre un cimiento espacial y las consecuencias de ello para la filosofía americana las advertimos en la dificultad para abstraer que distingue al pensamiento americano. El tiempo es abstracción y la espacialidad es concreción. El tema del espacio en el tiempo dificulta una comprensión más cabal de la temporalidad americana y no solo lo dificulta sino hasta lo oculta, pues, hay quien supone que solo somos hijos de nuestro espacio. En algún sentido puede admitirse la calificación de Emilio Romero cuando dice que el agua, el viento y la nieve son los artífices de la Patria; pero sería absurdo desdeñar otros elementos que cobran su importancia dentro del tiempo y que ya los hemos caracterizado al contrastar los tiempos pasados con el tiempo en construcción.

Y hay algo más en esta relación. Advirtamos que nuestra sensibilidad, con relación a las fronteras ha sido bastante endeble a través de la historia y que, más bien, un territorio adquiere importancia cuando hay un hecho histórico —es decir tiempo en ese sitio—. El Chaco es pedazo del tiempo paraguayo-boliviano por razones típicamente históricas y no por el sentido de espacio exclusivamente. De ahí también que al americano le haya interesado conquistar tierras extrañas y de ahí la tendencia manifiesta o inconfesa al aislamiento pues, debemos ver en la frase de Monroe un dictado profundo de la conciencia americana y no sólo el resultado de la experiencia norteamericana.

Los pueblos de América no quieren conquistas foráneas y son típicos los litigios fronterizos porque descansan en inmensos alegatos curialescos en los que flota, todavía exótica, la flor del patriotismo un poco sorprendida por el acompañamiento extraño de latines y gélidos conceptos.

c) *Tiempo dotado de optimismo.*—Otro de los caracteres que distingue al tiempo americano es su sincero y alegre optimismo. Es general que toda reflexión acerca de los tiempos ha ido acompañada, en otros continentes, de un sentimiento de desesperanza que se hace carne y raíz en las coplas de Manrique, en la filosofía existencialista presente y la quejumbrosa comprobación de la relatividad de la existencia. El europeo, cuando ha reflexionado acerca del tiempo, no lo ha hecho en términos de confianza, pues, su optimismo lo ha hecho radicar en las virtudes del entendimiento o en la mejor organización social. Recordemos que las doctrinas acerca de un progreso indefinido de Spencer y Comte se asientan, no en la esperanza de un porvenir halagüeño o fortiori sino en la expansión de una teoría evolucionista favorecida por condiciones económicas sorprendentes, cuales fueron las propias de Europa del siglo pasado.

Para el Asia, el tiempo es el enemigo de la vida. La felicidad se alcanza en un evadirse del tiempo. Si se es fatalista el tiempo no ha de ser otra cosa que un viaducto por donde se deslicen las peripecias de la miserable vida. La única forma de alejarse del oprobioso contorno es limitando o ahogando al tiempo en un nirvana que es promesa indefinida y vaga de un estado incomprensible de cosas o el aliento de una posible reencarnación para sufrir de todos los dolores de la temporalidad. En todo el Viejo Continente, la invocación al tiempo tiene un sabor pesimista que influye en la variedad cultural. Por otra parte, se ha comprobado que las épocas de mayor crisis en la vida europea coinciden con una revuelta sobre el tema del tiempo. Así como la vejez se encapricha en recordar

y en soñar su pretérito, así Europa, cada vez que se ha sentido envejecida ha hecho de lo temporal el tema central de su reflexión. Recordemos que Huizinga, al pintarnos el estado del Otoño de la Edad Media, insiste en este tópico de lo macabro de sus alusiones temporales y en la circunstancia desesperanzada del tiempo.

No ha ocurrido así en América. El hombre no ha sentido la fatalidad de su muerte con la misma insistencia europea y hasta se ha considerado legítimo el sacrificio de la vida por alcanzar una mejor situación temporal. En muchas ocasiones hemos vivido el ritmo heroico para quien una lamentación acerca de su propia relatividad no tiene sentido. En el americano de la etapa precolombina, la vida y la muerte no tenía ese significado tremendo que tiene para un europeo. El hombre de la conquista derramó su sangre en el Continente sin el ánimo de cobrarse alguna extraña revancha y durante las épocas subsiguientes ni siquiera el romanticismo ha parado mientes, de una manera radical, en el tema pesimista del tiempo.

Lo que no quiere decir que la muerte no haya dejado su huella en la mentalidad americana. Existen pueblos americanos que sienten, en distintas circunstancias, un verdadero culto por todas las expresiones fanáticas. Méjico marcha a la vanguardia y llama la atención de todos el ceremonial de los difuntos en el día de su recuerdo. Pero la misma muerte nos ha sonado de manera distinta y nos hemos ahogado nuestra personalidad en el pesimismo. Todo hombre de América, así como todo pueblo, siente que el futuro le pertenece. Ninguno se ha empeñado en doblar el ritmo histórico para liberarse del hundimiento y todos han intentado prever para sus patrias y, por ende, para el Continente un regalo superior del tiempo.

Hasta dónde el optimismo de la temporalidad puede tener razón, es asunto del que no podemos tratar. En la conciencia del hispanoamericano florece la sensación de

que el tiempo le pertenece y que su historia llegará a ser, radicalmente, la historia de la Humanidad.

Y ¿cómo puede el filósofo desentenderse de esta primera condición material sobre la que ha de actuar su pensamiento? Quien quiera o pretenda rebuscar una raíz para levantar una iglesia filosófica no podrá desligarse del tema de la temporalidad, de sus consecuencias y de sus caracteres. Tal vez no hayamos llegado a la misma médula de nuestras intenciones, cuando hemos querido demostrar que nadie en América podrá prescindir de su situación temporal y menos la filosofía; pero es un hecho que ya no puede someterse a debate el que toda temporalidad está en función con la historia de una cultura, llámase a esta cultura occidental u oriental y que, sobre la base de una particular temporalidad, es que se ha levantado dicha cultura.

Este es el fenómeno que se está dando en América: aparece un tipo de cultura americana y esta cultura americana influye, tal vez, de una manera determinada, sea por acción de la presente Norteamérica o de la futura Hispanoamérica en los destinos del mundo; pero influir en esa dimensión universal ya es prepararse, con un pensamiento, para desempeñar un papel airoso o desairado y ese pensamiento es la flor de toda una reflexión acerca del ser hispanoamericano, en una palabra, de su posición en el mundo. Pero antes de llegar a una conclusión radical tenemos que comprobar otros factores que también nos han hecho y que pesan en nuestro plan. Me refiero a ciertas consideraciones sobre la técnica, que serán el objeto de un próximo trabajo.

ANÍBAL ISMODES CAIRO

Teatro aborígen americano



CADA problema cultural de América, es un problema cultural de España y viceversa. Porque de tal manera nos enlazó el destino, que ni España puede ignorar las cuestiones que interesan a los pueblos que provocó al seno de las grandes sociedades humanas, ni éstos pueden ignorar a España, sin ignorar algo sustancial de sí mismos.

Hoy sabemos los americanos que en el regazo de la madre España hemos de buscar el aliento de nuestro futuro y el amor en que ha de fraguar la unión de hermanos llamados a un alto y generoso destino común, y el que ahora voy a exponer debe interesar profundamente, pues afecta a la génesis misma de la cultura de tres grandes pueblos: el azteca, el maya y el quechua.

La Fiesta compleja que simbolizaba el culto de la naturaleza iba comprendida en estos tres pueblos en la vaga denominación de *taqui* entre los Incas, *mitote* (de origen náhuatl) entre mayas y nahuas, y *micehuadiztli* entre los

mexicas. Y es significativo que en todas partes y en toda época se hayan vertido estos nombres a nuestra lengua por *bailés* o *danzas* aun tratándose de una verdadera pieza dramática, como sucede con *El Rabinal* o *La Conquista*. Era espectacular, ritual, religiosa y en su plenitud implicaba la representación del ciclo alternante de la Naturaleza: fiesta mágica de resurrección y fecundidad. Es notable también el carácter casi uniforme o por lo menos equivalente con que se nos revela en los tres pueblos.

Pero bajo estos nombres debemos diferenciar, aunque no siempre sea ello posible por lo vago y somero de las descripciones de los cronistas, dos géneros distintos: uno recitativo y otro representativo, personificando los personajes ejecutantes a los diversos personajes de la acción, provistos para ello de máscara y disfraz.

«Los cronistas describen danzas de muchos tipos... en los que grandes grupos de gente se moviera en evoluciones complejas, al compás de ritmos complicados. El canto se empleaba para dar realce a la ceremonia y sobrevive la letra de algunos, desgraciadamente sin la partitura. Estas danzas que representaban actos místicos pertenecientes a las vidas de los dioses, las más de las veces han sido altamente teatralizadas. De esta suerte, como en otros pueblos de la antigüedad, los servicios religiosos desempeñan las funciones del drama». (1)

«Juntábanse muchos, dice Sahagún, de dos en dos o de tres en tres, en un gran corro, según la cantidad de los que eran, llevando flores en las manos y ataviados con plumajes, hacían todos a una, un mismo meneo con el cuerpo y con los pies y manos, cosa bien de ver y bien artificiosa, todos los meneos iban según el son que tañían los tañedores del tambor y del *teponaztli*. Con esto iban cantando con gran concierto todos y con voces muy so-

(1) George C. Vaillant: *La Civilización Azteca*. Ed. Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1944, pág. 213.

noras los loores de aquel dios a quien festejaban... Ende rezan los meneos con tenencias y atavíos conforme a lo que cantan, porque usan diversísimos meneos y muy diversos tonos en el cantar, pero todo muy agraciado y aun muy místico. En el bosque de la idolatría que no está talado». (2) «Había otras danzas muy diversas, complementa el informado Clavijero (cap. VII de su *Historia Antigua de Mexico*), en las cuales representaban o algún misterio de su religión, o algún acontecimiento de su historia, o la guerra o la caza o la agricultura. El baile era casi siempre acompañado del canto; pero así éste como los movimientos de los bailadores, se ajustaban al compás de los instrumentos. En el campo entonaban dos versos y le respondían todos».

Y con palabras semejantes nos dice Acosta para el Perú: «Lo más ordinario es en voz cantar todos, yendo uno o dos diciendo sus poesías y acudiendo los demás a responder con el pie de la copla. Algunos de estos romances eran muy artificiosos y contenían historias; otros eran llenos de superstición, otros eran puros disparates». (3)

Más preciso aún es Morúa, quien hablando del Inca Yupanqui y de sus fiestas en Sacsahuaman, agrega: «Tiznábese conforme a la fiesta e tiempo era y llevaba multitud de gente, también tiznados de mil colores y figuras, danzando y bailando sin descansar, cantando unos y respondiendo otros, trocando las palabras y diciendo las historias, sucesos y hazañas de este dicho Inca...» (4)

Durán en su *Historia de las Indias de Nueva España*, nos da la descripción de una *pantomima* digna de Diaghileff; en ella el buen fraile nos demostró no estar exento de sensibilidad artística: «El baile de que ellos más gustaban

(2) Sahagún, Bernardino: *Historia General de las Cosas de Nueva España*. Ed. Nueva España, Méjico, 1946, I, pág. 47.

(3) José de Acosta: *Historia Natural y Moral de las Indias*. Madrid, 1894, pág. 225.

(4) Martín de Morúa: *Historia del Origen y Genealogía Real de los Reyes Incas del Perú*. Ed. Urteaga. Lima, 1925, págs. 23-4.

era el que con aderezos de rosas se hacía con las cuales se coronaban y cercaban, para el cual baile en el *momoztli* (altar redondo) principal del templo de su gran Dios Huitzilopochtli hacían una casa de rosas y hacían unos árboles a manos muy llenos de flores olorosas a donde hacían sentar a la diosa Xochiquetzalli. Mientras bailaban, descendían unos muchachos vestidos todos como pájaros y otros como mariposas muy bien aderezados de plumas muy ricas, verdes y azules y coloradas y amarillas, y subíanse por estos árboles y andaban de rama en rama chupando del rocío de aquellas rosas; luego salían los dioses vestidos cada uno de sus aderezos... y con sus cerbatanas en las manos andaban a tirar a los pajaritos fingidos que andaban por los árboles; de donde salía la diosa de las rosas Xochiquetzalli a recibillos y los tomaba en las manos y los hacía sentar junto a sí... Allí les daba rosas y humazos y hacía venir a sus representantes y hacía dar solaz. Este era el más solemne baile que esta nación tenía». (5)

Varios de los cronistas e historiadores nos hablan de «Teatro» como lugar de espectáculo, supuesto como equivalente al por ellos conocido. Acosta (p. 135) nos informa de que el templo de Quetzalcóatl «tenía un patio mediano... en medio del cual (había) un pequeño teatro de a treinta pies en cuadro, curiosamente encalado... donde después de haber comido se juntaba la gente. Salían los representantes y hacían entremeses...»

El P. Durán lo repite casi con las mismas palabras; cosa nada extraña, pues como es sabido tanto Acosta como Durán copian con frecuencia sus descripciones y reseñas de una antigua narración mexicana: *Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España según sus historias*, *Códice Ramírez* (6) traducida y abreviada al parecer por el P. Tobar. «Este templo, leemos en el *Códice Ramírez*, te-

(5) Diego Durán (1588): *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*. Méjico, 1880, tomo II, pág. 231.

(6) *Códice Ramírez*, Ed. Leyenda. Méjico, 1944, págs. 158 y sigs.

nía un patio mediano, donde el día de su fiesta se hacían grandes bailes, regocijos y muy graciosos entremeses, para lo cual había en medio de este patio un pequeño teatro...» (II, pág. 135).

También en la tercera carta de Hernán Cortés se nos habla de un «teatro». Particularmente interesante esta cita porque nos transmite algo acerca de la forma cómo funcionaba y cómo se contemplaba el espectáculo. «Y llevese (el tabuco) a la plaza del Mercado para lo asentar en uno como teatro que está en medio de ella, fecho de cal y canto, cuadrado, de altura de dos estados y medio, y de esquina a esquina habrá como treinta pasos; el cual tenían ellos para cuando hacían alguna fiesta y juegos, que los representantes de ellos se ponían allí porque toda la gente del mercado y los que estaban en bajo y en fila de los portales, pudieran ver lo que se hacía...» (7)

Parece que en estas descripciones se trata de edificios ad hoc, alguno quizás techado como galpón, y apropiados a su finalidad en toda su estructura interior. No imaginamos la disposición del gran patio del Alcázar del rey Netzahualcóyotl de Tezcoco, en el que «se hacían las danzas y algunas representaciones de gusto y entretenimiento». (8)

Género festivo

Ahora bien, el espectáculo que en estos teatros se representaba era hablado y que esto era algo usual nos lo prueban las descripciones del Códice Ramírez, Durán, Herrera y otros.

En México

A continuación de la descripción citada más arriba, añade Durán: «Otro baile había de viejos que con máscas-

(7) Hernán Cortés: *Cartas de Relación de la Conquista de América*. Ed Nueva España, S. f. I, pág. 376.

(8) Fernando de Alva Ixtlilóchitl: *Relaciones e Historia chichimeca...*, C. 42.

ras de viejos corcovados, se bailaba; que no es poco gracioso, donoso y de mucha risa a su modo; había un baile y canto de truhanes, en el cual introducían un bobo que fingía entender al revés lo que su amo le mandaba, trastocándole las palabras...» Mas a escuchar a Durán, el género ofrecía otros muchos recursos: «Otras veces, continúa entusiasmado el dominico, hacían éstos unos bailes en los cuales se embisaban de negro, otras veces de blanco, otras veces de verde, emplumándose la cabeza y los pies, llevando entre medias algunas mujeres, fingiéndose ellos y ellas borrachos, llevando en la mano cantarillos y tazas con que iban bebiendo; todo fingido para dar placer y solaz a las ciudades, regocijándolas con mil géneros de juegos que los de los recogimientos inventaban de danzas y farsas y entremeses y cantares de mucho contento...» (II, 173).

En el mismo capítulo transmítenos un dato interesante, haciéndonos saber que todo esto era aprendido y ensayado en escuelas especiales que había en los templos para este propósito.

Y no menos interesante su testimonio de que las obras compuestas para este objeto eran obras de artistas oficiales que tenían su salario para ello, a los cuales llamaba *cuycapicque*, que quiere decir «componedores de cantos», con lo cual parece completarse el paralelismo con los *amautas* peruanos. (9)

En el Códice Ramírez y en Durán, encontramos la descripción de otros tipos de farsas y entremeses: «Hacían entremeses, leemos en el Códice Ramírez, fingiéndose sordos, arromadizos, cojos, ciegos y mancos, viniendo a pedir sanidad al ídolo (Quetzalcóatl), los sordos respondiéndole adefesios, y los arromadizos tosiendo y sonándose, y los cojos cojeando, decían sus miserias y quejas que hacían reír grandemente a los del pueblo; otros salían en

(9) Diego Durán (1588): *Historia de las Indias...*, pág. 233.

nombre de las sabandijas, unos vestidos como escarabajos y otros como sapos, y otros como lagartijas, etc. y encontrándose allí, referían sus oficios, y volviéndose cada uno por sí tocaban algunas fábulas de que gustaban sumamente los oyentes; porque eran muy ingeniosos» (II, 161).

El cuadro queda más completo con las siguientes escenas de Durán: «(Representaban) un entremés de un buboso, fingiéndose estar muy lastimado de ellas, quejándose de los dolores que sentía, mezclando muchas graciosas palabras y dichos con que hacían mover la gente a risa. Acabado este entremés salía otro de dos ciegos y de otros dos muy lagañosos; entre estos cuatro pasaban una graciosa contienda y muy donosos dichos, motejándose los ciegos con los lagañosos. Acabado este entremés entraba otro representando un arromadizo y lleno de tose, fingiéndose muy acatarrado haciendo grandes ademanes y graciosos. Luego representaban un moscón y un escarabajo saliendo vestidos del natural de estos animales, el uno haciendo zumbido como mosca llegándose a la carne y otro ojeándola y diciéndole mil gracias y el otro hecho escarabajo metiéndose en la basura, todos los cuales entremeses eran de mucha risa y contento; lo cual no se representaba sin misterio porque iba fundado a que a este ídolo Quetzalcóatl tenían por abogado de las bubas y del mal de los ojos y del romadizo y tose, donde en los mismos entremeses mezclaban palabras deprecativas a este ídolo pidiéndole salud, y así todos los apasionados de estos males y enfermedades acudían con sus ofrendas y oraciones a este ídolo y templo». (II, 123).

Importante detalle este último pues nos confirma que allí lo mismo que en Grecia y otros pueblos, el teatro cómico primitivo tenía también carácter religioso.

Herrera se refiere también al género, pero secamente y de pasada. Hablando de la Coronación de Moctezuma II escribe: «Hiciéronse en México las fiestas de su coro-

nación con tanto aparato de danzas, comedias y entremeses... y hacían sus juegos y máscaras». (10)

Que las máscaras y no sólo el disfraz fueran parte integrante y habitual de estos *bailes* nos lo hace saber también Durán, (II, 231) a la vez que nos da cuenta de los principales disfraces: «vistiéndose unas veces como águilas, otras como tigres y leones, otras como soldados, otras como huasteca, otras como cazadores, otras veces como salvajes y como monos, perros y otros disfraces».

En Centroamérica

Que estas representaciones tienen en Centroamérica origen anterior a la Conquista y carácter muy semejante al de las que hemos visto en Méjico, nos lo asegura en primer lugar el testimonio del P. Landa: «que los indios tienen recreaciones muy donosas y principalmente farsantes que representan con mucho donaire; tanto que de éstos alquilan los españoles para que viendo los chistes de los españoles que pasan con sus mozas, maridos o ellos propios, sobre el buen o mal servir lo representan después con tanto artificio como curiosidad». (11)

Gerónimo Benzoni, viajero italiano que visitó Nicaragua en 1541, nos dice en su *Istoria del Nuovo Mondo* y hablando de estos espectáculos, que en ellos los indios se hacían unos los sordos, otros los ciegos. Y se ríen y gritan y hacen toda clase de gracias. (12)

Pero mejor que estos testimonios un tanto vagos nos explica y declara su valor y naturaleza la comedia

(10) Antonio de Herrera: *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme de el Mar Océano*. Déc. 3, C. XIV. Ed. Guarania. Asunción, 1945, tomo IV, pág. 116.

(11) Diego de Landa: *Historia de las Cosas de Yucatán* (escr. s. XVI). Ed. Robredo. Méjico, 1938, pág. 109. De igual modo Pedro Sánchez de Aguilar, siglo XVI, en su informe titulado *Contra Idolorum Cultores, del obispado de Yucatán*. (Madrid, 1630).

(12) Daniel G. Brinton: *The Güegüence, A Comedy Ballet in the Nahuatl-Spanish dialect of Nicaragua*. Brinton's Library of Aboriginal American Literature, número 3, p. XLIV, nota 1.

llamada Baile del *Güegüence* (el ancianito) única muestra de la comedia indígena que podemos creer llegada hasta nuestros días.

En Perú

En cuanto al género mismo, también en el Perú encontramos *comedias* y *entremeses*. Polo de Ondegardo ⁽¹³⁾ nos dice: «Al tiempo que los Cristianos hacemos la solemnidad (del Corpus)... y en algunas cosas tiene apariencia de semejanza, como es en las danzas, representaciones o cantares», observación que repite Acosta (II, 118): «Hase de advertir que en esta fiesta (de Inti-raymi) cae cuasi al mismo tiempo que los cristianos hacemos la solemnidad del Corpus Christi y que en algunas cosas tiene una apariencia de semejanza, como en las danzas o representaciones o cantares». A otro tipo de *representaciones* parece referirse Sarmiento de Gamboa ⁽¹⁴⁾ —sin duda una especie de drama histórico del género al que alude más abajo Garcilaso— cuando da cuenta de cómo Pachacuti Inga Yupanqui hizo exhumar, adornar y exhibir en el Coricancha de Cuzco las momias de los siete Incas pasados desde Manpo Capac hasta Yáguar Guaca Inga. «Y después los puso por orden de antigüedad en un escaño, ricamente obrado de oro, y luego mandó hacer grandes fiestas y *representaciones* de la vida de cada inga... y hizo grandes y suntuosos sacrificios a cada cuerpo de inga al cabo de la *representación* de sus hechos y vidas». Pero no tratamos de este género en este momento. En cambio Salcamayhua ⁽¹⁵⁾ habla de *comedias* expresamente y por dos veces: «Al fin representa a manera de comedias», agrega después de narrarnos el gran simulacro de guerra de Tupay Inca Yupanqui, dirigido

(13) Polo de Ondegardo: *Informaciones acerca de la Religión y Gobierno de los Incas*. Col. Urteaga-Rómero, pág. 21.

(14) Pedro Sarmiento de Gamboa: *Historia de los Incas*. Ed. Emecé, B. A. 1943, pág. 94.

(15) J. de Santacruz Pachacuti Yamqui Salcamayhua: *Relación de Antigüedades deste reino del Pirú*. Ed. Urteaga. Lima, 1927, pág. 193.

por «el nuevo Infante Guaynacapac su nieto». Y al mismo género festivo se refiere al narrar las fiestas del Yahuarhuacac Inca Yupangui, texto Inca: «Y entonces hace la fiesta del Infante Viracochampa Inca Yupanqui» en donde inventaron representaciones de los farsantes (p. 174). Este pasaje es particularmente interesante porque en él nos da nombres y variedades del género llamado, continúa, *Añayssaoca*, *baya chuco*, *llamallama* y *bañamssi*, etc.

Garcilaso de la Vega ⁽¹⁶⁾ nos habla con insistencia de tales comedias. Su texto, aunque tan conocido y comentado, no puede faltar en esta revisión de hechos y materiales que por sí solos hablan de capacidad al lector para juzgarlos y discernir su verdadero valor y alcance: «No les faltó habilidad a los amautas, que eran los filósofos, para componer comedias y tragedias, que en días y fiestas solemnes representaban delante de sus reyes y de los señores que asistían en la Corte. Los representantes no eran viles, sino incas y gente noble, hijos de curacas y los mismos curacas y capitanes, hasta maeses de campo; porque los autos de las tragedias se representasen al propio; cuyos argumentos siempre eran hechos militares, de triunfos y victorias, de las hazañas y grandezas de los reyes pasados y de otros heroicos varones».

«Los argumentos de las comedias eran de agricultura, de hacienda, de cosas caseras y familiares. Los representantes luego que se acababa la comedia, se sentaban en sus lugares, conforme a su calidad y oficio. No hacían entremeses deshonestos, viles y bajos; todo era de cosas graves y honestas, con sentencias y donaires permitidos en tal lugar. A los que se aventajaban en la gracia del representar, les daban joyas y favores de mucha estima.»

El humanista Garcilaso vuelve por los fueros clásicos de simplificación y dechado de moral, aunque le constara

(16) Garcilaso de la Vega Inca: *Comentarios Reales de los Incas*. L. II, C. 27, B. A., 1943.

a él, probablemente, de escenas no tan edificantes como las descritas. Pero también nos consta a nosotros.

Hablando de fiestas y comedias indígenas de Centroamérica nos dice Brinton (pgs. -XXIV-V) que a algunas de ellas, aún en nuestros días, continuadas por la más baja población mestiza, se las acusa de una indecencia que puede ser una reminiscencia de antiguos ritos religiosos; pues sabemos que los indígenas de Nicaragua celebraban una fiesta estrictamente semejante a la de la antigua Babilonia, tan condenada por el Profeta, durante la cual toda mujer de cualquier clase que fuera tenía el derecho de entregarse a quien quisiera sin incurrir en censura ni promover celos. «Tales danzas son los bailes usados por el populacho, y están muy lejos de brillar por su decencia» decía D. Pablo Levy —citado por Brinton— refiriéndose a espectáculos de este género conservados en Centroamérica en el siglo pasado.

Elemento fálico: Su interpretación

Por lo demás *El Güegüence* es una muestra del carácter un tanto licencioso del género. Tal era de esperar también por su mismo valor simbólico de fecundación, por su espíritu intencional que era de provocar la procreación, la fertilidad en la naturaleza. Sabido es que este mismo carácter tenía en Grecia, donde el palo era adminículo regular del difraz de la comedia —triumfo y boda del dios de la vegetación—. El güegüence mismo tiene más de una alusión a su carácter fálico original.

De danzas fálicas, sin duda semejantes, tenemos noticia entre aztecas y huastecas. (V. Krickeberg, *Etnología de América*, pág. 302). Nada tiene de extraño que los cronistas, sacerdotes o religiosos en su mayoría, no nos den cuenta de ellas. Sin duda debió de provocar no poco asombro espectáculo tan atrevido, ignorando quizás que hacía apenas dos centurias desde que en los pórticos de

las iglesias medioevales se representaban aún sin mayor escándalo farsas bien semejantes y con el mismo atuendo. Brinton recuerda que en la danza de el *Volador* la Divinidad que está sentada en la cima del palo representa al dios de la fertilidad. Pero no hace notar otro hecho más notorio: que el poste es el símbolo universal del *phallós* y por tanto de la fecundidad y prosperidad, como lo es el obelisco. Y que la magia mimética se continúa en el descenso del elemento germinador figurado por los niños que descienden por las maromas girantes, uno con arco y flecha (masculino) y otro con espejo y pluma de vivos colores (femenino) en las manos. Al producirse el contacto de éstos con la tierra, se celebra este *gámos* con gran griterio y aclamaciones. Lo mismo que en Oriente, Grecia y Roma, se han encontrado en Uxmal y otros lugares grandes *phalloi* de piedra que confirman la antigüedad y simbolismo de este emblema en América Central.

Con estos antecedentes podemos retornar al Perú y comprender mejor dos obscuras anécdotas que en su pintoresco lenguaje nos refiere Salcamayhua. La primera de ellas resulta bastante confusa y enbrollada, quizás no del todo involuntariamente: «después de vencer a los Collas Topaingayupangui... manda poner en medio de todo el ejército de cien mil hombres a las uacas y a los vencidos habidos de buena guerra, a todos por sus órdenes; y después para mayor afrenta, manda poner a los *bayachucos* y *zaynatas* y *llamallamas* y *chunñires* para que encima de las uacas de los collas cabalgaran a las *choñas* menospreciándoles, hasta mandarlos arrojar a la laguna de Orcos, y a los Collas trae para el triunfo al Cuzco» (pg.197).

El segundo texto, en cambio, es mucho más claro y altamente significativo: «y de allí (Titicaca) vuelve (Huáscar) para el Cuzco y de camino llega a Pomacanche... y estando en la Plaza de Pomapampa, manda que saquen a todas las *acllas* de cuatro maneras (categorías) a la plaza; y así estando todas, en medio de tanto número de *apocuracas*

y de todo el reino de gentes, hacen salir cien indios *llamallas* y *bayachucos* y en el entretanto que ellos hacían sus comedias, vessita a todas las doncellas, mirando a cada una (y) manda a los *llamallas* que los arremetieran a las doncellas cada uno para usar la bestialidad en acto público, como los mismos carneros de la tierra; y por las doncellas viéndose así forzados, hace exclamación alzando los ojos al cielo; y de ésto todos los grandes del reino sienten grandemente; y así lo tuvieron al dicho Guascarina por medio tonto; sólo de temor hacen reverencia, para cumplimiento».

Realidad y Ficción: el Drama

Este extraño espectáculo escandalizó, según parece, a los nobles incas, como dice Salcamayhua, mas, según las apariencias, no por el hecho en sí, sino por las circunstancias gravísimas de tratarse de las elegidas, parte de las cuales al menos —las de la primera categoría— eran hijas de los principales señores. Y que esto sea cierto nos lo prueba el hecho de que una de las cosas que los capitanes de Atahualpa reprochaban con más dureza a Huascar, en su prisión, era el atropello de las elegidas. La observación más importante para nosotros creo que es la curiosa mezcla, definición y realidad del teatro indígena, que estos informes nos revelan, aquel deseo «de que fuese más al propio» de que nos habla Garcilaso. Parece que hubiera un momento en que cierta dosis variable de realidad, o acaso al revés, en el que la mimesis, la ficción, tomara a su cargo la ejecución del rito que era mimesis también, y en extraña alternativa, el mito fuera realidad y la realidad se rindiera al mito, y esa confusa aleación, se desplegara en *pathos* y *mimesis* transcendental. Con esto pareciera que el teatro indígena americano nos revelara la fórmula del salto misterioso, de la metamorfosis laboriosa, no siempre amena y atrayente quizás, de la que brotó esa singular y prodigiosa creación que es el teatro universal. Ya el Padre Acos-

ta nos describe con sorpresa una de estas fases: «en el Perú ví un género de pelea hecha en juego, que se encendía con tanta porfía de los bandos, que venía a hacer peligrosa su *puclla* que así la llamaban» (II, 224).

Y Bernardino de Sahagún con su impavidez acostumbrada: «Entre tanto que se hacía esta profesión, hacían una escaramuza los esclavos que habían de morir... A los soldados daba el señor jubones amarillos y rodela pintada de unas esférulas blancas y negras entrepuestas las unas a las otras. Estos soldados llevaban... unos garrotes y unos dardos con que peleaban, y los esclavos tiraban saetas de castillos de pedernal; matábanse unos a otros en esta escaramuza y los que cautivaban los esclavos de los soldados, también los mataban; echaban a los que cautivaban sobre un *tepopaztli*, y allí les sacaban el corazón, y desde que tornaba el dios Páynal, ya que llegaba al lugar del *Cu* donde peleaban y el que estaba mirando desde encima del *Cu* daba voces diciendo: ¡Ah mexicanos, no peleéis más, cesad de luchar que ya viene el señor Páynal! Oída esta voz, los soldados que peleaban echaban a huir, y los esclavos seguíanlos y así se desbarataba la guerra». (I, 219).

Hemos salido ya de la comedia y tenemos aquí todo el armazón de un drama primitivo cuidadosamente configurado y completado con una aparatosa epifanía: Palabras formularias, de exhortación o deprecación, fórmulas patéticas, fórmulas litúrgicas o ritualísticas que se repetirían sin cesar y que componían el elemento hablado sustancial de la pieza y del que todavía tenemos ejemplo en *Las Suplicantes* de Esquilo y hemos visto en la comedia. Pero volveremos más tarde sobre ésto. Las descripciones de nuestros cronistas e historiadores son mudas por lo general. El texto de las danzas y representaciones les resultaban ininteligibles y por tanto sin importancia; en cambio son interminables en la descripción del suntuoso y por lo general terrible espectáculo de la representación del drama de la naturaleza. «Al máximo sonido de aquellos caracoles y bocinas,

escribe Durán (II, 157), sacaban un indio de los presos en la guerra muy acompañado y cercado de gente ilustre... y poníanle al pie de las gradas del templo, y allí en *voz alta* que lo oía toda la gente que presente estaba le decían: Señor, lo que os suplicamos es que váis ante nuestro dios el Sol y que de nuestra parte le saludéis y le digáis que sus hijos y caballeros principales que acá quedan, le suplican se acuerde de ellos y que desde allá les favorezca y que reciba este pequeño presente que le enviamos; y dadle heis este váculo para con que camine y esta rodela para su defensa con todo lo demás que lleváis en esta carguilla. El indio, oída la embajada, decía que le placía (repetiría palabra por palabra el mensaje) y soltábanlo y luego comenzaba a subir por el templo arriba, subiendo muy poco a poco, haciendo tras cada escalón mucha demora. Estándose parado un rato y en subiendo otro, parábase otro rato según llevaba instrucción de lo que había de estar en cada escalón y también para denotar el curso del sol ir poco a poco haciendo su curso acá en la tierra... En acabando que las acababa de subir, íbase a la piedra que llamamos euauhxically, y subíase en ella, la cual dijimos que tenía en medio las armas del Sol; puesto allí en voz alta, vuelto a la imagen del Sol que estaba colgada encima de aquel altar y de cuando en cuando, volviéndose al verdadero sol (repítese la extraña mezcla de realidad y ficción), decía su embajada. En acabándola de decir, subían... cuatro ministros del sacrificio y quitábanle el váculo y la rodela y la carga que traía, y a él lo tomaban de pies y manos, y subía el principal sacrificador con su cuchillo en la mano y degollábalo mandándole fuese con su mensaje al verdadero sol y escurríale la sangre en aquella pileta... y el sol que estaba pintado en la piedra, se henchía de aquella sangre (verdadera)... a cuyo sacrificio había estado todo el pueblo sin desayunarse».

El valor simbólico de la escena revierte al mito común de cooperación en la resurrección de la naturaleza en la primavera. Nótese que este rito tenía lugar el 17 de Marzo que corresponde a la entrada de aquella estación en el hemisferio boreal.

En la tarde, resume Vaillant (p. 247), los Caballeros Aguila y los Caballeros Tigre, consagrados al culto solar, tomaban parte en una danza en que se dramatizaba la guerra sagrada en la que se da muerte al sol que renace al día siguiente. La danza terminaba con un sacrificio gladiatorio. Caballeros Aguila y Caballeros Tigre, armados con armas verdaderas luchaban con un guerrero cautivo, escogido por su alto rango militar, a quien se amarraba a una piedra circular que representaba el disco solar y quien se defendía con armas fingidas. En cuanto el guerrero era tocado por un Aguila o Tigre era llevado a la piedra del sacrificio y su corazón, vahando, era ofrecido al dios cuya boca se huntaba con la sangre fresca para hacerlo así partícipe del banquete ritual celebrado a continuación.

Inmediatamente de terminado el sacrificio del representante de un dios, se designaba y consagraba solemnemente al sucesor que por tiempo más o menos largo encarnaba a aquél, con honores y privilegios de tal, —banquetes, homenajes, vestidos, joyas y mujeres escogidas— hasta el día en que debía protagonizar el último acto de la tragedia y repetir el ciclo. (17) Este esquema, como vemos, sigue fielmente los episodios del *Sacer Ludus* con que reflejaba el hombre primitivo el ritmo de la naturaleza: del sol y demás astros de la tierra, de la vida animal y vegetativa.

(17) Aunque en forma más humilde y secreta se ha conservado hasta hoy, según parece, un sacrificio de valor análogo entre los Collahuayas de Bolivia. V. G. A. Otero: *La piedra Mágica*. Ed. Instituto Indigenista Americano, Méjico 1931, págs. 205 sigs.

Era mimesis, la mimesis personificada del Universo; era contemplación, era teatro; y lo completaba con color y escenario, con música y danza que se acomodaban a cada episodio y sin interrupción. Pues todos estos movimientos eran cuidadosamente ensayados con ritmos de danza, como muchas veces advierten los cronistas. Lo que tenía de real... ¿cuánto tenía de real? puesto que todo era igualmente imitación, la mimesis de algo colosal. El hombre transportado en esa rueda silenciosa del ciclo de la naturaleza, —¿cuándo y cómo intuída y formulada?— que giraba inexorable e indiferente a todas sus reacciones, resultaba un ser inapreciable cuya misión, cuyo único gesto significativo pudiera ser anular todos sus sentimientos e instintos en aras del ritmo arrollador que lo convertía en una molécula, brillo de un instante de aquel cosmos gigantesco. Y como todas las grandes concepciones metafísicas tienen la virtud de provocar en el hombre la entrega de sí mismo, no la había de mezquinar por aquella que, por encima de su voluntad, le hacía nacer y morir para resurgir con nueva vida como la vegetación, como el nuevo día, como el nuevo año.

Elemento oral

Pero en estos dramas, fáltanos la parte literaria. Algo nos da Sahagún, como hemos visto. Pero es discutida por críticos e historiadores la fidelidad de tales transcripciones; basta sin embargo para enterarnos de que estas escenas no eran mudas. Pero su coro de viejos mentores o no quiso o no pudo entregarle el texto. Además no encajaba en su estilo narrativo. Más grave que todo esto: conservar el verbo era guardar la vida, mantener la idolatría, transmitir la esencia de aquella religión monstruosa, incomprendible, que por todos los medios había que abominar y relegar al olvido, como tantas veces advierte el Padre Durán. El sacrificio humano sobre la piedra ritual,

como bien dice Henríquez Ureña (18) es uno de los ritos cuyo recuerdo tuvieron mayor empeño en borrar los evangelizadores. Pero más empeño y rigor pusieron, como es natural, en extinguir el recuerdo de la antropofagia.

Y pese a todo, yo creo que se salvó el texto, un texto, esa alma y clave de una de las que debían ser múltiples interpretaciones o facetas del drama universal del pueblo Mexica. Me refiero al *Rabinal Achí*. (19) Es cierto que este drama proviene de los Indios Quichés de Guatemala. Pero el argumento no es maya propiamente dicho; es azteca. Y este origen azteca está probado no sólo por la fidelidad al rito que hemos descrito más arriba, sino también por el carácter sangriento que lo acompaña, y que es, al decir de Morley, el sello impreso por la expansión azteca sobre la ya más evolucionada cultura maya. De la antropofagia ritual —también importación azteca entre los mayas— no hay ninguna referencia directa en el drama. La verdad es que el texto que conocemos presenta en esto un silencio un tanto sorprendente. Pareciera que intencionadamente se hubiera suprimido toda alusión a ella. Sin embargo queda una que no debió de parecer tal. Al ver las copas en que le sirven las bebidas apetitosas, el guerrero quiché exclama: «¿Es éste tu vaso? Pero

(18) Pedro Henríquez Ureña: *El Teatro de la América española en la América Colonial*. Vol. de Estud. de Teatro, núm. 27. B. A., octubre-diciembre 1949, página 172.

(19) Este drama fué publicado por Brasseur de Bourbourg, párroco que fué de Rabinal, con el texto y traducción francesa en su *Collection de documents dans les Langues Indigènes*, vol. II, y figura al final de su *Gramática de la Lengua Quiché*. París, 1862. En los *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia*, 1929, se publicó una traducción española con el título *El varón de Rabinal*. En 1944 fué editada en Buenos Aires, colección Mar Dulce, una adaptación de José Antonio Villacorta: *Rabinal Achí, Tragedia Danzada de los Indios Quiché de Rabinal*; ésta había aparecido anteriormente en los mismos *Anales*.

Como se sabe, el indio Bartolo Zis dictó al Abate Brasseur de Bourbourg, el texto de "*este baile del Tun*", como decía el copista en el colofón de su manuscrito, fecha 1850. En la representación que tuvo lugar el 20 de febrero de 1856, el Abate pudo completar las aclaraciones y rectificaciones oportunas y hacer copiar la música de las danzas, que va agregada también al final de la edición argentina.

éste es el cráneo de mi abuelo, éste es el cráneo de mi padre... ¿No harás lo mismo con mi cráneo? He aquí el hueso de un brazo sirviendo de empuñadura a la calabaza llena de pedazos de metal... He aquí también el hueso de una pierna sirviendo de baqueta para el gran tambor que hará retemblar cielo y tierra». Estas palabras parecen hacer alusión a las noticias de Landa en el Capítulo XXVIII: (20) «A estos sacrificados... comíanselos repartiendo entre los señores y los que alcanzaban; y las manos y los pies y cabezas, eran del sacerdote y oficiales... Si eran cautivos de guerra, su señor tomaba los huesos para sacarlos como divisa en los bailes...»

El argumento de *El Rabinal Achí* es un esquema muy simple del rito Mexica, combinado con un esfuerzo literario muy elemental. Se trata de un jefe quiché Quiché Achí (*Achí*, significa «guerrero», «héroe»; «varón» traducen otros) que es hecho prisionero y a quien, a su pedido, se otorgan todos los honores y privilegios acostumbrados a un jefe ilustre destinado al sacrificio y al banquete ritual: banquetes, homenajes, vestidos y joyas, mujeres elegidas. Llegado el momento, celebra el usual simulacro de lucha con las Águilas y Tigres de Rabinal, igual en sustancia, al que hemos visto más arriba en Méjico, y es llevado a la piedra del sacrificio donde es inmolado en la forma tradicional.

En cuanto a la estructura misma de la tragedia *El Rabinal Achí*, advertimos que no tiene prólogo hablado que encontramos en cambio en *La Conquista de los Españoles*, de tragedia primitiva. Pero lo mismo el prólogo que el threnos o lamentación por la muerte del héroe, que también encontramos en esta última pieza, están bien representados aquí por música y danza, llenando el mismo propósito: «El espectáculo, dice Bourbourg, da comienzo al son melancólico y sordo del *cun*, con una especie de ronda en

(20) Diego de Landa: *Relación de las Cosas del Yucatán*, pág. 127.

la que toman parte *Rabinal Achí*, *Inox-Mun*, su esclava favorita, y muchos guerreros, Aguilas y Tigres. Van girando los unos tras los otros sin apresurarse. De pronto *Quiché-Achí* se lanza en medio de ellos amenazador y obliga a la ronda a avivar la marcha».

Esta danza sirve a un tiempo de prólogo y entrada o *párodos* como en la tragedia primitiva y al final, agrega el Abate: «Una vez muerto (*Queché-Achí*) todos los actores se juntan en una ronda general con lo que termina la pieza». Tras el *párodos* y escenas iniciales viene el largo *agón* de *Queché-Achí-Rabinal-Achí*. que comprende lo sustancial del drama, interrumpido de vez en cuando por una danza austera a la que acompaña el sonido de los instrumentos guerreros; y por fin la lucha y *pathos* o muerte del héroe. Falta la resurrección del dios, que en el drama mexicana, está simbolizada por la instalación del nuevo representante del dios. «Acabado de sacrificar, dice Durán (II, 117), el esclavo (o cautivo que representaba al dios) luego aquel mismo día ofrecían otro esclavo el que de ello había hecho voto o promesa, y dábanlo a los sacerdotes para que siempre la semejanza del ídolo no faltase, que era una ceremonia de renovar el ídolo vivo... al cual indio... vestían todas las ropas del ídolo y insignias... y poníanle el mismo nombre del ídolo», etc.

A veces la escena era más solemne y complicada, como en la gran fiesta de Tezcatiploca: «en este lugar lo dejaban sus mujeres... llegando a las gradas del Cu él mismo se subía por ellas arriba, y en la primera grada hacía pedazos una de las flautas con que tañía en el tiempo de su prosperidad, en la segunda rompía otra, y en la tercera otra, y así las acababa todas subiendo por las gradas». (21)

El templo y el teatro

El templo y el teatro aparecen íntimamente fundidos.

(21) Sahagún: Op. cit., I, págs. 151 sigs.

Recordemos que cuantas veces se nos habla del teatro, parece ser en conexión con la comedia. En la tragedia pareciera que el escenario se fundía con el templo y el altar con la piedra sacrificial. Esta es acaso la razón por la que los autores no nos hablan de tragedias o dramas indígenas en relación con el teatro. La gran tragedia se representaba en el templo o en escenarios improvisados delante de él, como en las primitivas representaciones de Grecia y Roma. Hasta qué punto y en qué momento el espectáculo se convirtió en pura mimesis, independiente del templo, quizás no lo sepamos nunca al igual que en aquéllas. El Rabin al Achí mismo ¿era incruento en su forma original allá por los siglos XII o XIII que es la fecha que le calcula Bourbourg? Es probable que lo fuera: notemos que el héroe protagonista ha sufrido ya una simbolización superior; no representa ya al dios naturaleza directamente sino mediatamente como en los albores de la tragedia helénica, tal como lo sorprendemos en la Tracia donde Penteo, Licurgo, u Orfeo representan sin nombrarlo a Dionisio. La mimesis completaba así el cuadro: el teatro era el templo, el héroe reemplazaba al dios, la lucha y la muerte eran figuradas. Mas como signo de la antigua unión entre el templo y el teatro, quedaba todavía algo esencial: el altar con el ara o piedra de sacrificio que se fijó en el templo hasta nuestros días a través de innumerables generaciones y perduró en el teatro antiguo tanto del Viejo como del Nuevo Continente. En cuanto al teatro del Viejo Continente, sabido es que el altar de Dionisio, la *thymele*, constituía parte esencial del teatro primitivo y estaba situado en el sitio más importante y visible: en el sitio de la *orchestra* y que *thymele* vino así a significar ambas cosas: altar y teatro.

El templo, el teatro y el rito en el Perú incaico

Y en América hemos visto que la última y más im-

portante escena del *Rabinal Achí*, que como hemos visto parece representar una vieja etapa maya-azteca, termina en torno a la piedra sacrificial.

Estas mismas características para el pueblo de los incas parece acusar el teatro del Kenko recientemente excavado (1929) en las inmediaciones de Sacsayhuaman, la fortaleza del Cuzco: levántase delante de las ruinas del templo o templos que se ven al fondo, y en el centro del hemiciclo la roca con la piedra del sacrificio.

El Padre Martín de Morúa, que fué arcediano de la Catedral del Cuzco en el último tercio del siglo XVI, nos da la siguiente valiosa descripción de este curioso monumento: «Junto a esta fortaleza (Xaxayguaman) está un cercado de piedra menuda de sellería, muy bien edificado en redondo, y alrededor está todo cercado de nichos. Dicen los indios que esto se edificó para celebrar la fiesta del nacimiento del Guascar Inca, hijo de Guaynacapa; que en aquellos nichos estaban sentados los caciques y señores de la tierra y que danzaban los indios en este cercado asidos todos a una zoga de oro que los indios llaman *guasca*, y de esto dicen que se llamó Guascar el hijo (pág. 141). Está este cercado en forma de teatro».

Pero lo extraño es que Morúa pase en silencio la roca negra que está en el centro del hemiciclo con un cuadro de piedra que la destaca cuidadosamente. Se me ocurre si este silencio no tendría por objeto arrojar al olvido el recuerdo del rito pagano que representaba aquel monumento, símbolo al parecer, de una piedra de sacrificio, símbolo, decimos y no una auténtica piedra sacrificial. Pues en la búsqueda cuidadosa del virreinato de Toledo y la posterior del Padre Arriaga, no es creíble pudiera escapar en tal sitio tan señalado monumento de la gentilidad.

Al contrario que en México, tales ritos sangrientos son escasa e incompletamente descritos y comentados, prueba acaso de un estado decadente de los mismos y por

tanto de un grado de civilización ya superado. Sin embargo, hilvanando testimonios podemos formarnos una idea de los mismos suficiente para convencernos de que se trata de ritos originariamente iguales y con el mismo significado. Así Herrera dice, hablando de las gentes de los valles de Caxas hasta Caxamarca: «Sacrificaban cada mes hombres no perdonando a sus propios hijos y con su sangre mojaban las caras de los ídolos y las puertas de los templos y rociaban las sepulturas». Y un poco antes «y los que habían de ser sacrificados voluntariamente, con mucha alegría, se ofrecían al sacrificio que se hacía cortándoles las cabezas, pero esto era habiendo bebido hasta perder el juicio».

La noticia de Herrera parece proceder, un poco más viva y completa, de Francisco de Jerez, ⁽²²⁾ quien como secretario de Francisco Pizarro pudo observar por sí mismo el estado espontáneo del incanato cuando aquel puñado de audaces provocaba aún la risa de Atahualpa: «Sacrificaban cada mes a sus propios hijos y con la sangre de ellos huntan las caras a los ídolos y las puertas a las mezquitas y echan della encima de las sepulturas de los muertos; y los mismos de quien hacen sacrificio se dan de voluntad a la muerte, riendo y bailando y cantando, y ellos la piden después que están hartos de beber, antes que les corten las cabezas». Este bailar y cantar — *Taqui quechua* — recuerda la escena mexicana del sacrificio entre danzas, cantos y recitados, cuya fiel reproducción, con el sacrificio figurado, hemos encontrado en el *Rabinal-Achi*. Pero la Crónica de Cristóbal de Molina, escrita por el año 1574, añade algunos detalles que la acercan aún más, al tiempo que la explican. Así la impetración solemne que hacía el sacerdote, parecida a la de los sacerdotes mexicana, rogaba al Hacedor por el inca «que no lo llevase en su mocedad

(22) Francisco de Jerez: *Verdadera relación de la conquista del Perú*. Ed. Nueva España, Méjico s. f., pág. 54.

y todas las naciones que sujetas tuviese, siempre estuviesen en paz, *multiplicasen* y tuviesen comidas. Y hecha esta oración ahogaban a las criaturas, dándoles primero de comer y beber a los que eran de edad... Diciendo que no llegasen... descontentos a donde estaba el Hacedor. Y a otros sacaban los corazones, vivos; y así con ellos palpitando les ofrecían a las *Huacas* a quién se hacía el sacrificio; y con la sangre huntaban, casi de oreja a oreja el rostro de la huaca, a la cual llamaban *pirac*.⁽²³⁾ La semejanza con el rito mexica es aquí notable.

Argumentos y fórmulas de expresión

En cuanto a los argumentos de los dramas creo que puede aceptarse sin escrúpulo la noticia de Garcilaso: «Las proezas y glorias de soberanos y héroes pasados». En primer lugar tal es el que nos presenta El Rabinal Achí y tal es el argumento de *taquis* y *mitote* que señalan historiadores y cronistas. Por lo demás en el *Sacer Ludus mexica*, el representante del dios es por lo general algún notable cautivo de guerra vencido por el héroe local, y el episodio principal del drama, un largo *agón logon* prolijo debate que termina en el sometimiento y *pathos* del héroe enemigo.

El lenguaje es formulario y hierático: las pocas muestras que de él tenemos lo prueban sobradamente. Del Rabinal Achí nos hace Bourbourg el siguiente resumen: «Casi toda la escena se pasa en mutuas provocaciones; el diálogo resulta de una monotonía extremada para un espectador europeo. *Rabinal Achí*, al formular sus acusaciones toma sin cesar por testigo al cielo y a la tierra y *Queché Achí*, empleando las mismas expresiones comienza repitiendo palabra por palabra la mayor parte del discurso de

(23) Cristóbal de Molina: *Fábula y Ritos de los Incas*, en *Las Crónicas de los Dos Molinas*. Col. Los Pequeños Grandes Libros de Historia Americana. Lima, 1943, pág. 73.

su interlocutor, antes de responderle. Y éste a su vez introduce en su respuesta la de *Queché-Achí*, antes de proseguir». Otro tanto sucede el *El Güegüence* con su cansadora repetición de las mismas frases y por el segundo interlocutor de cuanto ha dicho el anterior: «Una característica señalada, de los discursos indígenas escénicos», dice Brinton añadiendo el ejemplo de los diálogos del canto de los ulúas de Nicaragua traducido por Pablo Levy (*Notas sobre la República de Nicaragua*, París 1873, pág. 307).

Cuando por primera vez hube de leer *La Conquista de los Españoles* en una conferencia pronunciada en 1944, confieso que tan cansado me resultaba este continuo repetir, que me sentía confuso y me arrepentía de haber intentado su lectura, sin advertir por entonces que tenía en ello una prueba de primer orden de la autenticidad de la pieza.

A todo este cúmulo de tradiciones responde el armazón intrínseco de este teatro indígena.

CLEMENTE H. BALMORI

Febrero 1955

Reflexiones sobre la filosofía norteamericana actual

NOTAS



En los últimos años la filosofía norteamericana ha adquirido una conciencia más viva y precisa de su situación y posibilidades. La progresiva adquisición de esta conciencia se descubre observando las acciones y cada vez más frecuentes apariciones de estudios sobre historia de las ideas filosóficas en los Estados Unidos. Después que en 1926, A. L. Jones publicara su *Early American Philosophy*, y más tarde J. W. Kiley escribiera su *American Philosophy, its Early Schools*, no han faltado los trabajos generales y particulares sobre el pensamiento norteamericano. Interesante fue la obra de Huntington, *Main Currents of American Thought*. Entre los años 1934 y 1940 aparecen otros libros de Townsend y de Hoelder. Hasta que en 1946 aparece la extensa obra de Schneider, *A History of American Philosophy*, que posteriormente ha sido traducida al castellano. Por último el trabajo de Mendoza, publicado en México, reúne las fuentes para el estudio del pensamiento norteamericano, demuestra que el interés por estos temas ha trascendido las fronteras nacionales. Finalmente, hace unos meses hemos recibido un

STATON

Reflexiones sobre la filosofía norteamericana actual



Es un hecho evidente que la filosofía norteamericana ha ido adquiriendo en los últimos treinta años una conciencia más viva y precisa de su situación y posibilidades. La progresiva adquisición de esta conciencia se descubre observando las sucesivas y cada vez más frecuentes apariciones de estudios sobre historia de las ideas filosóficas en los Estados Unidos. Desde que en 1898, A. L. Jones publicara su *Early American Philosopher*, y años más tarde I. W. Riley escribiera su *American Philosophy, the Early Schools*, no han faltado trabajos generales y particulares sobre el pensamiento norteamericano. Interesante fué la obra de Parrington, *Main Currents of American Thought*. Entre los años 1934 y 1940 aparecen otros libros de Townsend y de Huelder. Hasta que en 1946 aparece la extensa obra de Schneider, *A History of American Philosophy*, que posteriormente ha sido traducida al castellano. Por último el trabajo de Mendoza, publicado en Méjico, sobre las fuentes para el estudio del pensamiento norteamericano, demuestra que el interés por estos temas ha trascendido las fronteras nacionales. Finalmente, hace unos meses hemos recibido un

breve pero interesante libro de Joseph L. Blau, *Men and Movements in American Philosophy*.

Esta relativamente abundante bibliografía aún tiene que ser completada citando algo que es de primordial interés para el conocimiento de la filosofía contemporánea de los Estados Unidos. Me refiero a esa serie de obras escritas en colaboración y que pretenden recoger, a través de una colección de ensayos o de declaraciones formales de los autores más relevantes, las distintas tendencias representadas por dichos autores. Algunas de estas obras se refieren a la filosofía universal, aunque se han realizado y editado en Estados Unidos. Otras en cambio —y son las que más nos interesan— se refieren exclusivamente a los autores norteamericanos. Como expresión del significado colectivo de algunos grupos filosóficos predominantes, son interesantes las obras escritas en colaboración por los grupos del realismo crítico (1920), idealismo americano (1932), fenomenología (1940) y naturalismo (1944). Con un carácter más general hay que destacar dos obras colectivas que ya han quedado como clásicas para el conocimiento del pensamiento estadounidense actual: *Contemporary American Philosophy*, editada en 1930 y *American Philosophy Today and Tomorrow*, aparecida cinco años después.

Con todo esto, aún se ha llegado a más en el esfuerzo por alcanzar un más pleno conocimiento del horizonte y la coyuntura filosófica norteamericana. Se ha intentado la confrontación con pensamientos de otros círculos culturales, alimentados por tradiciones diferentes de las americanas. En este sentido ha sido muy interesante la empresa acometida por Marvin Farber, bajo cuya dirección se ha publicado hace cuatro años una obra colectiva titulada *L'Activité Philosophique Contemporaine en France et Aux Etats-Unis*, en la que se recogen una serie de ensayos escritos por representantes de las tendencias filosóficas francesa y norteamericana que se estiman más significativas en el panorama intelectual de los últimos treinta años. Se propone además tal obra —según se dice en el prólogo— fomentar la discusión entre los distintos autores. Y para iniciar tal discusión, se incluyen dos trabajos, uno del filósofo francés André Lalande y otro del norteamericano

Richard Mac Keon, en los que se enjuician y valoran respectivamente las filosofías estadounidense y francesa.

Las conclusiones a que se llega en la confrontación intentada son importantes en orden a la caracterización de la filosofía norteamericana. El mismo Farber, director de la colección cree poder alcanzar una idea central, según la cual lo más característico de la filosofía francesa sería el problema planteado por el existencialismo, que no haría sino continuar la tradicional línea espiritualista de aquella nación, mientras que por el lado norteamericano se aprecia el interés creciente hacia la construcción de una filosofía fundada en las ciencias y en la lógica.

Esa misma confrontación nos hace ver sin embargo como tales diferencias quedan reducidas en el aspecto más hondo de las preocupaciones intelectuales, pues la convergencia es evidente entre el espiritualismo francés y la característica inclinación realista norteamericana, que incluye un interés primordial por los problemas humanos; idéntica convergencia puede apreciarse entre el punto de vista existencialista, tan característico de la mentalidad filosófica francesa de hoy, y ese desencanto ante lo teórico que es el rasgo común de las actitudes pragmáticas tan extendidas en algunos sectores norteamericanos.

Si finalmente situamos paralelamente los procesos históricos de las filosofías de ambas naciones, puede llegarse también a conclusiones interesantes, como las señaladas por algunos de los autores de ensayos en la obra colectiva de Farber: las semejanzas y coincidencias biológicas de las revoluciones francesa y norteamericana —tesis que hoy no pasa de ser una hipótesis, y aún discutible—, la completa desconexión de los dos ámbitos intelectuales durante un período de unos cien años, y el nuevo encuentro de ambos pensamientos, a principios de nuestro siglo, en una convergencia de actitudes y preocupaciones de la que es símbolo el binomio Bergson-James, principal instrumento de la batalla anti-positivista.

En torno a este planteamiento, quisiera anotar en estas páginas unas reflexiones sobre la situación y coyuntura de la filosofía norteamericana de hoy. Me referiré especialmente al trabajo filo-

sófico, a la influencia de los factores culturales y a una valoración de las tendencias predominantes que nos proporcione una imagen profundizada de aquel pensamiento.

El trabajo filosófico

Tres consideraciones se ocurren a la vista de la actividad filosófica norteamericana actual.

La primera se refiere a su idudable crecimiento. Si nos atenemos a criterios cuantitativos, habrá que reconocer inmediatamente —como lo hace A. Cornelius Benjamín en su ensayo *La Filosofie en Amérique entre les deux Guerres*— que en estos últimos años se ha operado un crecimiento muy rápido. Hacia el final de la segunda década de nuestro siglo se ha hecho filosofía más intensamente, y en la mitad de la tercera década, la filosofía ha comenzado a ser uno de los sectores más prósperos y prometedores del mundo intelectual norteamericano: aumento de matrícula en los cursos de la especialidad, creación de cátedras nuevas, profusión de libros y publicaciones, —por entonces aparecen varias revistas de importancia como la *Philosophy and Phenomenological Research*, el *Journal of Symbolic Logic*, la *Review of Metaphysics*, el *New Scholasticism*, y otras—. Finalmente, no sólo hubo un desarrollo creciente de la *American Philosophical Association*, sino que aparecieron otras sociedades más particulares, que hay que tomar como signo de una especialización más ambiciosa. Puede observarse además que todo este aumento de la actividad filosófica no es sólo cuantitativo; como se verá en lo que sigue hay sin duda un aumento en el valor intrínseco de las pretensiones intelectuales, que no es despreciable.

Otro rasgo externo de la filosofía norteamericana es lo que se ha dado en llamar su carácter «democrático». Esto está relacionado con una peculiar transformación de la filosofía en los Estados Unidos. Hay en este país una especial inclinación a conectar la filosofía con la zona de los problemas sociales, de la educación y de la ciencia. La filosofía así tiene una existencia menos pura y aislada que en otros sitios. Es curioso a este respecto cómo en la Universidad de Chicago por ejemplo hay más filósofos especiali-

zados en las cátedras de Cultura General que en la sección de filosofía. Y es que sin duda —como ha escrito André Lalande— la filosofía de los Estados Unidos aparece como sólidamente encuadrada por ciertas orientaciones técnicas, políticas y sociales. No es extraño pues el puesto preferente que ocupan las preocupaciones en torno a la filosofía social y a la filosofía de la educación. De esta situación general se desprenden dos rasgos que afectan en parte al contenido ideológico del pensamiento norteamericano. Este tiene que ser sin duda, por un lado abocado al realismo, y por otro con una tendencia a apartarse de la actitud estrictamente técnica y académica.

La tercera consideración sobre el trabajo filosófico se refiere a la presencia continua de partidismos filosóficos, junto con la ausencia igualmente frecuente de sistemas amplios y completos. En efecto, a cualquiera llama la atención el gran papel que juegan en el panorama filosófico norteamericano, los nombres de partidos o de tendencias filosóficas; hay una gran afición a utilizar los ismos. Por otra parte en general no es frecuente el pensador que emprende su tarea a través de la construcción lógica de un sistema completo; por el contrario, el filósofo parece ponerse en una actitud analítica que le lleva a acotar y a examinar este o aquel problema, sin demasiada pretensión de sistema. Aquel partidismo y esta asistematicidad revelan a mi juicio una característica de la actividad filosófica norteamericana: su actitud fundamentalmente crítica y analítica, que le lleva a emplear los distintos ismos con una finalidad más bien dialéctica y utilitaria.

Influencia de los factores culturales

Parece que a pesar de las reflexiones que Scheler escribió en su *Sociología del Saber*, según las cuales la filosofía americana aparecía, después de la guerra europea, como la potencia intelectual más prometedor, realmente la influencia de ambas guerras mundiales en el pensamiento filosófico de los Estados Unidos no es muy grande. Benjamín llega a decir que aunque los efectos de las contiendas se hicieron sentir sobre los filósofos afectando natu-

ralmente sus actividades personales, puede asegurarse que un cambio fundamental de las concepciones metafísicas o de la idea del papel de la filosofía, no se produjo. Incluso el pragmatismo, del que puede decirse que clava sus raíces en la situación misma de la sociedad, permaneció muy poco influído por los acontecimientos bélicos.

Si nos fijamos en la influencia que en la filosofía de los Estados Unidos haya podido tener la concepción del mundo propia del nivel medio norteamericano, hemos de concluir que dicha Weltanschauung ha ejercido una muy limitada irradiación sobre las concepciones filosóficas. Precisamente esta irradiación es lo que se ha exagerado indebidamente cuando con tanta frecuencia se sobrevalora el papel del pragmatismo en el horizonte intelectual estadounidense. Efectivamente, para el europeo medio, y aun para el americano medio, el pragmatismo parece constituir el movimiento predominante en la filosofía de este país, tanto en los últimos años como en el proceso de su historia. Las razones de esa actitud han sido analizadas por Benjamín en el ensayo antes citado. El juicio del europeo está muy influído por el hecho de que Estados Unidos son un país rico e industrial ante todo, y que por eso debe estar lleno de gentes dotadas del espíritu más práctico; es una idea que viene a identificarse fácilmente con la interpretación vulgar del pragmatismo. El americano medio ve sobre todo en el pragmatismo las influencias que este último ha ejercido en la educación, y cree así que dicha corriente es una tendencia predominante en el panorama total. Contra esta manera de ver las cosas está sin embargo el hecho indudable de que hoy el pragmatismo no constituye ya un movimiento significativo en los Estados Unidos. Ya en 1930 Boodin llegó a decir: «El pragmatismo ha muerto ya y no es bueno hablar mal de los muertos». Además, con el nombre de pragmatismo se abarcan direcciones demasiado heterogéneas, —con algunas verdades comunes, fecundas sin duda—. Heterogeneidad que fué bien puesta de relieve ya en 1908 cuando Lovejoy escribió su conocido artículo titulado *Los trece pragmatismos*.

Mucho mayor es en cambio la influencia de la filosofía uni-

versal. No puede entenderse el origen, desarrollo y vocación del pensamiento filosófico norteamericano sin encuadrarlo en el esquema universal de las preocupaciones de los últimos tiempos. En la marcha general de la filosofía mundial, la aportación americana figura junto a la europea, con mutuas implicaciones de temas y soluciones. Considerar esto será precisamente la última reflexión de estas páginas.

Balance y valoración

No sería de interés aquí, en un desarrollo excesivamente breve, mostrar un panorama analítico del pensamiento filosófico norteamericano de hoy. Si hacemos este examen, prescindiendo de la perspectiva valorativa, nos resultará simplemente un cuadro de tendencias que no es sino un trasunto del cuadro general de corrientes en la filosofía universal. Casi puede asegurarse que no faltaría más que la dirección estrictamente existencialista. Lo cual sin duda —esto no podemos menos de confesarlo— no deja de ser extraordinariamente llamativo.

Si con un criterio de mayor generalización, nos quedamos sólo con las más significativas e influyentes de las líneas filosóficas norteamericanas, la apreciación es entonces más útil, pues aparecen cuatro grandes cauces que constituyen lo más esencial de la actual situación. Son: el pragmatismo, el idealismo, la fenomenología y el realismo crítico. Hay sin embargo que tener en cuenta una circunstancia especial: los ismos son siempre entendidos aquí de un modo peculiar. Hasta tal punto que a veces las designaciones llegan a ser equívocas. A este respecto describe Lalande la perplejidad con que un europeo leería en un artículo de D. C. Williams que «el positivismo americano destruye toda confianza en la conducta razonable y previsoras»; ello es difícil de conciliar con el aforismo de Comte: «Ciencia, y consecuentemente previsión; previsión y consecuentemente acción»; y cabe preguntarse por qué extraordinario avatar semántico la palabra positivismo ha terminado tomando un sentido diametralmente opuesto al que su creador le había dado.

En las cuatro líneas fundamentales que hemos señalado,

ya hemos advertido antes la extraordinaria heterogeneidad que hay dentro de la actitud denominada pragmatista. Los pensadores actuales que pueden calificarse de idealistas, han derivado casi todos hacia una preocupación por lo singular y lo concreto que está lejos de la preocupación por lo absoluto, característica del idealismo clásico del siglo XIX. En cuanto al realismo, tan peculiar de la última especulación filosófica estadounidense, debe tenerse en cuenta que se trata de un realismo más próximo a la actitud empirista que a la posición metafísica. Finalmente, la fenomenología ha sido también llevada hacia orientaciones realistas por Marvin Farber, quien ha eludido las conclusiones idealistas de Husserl.

Si por fin empleamos un criterio valorativo, creo que puede llegarse a dos conclusiones fundamentales, una en relación con la posible caracterización unitaria de la filosofía norteamericana y otra en relación con las tendencias que por su volumen y significación constituyen una auténtica aportación a la filosofía universal.

Sobre la unidad de la filosofía estadounidense se han venido dando contestaciones negativas. Schneider, después de hacer un examen detenido de todas las tendencias, confiesa que no es posible decir qué ideas fundamentales defiende la filosofía norteamericana. Encuentra que no hay ningún tema central o nota predominante. No hay dirección o movimiento común. Únicamente puede hablarse según Schneider de una característica vitalidad para reaccionar asimilando las novedades. Otro pensador, R. B. Perry, propone una respuesta algo más positiva. Considera como lo propio del pensamiento estadounidense todo lo que se refiere a individualismo, experimentalismo, democracia, creencia en la posibilidad de mejoramiento del mundo. En suma, un particular entusiasmo moral que está lejos de la tradición idealista anglo-germánica. Pero nótese que la observación de Perry es más una caracterización cultural que filosófica.

Realmente, es absolutamente imposible reducir a una unidad de contenido la pluralidad filosófica de Norteamérica. Todo lo que en este orden se intente no pasará de ser una vaga caracteri-

zación estilística y cultural que define poco los caracteres filosóficos de la especulación norteamericana.

Por último, si buscando cual sea la más relevante aportación de la filosofía estadounidense, nos decidimos a prescindir de las direcciones menos influyentes, hemos de reconocer que tanto el pragmatismo como el idealismo pueden considerarse en una fase de decadencia y superación. La máxima vitalidad está en cambio en las corrientes realistas. Y aunque éstas, como he dicho antes se sitúan muchas veces en una posición relativamente positivista, el impulso de la dirección fenomenológica que interesa y mueve a un gran sector de los filósofos norteamericanos, tiene que abrir el camino a esa vocación metafísica que es en nuestros días la coyuntura de más peso en el porvenir filosófico del mundo.

Patricio Peñalver Simó

Alfonso XII, 12.—Sevilla

El derecho político en el Brasil



EN su última obra, titulada *Introdução á História do Direito Político Brasileiro*, publicada en Sao Paulo a fines del pasado año el catedrático brasileño J. P. Galvao de Sousa obtiene un fruto del que no podrá prescindirse en lo futuro. Lo presenta como una concienzuda recolección de sus explicaciones universitarias en la Facultad Paulista de derecho: ello implica la necesidad de exponer toda una evolución histórica en sus líneas fundamentales, sin caer en el análisis erudito que a veces distrae la atención hacia problemas de segunda mano. No es tarea fácil, pues requiere a menudo una renuncia dolorosa a la que hay, empero, que someterse si se quiere cubrir la meta propuesta. Bajo este aspecto merece los mayores elogios, pues desde sus iniciales preferencias al origen del Estado y su exposición de la Monarquía portuguesa anterior al Imperio, nos lleva constantemente a través de los temas básicos del Derecho Político, sin olvidar una visión total de las etapas históricas que vivió el Brasil.

Mas no es suficiente. También una labor de resumen y simplificación del material recibido pudiera cubrir tales objetivos.

Aquí resplandece, pues, otra virtud del libro que verdaderamente marca un nuevo camino en el pensamiento político americano. El autor se adhiere a una ideología que reconocemos desde las primeras líneas, y ella le sirve de molde y justa medida para calibrar certeramente todas las oscilaciones de signo propicio o adverso que sufre la organización política y consecuentemente la nación entera. Todo sin asomo de contradicción, explicando causas y consecuencias, dando razón de éxitos y fracasos.

Aunque no es mi idea el facilitar una reseña crítica, no puedo dejar de subrayar, finalmente, el estratégico enfoque utilizado por el profesor Galvao de Sousa, que incluso tratando los problemas nacionales, suscita un interés que traspasa el ámbito americanista. Y, que en la abundante riqueza de sus páginas ofrece al lector problemas y soluciones tan actuales como decididas.

La entrada en la Edad Moderna

En Portugal, como en España, la organización feudal no llegó a alcanzar los caracteres con que se desarrolló en otras naciones europeas. Podemos afirmar que nos llegó un poco de rechazo, en un rebote cuyo ímpetu podría fácilmente haber sido neutralizado. Sin embargo, la especial situación en que se hallaban nuestros reinos peninsulares, en lucha con el invasor islámico, produce ciertas consecuencias que habrán de dejarse sentir en las primeras etapas de la Monarquía absoluta. Siendo nuestro feudalismo más reducido, no se quiso hacer, sin embargo, menos duradero, originando aquella tensión interna y sorda que tantas energías malgastó en momentos en que la situación internacional del naciente Estado más necesitaba ahorrar.

Con cierto dolor que se adivina entre sus líneas, el Profesor Galvao de Sousa nos descubre el telón de una tragedia histórica; porque en su convencida opinión de adherir la época áurea nacional al esplendor del Sistema representativo medieval, ha de confesar un Imperio, subsiguiente, que poco a poco traiciona las bases del régimen anterior, si no más libre, al menos más jerarquizado. Yo creo que en esta jerarquización reside uno de los vi-

cios mayúsculos del sistema en cuanto que, si nacido entre ideas de sana libertad, acabó perdiendo los ímpetus que trascendían por encerrarse en una organización fósil y revoltosa al mismo tiempo. No hace falta recordar al detalle aquel antagonismo abiertamente declarado entre Estado —o, más bien, podríamos decir Sociedad— y Monarquía, entre una soberanía social y otra política. Ese antagonismo degenera en ciertos puntos en anarquía; en todos, la misma contraposición de fuerzas sociales tan dispares como clero, nobleza y pueblo, suscita una ocasión no desaprovechada para que a la sombra del romanismo invasor la realeza derive hacia el absolutismo. Aquellas dos soberanías [en que el individuo basaba sus aspiraciones de persona y de ciudadano quiebran, a mi juicio, al no encontrar en la realidad social de la Edad Moderna una más avanzada consagración política.

Galvao de Sousa permite entrever en su obra el problema apuntado. Lo esboza y llega a señalar ciertas causas de la transformación operada. Se detiene, sin embargo, en el ámbito del Imperio portugués; no olvidemos que su libro es una Introducción, y que, plenamente consecuente con su idea, nos ha de ofrecer, a veces, una rápida visión y no una exhaustiva problemática. Incluso me atrevería a decir que en Portugal se simplifica, como en Castilla y Aragón, la solución a que había que atender por la misma causa ya señalada de un precario feudalismo; e incluso, gracias a su sistemático alejamiento de la absorbente política europea, el problema de la conservación mil veces amenazada de la nacionalidad formada es casi inexistente. Como recuerda Stefan Zweig en su libro sobre Brasil, la gran ventaja de que años después gozará Portugal frente al resto del mundo, consistirá en esta labor callada con que, alejada de los choques y aspiraciones de la política europea, consigue consolidar sus dominios. Cuando su riqueza atrae miradas extranjeras, son estas mismas colonias las que ayudan a la Madre Patria a mantener el lazo de unión. Hasta qué punto es esto cierto lo señala el hecho de que sólo cuando se produce la Unidad Ibérica, las más ricas colonias portuguesas pasan a manos de otros países aspirantes a la hegemonía mundial. Sólo entonces, al quedar englobadas en otro imperio más amplio,

amenazado por múltiples enemigos, dichas posesiones penetran en el ámbito peligroso de los conflictos que se decidían en Europa para atraer la envidia y la ambición ajenas.

Podríamos asentar que en Portugal, como en España, la crisis de entrada en los tiempos modernos no se presenta con la gravedad de otros países, pues si aunque a fin de cuentas el absolutismo real se impone —lo que no habría ocurrido de no haberse hecho necesario— sin embargo esta nueva concepción política conserva un fuerte sentido tradicional. El catedrático brasileño así lo admite, subdividiendo la monarquía absoluta en dos períodos: el antedicho, y el siglo XVIII con el Enciclopedismo. Entre aquel y el sistema de los últimos siglos de la Edad Media pervive un íntimo nexo: una misma organización, y, me atrevo a añadir, un mismo espíritu. El hombre, a excepción de unos casos aislados, sigue la misma vida que, a veces, reconoce atrofiada; pero la realidad apremiante de nuevos continentes a conquistar y poblar opera ineludiblemente a modo de tubo de escape: se vive el Imperio como antes se vivió la lucha con los mahometanos, y, bien actuando como héroes, bien aprovechándose de aquellas ventajas que los héroes reportaron, la gran preocupación popular deja de ser una política para convertirse en una aventura.

En esta continuidad histórica, por la que no parece decidirse plenamente el Profesor Galvao de Sousa, encuentro una de las razones más importantes de nuestro primitivo Renacimiento; no olvidemos tampoco la indiscutible superioridad con que la Península afronta la interrogante de la Reforma religiosa que tuvimos el acierto de entregar a los únicos que con autoridad la pudieron realizar. Así, mientras la Iglesia fortalecía sus líneas tapando brechas que el vicio y el abuso habían producido, se dejaba sentir también en el Estado un reforzamiento de la autoridad real que, si hecho necesario, habría de cojear, como efectivamente ocurrió, sin un paralelo movimiento de reajuste social dentro de la organización estatal. ¿Por qué faltó? ¿Fué el oportunismo de unos monarcas ambiciosos? Cada país aportará su caso, y en la misma variedad de soluciones y resultados va a resaltarse la riqueza de matices y las antagónicas posiciones de la política europea. Basta

subrayar una vez más la circunstancia especial de dos imperios peninsulares que al mismo tiempo que constituyen germen de decadencia política, son fruto indudable de la Historia que les había precedido.

Siglo XVIII e Independencia

Tiene la colonización de nuestras dos naciones caracteres propios que Galvao de Sousa condena en líneas magistrales. El mismo sentimiento popular y la herencia de una empresa medieval, las coloca en una situación ventajosa para una expansión que sobrepasa, con mucho, los intereses económicos. Por esto mismo he afirmado que aquellos imperios traían en sí un germen de decadencia; porque los dominios que se anexionaban al territorio metropolitano antes que fuente inagotable de derechos lo eran de deberes comunes. Y en unos tiempos en que la colonización era comunmente considerada como una ayuda para las contiendas internacionales, España y Portugal, anexionándose tierras descubiertas sin estatutos de inferioridad, dan un paso gigante al que el Imperio Romano sólo llegó en los umbrales de su ruina.

Cuando, años más tarde, se generalice la idea de que el gobernador marche a las colonias para reponer su quebrantada fortuna; cuando, en España, a la escrupulosidad en materia espiritual de los monarcas austriacos sucede la gran preocupación de las *Lucas* y del fomento económico, un cambio profundo aflora cuyas consecuencias tardarán poco en dejarse sentir. Yo me pregunto cuál habría sido nuestro Imperio si las Indias no hubieran aparecido hasta Carlos III. Sin ningún género de dudas, otro radicalmente diferente. Supongo que la misma consideración podría aplicarse al caso portugués.

El peligro estaba a la puerta. La descarada innovación dieciochesca alimenta la ruptura con el sistema tradicional. La adopción de fórmulas que podrían haber triunfado en otros países —los sucesos posteriores dictarían la sentencia— perjudicaba una continuidad tanto más necesaria cuanto más se distanciaban las entidades políticas locales del Poder central. Entonces es cuando se impone aquel humanismo de que habla Berdiaeff en *Una nueva*

Edad Media, soplan vientos racionalistas y la alianza que las nuevas corrientes filosóficas firman con el poder real, conduciendo a lo que conocemos por Despotismo Ilustrado, concede a los monarcas lo que acertadamente califica Palacio Atard como una victoria a lo Pirro; porque el pensamiento, cuando se coloca en una línea lógica, puede más que el poder constituido, y rompería la conexión trabada tan pronto la considerara un obstáculo a sus designios.

A la centralización política sucede una más dolorosa centralización administrativa y es curioso observar que en este aspecto se dan la mano el siglo XVIII con el liberalismo subsiguiente. Estoy con el autor de *Una nueva Edad Media* cuando considera las formas del poder como una cuestión aleatoria y secundaria. La médula reside en la idea directriz y en el pensamiento político-filosófico dominante, y la esquina donde nuestra Historia, definitivamente, tuerce su rumbo, está proporcionada por el cambio de dinastía, como en Portugal pudo haberlo sido con el valimiento de un ministro de la categoría de Pombal.

Hoy, pasado el ímpetu independizador de las naciones americanas, con la secuela consiguiente de aversión y ataque hacia las que fueron, llamémoslas así, metrópolis, la verdad histórica puede extraerse sin la más inconveniente exaltación. Son muchos los autores que colocan el principio de la carrera hacia la independencia en la repercusión que en el Nuevo Continente tienen el Enciclopedismo y la Ilustración. Así lo admite también Galvao de Sousa sustentando que la guerra no se libró entre hispanoamericanos y europeos, sino que tuvo un ambiente plenamente interno. El hecho de enviar ejércitos para dominar el levantamiento no haría más que exacerbar la obra secesionista. Ante el apartamiento del gobierno de la Madre Patria de un régimen tradicional, ante el experimento metropolitano de adoptar sistemas más «progresivos» los pueblos americanos, exactamente igual que el castellano o el catalán, se sienten en la obligación (o al menos, en la posibilidad) de intentar un nuevo orden, y este orden había de ser, por fuerza, implantado a espaldas de Madrid o de Lisboa, igual que en el siglo precedente aquellos poderes centrales habían

saltado, subrepticamente, al corral ajeno dejando a los pueblos americanos en esa desorientación de que se aprovecharon los que buscaban el derrumbamiento de los dos Imperios.

Si el movimiento que se acusa en aquellas tierras era antiespañol, lo era en la misma magnitud, —aunque no consecuencias— con que en la Península se traicionaba aquel mismo espíritu que había animado todas nuestras tareas nacionales; porque en el caso de que los nuevos tiempos hubieran hecho necesarias nuevas soluciones, era responsabilidad de los que las emprendieran el no derruir los muros ya levantados y reconocidos como resistentes, para erigir un nuevo edificio, inseguro, sobre los viejos cimientos. Lo cierto es que no lo supieron o no lo quisieron hacer.

Actualidad y futuro

Brasil inicia su vida independiente con una circunstancia que la diferencia del resto de los países hispánicos: es gobernada por una monarquía que subsiste durante casi todo el siglo XIX. Goza, pues, de la existencia de un poder moderador que no se daba en los pueblos vecinos. Fué un tronco de salvación que la huída de Juan VI ante la amenaza napoleónica había proporcionado como ocasión y como ventaja. De ello se aprovecharon hasta que las minorías avanzadas y las crisis económicas obligaron al otro intento de solucionarse los problemas sin monarca. Y en este momento aquellas inmensas extensiones que los mapas antiguos llegaron a denominar Terra dos papagaios, abandonan un ficticio símbolo de unión a la Tradición, para entrar, según la pluma del profesor de la Universidad Católica de Sao Paulo, «nas permanentes crises republicanas, isto é, na mesma problemática dos povos vizinhos e irmaos».

Era consumado el hecho desde el Cabo de Hornos hasta San Francisco y Texas había triunfado indiscutiblemente una nueva ideología política. Los pueblos americanos que se habían levantado contra una administración que no reconocerían jamás como suya, se encuentran ante el dilema de crearse la propia, bebiendo en las fuentes tradicionales, o adoptar la ajena que ya se había

impuesto en otros lugares. La primera solución era la más difícil, pues exigía no solo la fiel interpretación de instituciones históricas, sino también su adecuación a una sociedad que había evolucionado notablemente; sin embargo, era lo que habría ofrecido mayor margen de estabilidad. No fué ésta la trayectoria, y la solución adoptada derivó el futuro de Hispano-América hacia moldes franceses y anglosajones.

A la vista de este resultado, algunos, con mente miope, y anticuada, quisieron atribuir, entre otras razones, la independencia americana a la oposición entre un liberalismo pujante en las colonias, frente a un régimen absolutista, aunque agonizante, en la metrópoli. Nada más lejos de la verdad. Precisamente el desmembramiento del Imperio halló causa preeminente en aquel mismo ideario nacionalista y prerrevolucionario de que se había inficionado la política española; y la afirmación posterior de los derechos del hombre, de la soberanía popular y de su casi omnimoda libertad desde el momento en que halló serios ecos en la Península, se hizo más atrayente en América; la autonomía y libre arbitrio que se iban a reconocer a los españoles, lo serían igualmente entre los americanos, y éstos hicieron bien aprovechándose de esta suelta de amarras que el nuevo pensamiento político español (si cabe llamarse así) les tenía forzosamente que facilitar. Porque el caso dado en otras naciones de consagrar un derecho a unas prerrogativas a favor de sus habitantes, negándoselos a otros pueblos o razas, no podrá jamás ser aducido en la Historia de España. Lo que hayamos hecho, lo hicimos con gallardía, y entre nosotros no se cuentan las contradicciones mayúsculas que la Historia Universal descubre.

La gran dificultad reside en que las repúblicas americanas surgieron en un ambiente ideológico hoy día superado, que han quedado a merced de diversos movimientos posteriores y que la copia de sistemas extraños paralizó en cierto modo su desenvolvimiento político. Es también un problema mundial, pues la conciliación aceptable entre una seguridad política y la libertad y prerrogativas de la persona, es una empresa que si se toma por el lado fácil conduce al fracaso. Para enfocar más profundamente

nuestro ocular sobre el mosaico colorista del mapa americano, la obra de Galvao de Sousa será una de las de imprescindible consulta; y con él, aunque no lo formula expresamente, acrecentamos nuestra sincera esperanza de una solución no lejana.

José Miguel Pavon

COMENTARIOS

COMENTARIOS



Desde cada vez con mayor frecuencia, manifestaciones de importantes personalidades e instituciones que se ocupan con un diligente optimismo sobre la situación actual y las perspectivas inmediatas o futuras de la economía norteamericana. Todos coinciden en creer que la demanda «resurgirá» de 1964 (inventarios de materias primas) será en el tercer trimestre del año pasado y que en el campo la nacional norteamericana se dirige abiertamente ya hacia una época en la que, en palabras continuadas en los primeros meses de 1965, una crisis de recesión que se está produciendo en el mundo, superando incluso los ciclos anteriores alcanzados hasta ahora en 1959.

Muchos son los factores que favorecen esta evaluación optimista, entre ellos el crecimiento general de la producción nacional (especialmente acusado en las industrias del acero y del aluminio, claves del peso económico norteamericano), la estabilización y una moderada exuberancia de las cifras actuales de empleo, el surgido nivel de los índices industriales, la elevación de los ingresos personales y los tipos de renta al por menor, el firme vertiginoso en la construcción de nuevas viviendas, el alza incuestionable de los valores bursátiles, la estabilidad de

COMENTARIOS



Clima económico norteamericano. Desde hace algún tiempo la prensa norteamericana recoge, cada vez con mayor frecuencia, manifestaciones de importantes personalidades u organismos que se expresan con no disimulado optimismo sobre la situación actual y las perspectivas inmediatas o futuras de la economía norteamericana. Todos coinciden en creer que la moderada «recesión» de 1954 (contracción o «inventory adjustment» según otros) cesó en el tercer trimestre del año pasado y que en el cuarto la economía norteamericana se dirigía abiertamente ya hacia una nueva expansión que, ampliamente confirmada en los primeros meses de 1955, lleva trazas de convertir este año en el más próspero registrado en U.S.A., superando incluso las cifras máximas alcanzadas hasta ahora en 1953.

Muchos son los factores que favorecen esta evaluación optimista; sobresalen entre ellos el incremento general de la producción nacional (especialmente acusado en las industrias del acero y del automóvil, claves del pulso económico norteamericano), la estabilización y aun moderado crecimiento de las cifras actuales de empleo, el crecido nivel de las inversiones industriales, la elevación de los ingresos personales y las cifras de venta al por menor, el ritmo vertiginoso en la construcción de nuevas viviendas, el alza incontenible de los valores bursátiles, la estabilidad de

los precios de consumo y el mayor nivel adquisitivo del ciudadano medio. Sin embargo no todo el panorama es tan brillante: los precios agrícolas se cotizan en baja y la cifra de obreros en paro sigue siendo considerable sin llegar a lo alarmante. Pero lo más curioso es que varios de los factores favorables conspiran contra el rosado panorama por obra de su propia desorbitación. En opinión de muchos se están construyendo viviendas en exceso sobre las necesidades actuales y con demasiadas facilidades crediticias y no debe estar muy lejos el momento en que se alcance una saturación; el «boom» de la industria del automóvil sobrepasa la demanda actual y podría estar influido por las negociaciones en curso entre las empresas y los sindicatos que pudieran desembocar en una huelga de repercusión nacional; el alza de las acciones en la Bolsa presenta un cariz de actividad especulativa tan acusada que, a más de algunas medidas restrictivas, ha provocado una resonante investigación en el Senado (cuyas conclusiones caracterizadas por una moderada cautela, acaban de aparecer) y que, aparte el renovado interés que ha atraído sobre el estado de la economía y la diversidad de puntos de vista que ha puesto de manifiesto entre las relevantes personalidades que han tomado parte en ella, ha proporcionado la oportunidad de permitir comprobar hasta que punto pesa aún en las mentes de 1955 el recuerdo de la catástrofe financiera de 1929.

Conviene tener en cuenta además que, sobre la diversidad propia de un cambiante panorama abierto a muy varia interpretación nacida de criterios estrictamente económicos, otros factores intervienen para hacer aún más encontradas las evaluaciones y difícil de discernir los motivos o la justeza de las mismas. Unos, como sucede a los directivos de las organizaciones obreras, ven la situación desde un prisma limitado y lamentan la pasividad del Gobierno en el problema del paro y su falta de espíritu de iniciativa. Otros, como los políticos demócratas, ponen lógicamente más entusiasmo en destacar los síntomas sombríos que los favorables. Unos y otros prefieren cargar en el debe del Gobierno lo que ven de negativo a exaltar lo que de avance indudable ha habido en los últimos meses. Los primeros, por sentirse preteridos y los segundos, por evidentes razones políticas y por la relativa proximidad de las elecciones del 56 que tanto pesan ya en el conjunto de la vida pública norteamericana, no ven con excesiva alegría el risueño porvenir que en parte casi palpan y en parte sueñan los economistas de la Administración Eisenhower. Cuando muchos financieros piensan ya en una posible nivelación presupuestaria y reducción fiscal para el año próximo, el escepticismo de los que se alinean en la oposición hace sospechar si en el fondo no desearían ellos que, hasta pasadas las eleccio-

nes de 1956, el ritmo de la economía norteamericana no fuese demasiado próspero.—M. R. G.



El genio científico del mundo contemporáneo.

Hace poco más de un mes ha muerto Alberto Einstein. Su actividad estrictamente científica es por supuesto marginal a los temas habituales de ESTUDIOS AMERICANOS, pero su actitud humana ante muchos problemas que se plantearon precisamente como consecuencia de sus aportaciones científicas y, sobre todo, su valor simbólico como representante de este mundo de hoy, a cuya configuración tanto ha contribuido, hacen de Einstein una figura fundamental para cuantos nos preocupamos por los problemas culturales. Porque este valor simbólico de Einstein resulta lo más sugestivo desde nuestro punto de vista, queremos destacarlo en este comentario; en un momento en que las necrologías elogiosas llenan las páginas de semanarios y revistas, poniendo de relieve el valor científico de su teoría de la relatividad o las facetas humanas de su pacifismo a ultranza.

Salvando el momento único e irrepetible de la Divina Encarnación y la fundación de la Iglesia, ciñéndonos al proceso estrictamente humano, no existe ningún período de tiempo en el que, de pronto, se hayan ofrecido al hombre tantas posibilidades como hoy. Quizás solo pueda serle comparable, en sentido revolucionario, la época ya tan distante en que el hombre primitivo empezó a pasar del estado nómada al sedentario, asentándose en Mesopotamia, Egipto o la India. No se trata sólo de avances de tipo técnico, pese a la importancia que éstos indudablemente tienen, sino, sobre todo, de la revolución que representan los conceptos einstenianos del tiempo y del espacio, de la materia y la energía, que constituyen la base para una cosmología científica nueva. Novedad revolucionaria que, sin embargo, se liga en la mente de Einstein con las más clásicas concepciones científicas en cuanto, frente a la tendencia indeterminista y probabilista que triunfó desde 1927 en el campo de la física atómica, Einstein sostiene un universo físico de fenómenos estrechamente relacionados formando un todo coherente. Todo el pensamiento einsteniano está dominado por una admiración a la armonía que rige la Naturaleza y que le lleva a formular la validez universal de las leyes naturales. La propia evolución de la doctrina einsteniana constituye una buena demostración de esta conciencia unitaria del Universo físico. Desde que en 1905 Einstein planteó el principio de la Relatividad en sentido restringido hasta que en 1953 dió a conocer la Generalización de la teoría de la gravitación y el significado de la relatividad, se ha desarrollado un proceso que tiene su culminación en la teoría del campo unificado en la que Einstein pretende englobar todos los fenómenos físicos dentro de un campo unitario.

La plasmación práctica de la teoría einsteniana había de conducir a la utilización de la energía atómica y, mediante ella, a abrir un mundo de posibilidades al hombre contemporáneo. Un progreso técnico asombroso. Pero que, como siempre, plantea el problema de saber al servicio de qué valores se van a poner tantos descubrimientos. Cuando el Santo Padre hablaba hace poco de los peligros de la técnica, no hacía sino poner de relieve, el mal que aqueja a nuestra sociedad: la desacompañación entre el progreso material y el moral. Porque no basta que los grandes científicos sean hombres dotados de una indudable buena fe, ni siquiera que posean una bondad natural tan notable como la que caracterizó a Einstein. Si esa bondad natural no está coronada en lo individual por unos valores sobrenaturales y acompañada en lo social de una eficaz conciencia espiritual en las masas humanas, los resultados serán fatales. El caso de Einstein es en este sentido profundamente significativo. El hombre que supo levantar el velo que cubría un universo misterioso, no fué capaz de comprender que otro velo ocultaba al Dios personal algunas de cuyas maravillas iba dando a conocer. Al confesar: «creo en el Dios de Spinoza que se manifiesta en la armonía de las cosas—no en un Dios que se ocupa del destino o de las acciones de los hombres», al rechazar la existencia de un Dios remunerador, al no admitir más religión que el misterio del mundo, Einstein nos deja abandonados a los hombres a nuestras propias y escasas fuerzas. ¿Cómo no había de asustarse después del uso que los hombres, dominados por sus pasiones, habían de hacer de sus descubrimientos?

Einstein, que pudo haber sido un hombre genial, se ha quedado convertido en un genio científico, el más grande probablemente de la historia de la humanidad. «De internis...» no cabe juzgar. Dios habrá visto lo que los hombres no hemos atisbado en Einstein. A nosotros no nos queda sino poner de relieve una vez más las posibilidades que las teorías einstenianas ofrecen al hombre, señalar el ejemplo de trabajo y de confianza en los resultados que supone la vida del sabio recién fallecido y desear que el mundo sepa poner tan brillantes y esperanzadores resultados al servicio de los más altos valores espirituales.—G. M.



Méjico y el turismo. El hombre ha sentido siempre el deseo de conocer gentes y tierras distintas. Hoy, cuando este deseo humano ha sido explotado con el más utilitario sentido, se convierte el turismo en una industria de intrincado engranaje y de muy amplias y fructíferas perspectivas.

Méjico, con recursos suficientes para montar un negocio de estas características, ha encontrado en él una fórmula conveniente para nivelar su

balanza económica. Un solo dato: cerca de 200 millones de dólares provienen de lo que gastan los turistas en el país. Pero en los últimos años disminuyen, de un modo alarmante, tan copiosos beneficios. Las corrientes turísticas se han encauzado hacia otros países y la opinión pública mejicana sigue con angustia esta pérdida que amenaza con desequilibrar su economía.

Sería curioso analizar las posibles causas de la situación. La técnica turística ha de controlar dos factores esenciales: uno material, el otro espiritual. En cuanto al primero, no puede escapársele la atenta vigilancia de los servicios de transporte, alimentación, habitación... En general, el disfrute de las necesarias comodidades, bajo un denominador común: el económico. En cuanto al segundo punto, el especialista debe imprimir al turismo una orientación clara y convenientemente determinada. Folklore, paisaje, clima, costumbres, suelen ser los tópicos obligados, necesarios, de toda atracción turística. Y aquí, en el aspecto puramente técnico, reside la nota en falso que amenaza con descabalar el presupuesto de ingresos mejicanos.

Por su clima y mares privilegiados, Méjico viene atrayendo durante años a una gran parte de la población norteamericana, perteneciente a las clases elevadas. Cegado por esta oleada de dólares que la nación vecina le proporciona, ha encauzado su reclamo turístico hacia la clase selecta, económicamente considerada. En su propaganda ha renegado de los recursos típicos que dan gracia y sabor al país. Se ha esforzado por descubrir un Méjico supercivilizado, de grandes avenidas, suntuosos hoteles y opresivos edificios, cuya magnificencia no ponemos en duda, pero que no resisten la comparación, en cuanto a atractivos se refiere, frente a la imponente sobriedad de las piedras aztecas o al encanto de su insuperable riqueza folklórica.

Muy significativo es que el turismo se desvíe ahora hacia Europa. El Viejo Continente tal vez no pueda rivalizar en comodidades con el nuevo —en muchas ocasiones también— pero ofrece, como compensación, una imponente riqueza artística y cultural.

Creemos pues que Méjico sigue un camino equivocado y perjudicial si continúa enfocando su turismo hacia aquel sector que sólo busca comodidad y descanso. Cualquier nación puede proporcionarlo en la misma medida que Méjico, mejorándolo en muchas ocasiones. No debe sin embargo olvidar la atracción que representa para el extranjero el indigenismo que impregna su vida, la huella hispana salpicando su geografía de matices peculiares, o los valores propios del mejicanismo. Porque al turista anglosajón, paseante de cualquier país hispanoamericano, no son precisa-

mente adelantos técnicos —acaso la faceta más despersonalizada de un país— lo que ha de ofrecerse, sino todo lo que de una manera atrayente señale lo singular y auténtico en el modo de ser de un pueblo.

Méjico ha conseguido situarse en el primer plano turístico del mundo hispanoamericano y no precisamente por los modernos edificios de esta o aquella avenida, un suntuoso hotel, un balneario, o un casino, sino por una historia, una cultura, una geografía y unos hombres.—M.^a D. V. A.



Catolicismo social y problemas del campo. Con una misa al aire libre, oficiada el 24 de abril en la ciudad panameña de Santiago, ante representantes oficiales del gobierno y 25.000 campesinos, ha clausurado sus trabajos de ocho días el Tercer Congreso Internacional Católico de Vida Rural, patrocinado conjuntamente por la Conferencia Nacional Norteamericana consagrada a dichas tareas y la Fundación Ford. Participaron en las sesiones del mismo 400 delegados de 23 naciones americanas, entre los que se contaban varios obispos, numerosos sacerdotes y representantes de una veintena de órdenes religiosas.

El temario del Congreso, muy variado e intenso, preparó el camino a las conclusiones aprobadas de cuyo extraordinario interés da idea el resumen de las principales que a continuación ofrecemos: necesidad de una reforma agraria en Hispanoamérica, basada en una auténtica justicia social y en el respeto al equilibrio de las economías nacionales, urgencia de una legislación social adecuada a los trabajadores del campo, estímulo a la constitución de sindicatos campesinos y organizaciones granjeras de pequeños terratenientes, fomentos de uniones de crédito y cooperativas, constitución de comisiones nacionales católicas de inmigración, ligadas a la central ginebrina, que procuren una política inmigratoria y de colonización favorable al desarrollo económico de los distintos países, y finalmente, apoyo a los organismos internacionales, mundiales o panamericanos que fomentan la elevación del nivel de vida.

Basta revisar someramente el panorama agrícola mundial para comprobar cuán lejos se está aún desgraciadamente de esas metas mínimas preconizadas en las generosas conclusiones del Congreso. Ciñéndonos concretamente a Hispanoamérica, y a pesar de ciertos progresos tan alentadores como esporádicos, el problema del aprovechamiento de la tierra y del bienestar de quienes la cultivan ocupa un lugar tan prominente que trasciende con mucho de la esfera puramente económica y utilitaria para invadir los campos político y religioso. Ello acrecienta la urgencia y la oportunidad de la celebración del Congreso de Panamá,

Cuando tanto se habla de la apostasía de los humildes y del peligro de su conversión a las promesas de mejoras o a la ideología comunista, conviene pensar muy a

menudo en cuáles puedan ser las causas de estas inquietantes deserciones y cuáles los remedios que puedan oponérseles para conseguir desterrarlas, porque no basta diagnosticar una enfermedad, ni espantarse de su posible desarrollo, ni aún combatirla en sus manifestaciones externas si no se ataca el mal en su raíz. Sin esto último todo lo anterior sería tan meritorio como inútil.

Si nos fijamos en la crecida proporción de los trabajadores campesinos respecto a la población hispanoamericana, si recordamos el papel de reserva de la Cristiandad, otorgado tradicionalmente al campesinado por sus valores humanos y admitimos que ya no es sólo el proletariado industrial sino las masas agrícolas quienes están en grave riesgo de ser atraídas cuando no lo han sido ya a una demagogia materialista, éste gravísimo problema se nos aparece de pronto en toda su terrible profundidad. Entonces surge amenazadora e implacable la conciencia de nuestra culpa o de nuestra responsabilidad pues entre la inercia de unos, el egoísmo de otros, el descarado divorcio entre las creencias y la práctica de tantos, el catolicismo se desfigura ante muchedumbres de gentes desnudas de cultura y bienestar, hambrientas de odios y revanchas, basta ser presentado como un cómodo asidero para perpetuar una situación económica de predominio. Y para suplir ese vacío espiritual y esa indigencia material surge casi inevitable el comunismo como una mística de justicia y bienestar. Justo es que combatamos esta mística atea y engañosa, pero no es menos justo que la atacemos no sólo en su campo sino también en todo lo que en el nuestro le sirve de pretexto, justificado o no. La reconquista de las masas, en este caso de las masas campesinas hispanoamericanas, no se conseguirá con una postura negativa de frío raciocinio, hay que ofrecerles un contenido positivo que aúne a la excelencia de la doctrina la evidencia de realizaciones materiales para recuperar la adhesión de quienes sienten quizás más agudamente que otro cualquier estímulo el apremio de las necesidades del cuerpo.

Por todo ello, congresos como el de Panamá que ponen valientemente el dedo en la llaga y señalan objetivos inexcusables, no pueden sino merecer encomios de todos aquellos que sienten las preocupaciones agobiantes de nuestro tiempo. Falta sólo desear que lo empezado con tan buenos auspicios conduzca a una fructífera realidad aún contra la oposición de todos los enemigos de esta obra grande, los de fuera y los de dentro, que tal vez sean por menos abiertos los más peligrosos.—M. R. G.



La investigación científica. En estos últimos meses la prensa limeña ha venido prestando interés preferente al tema de la investigación científica. Y, con justificados motivos, pues en los países hispanoamericanos es cuestión de importancia vital. Porque de ella depende el futuro desarrollo tecnológico del

continente. Su ausencia o sus insuficiencias no sólo comprometen esas posibilidades, sino que inclusive ahora, restan solidez a una política bien orientada. Esto que se traduce en una constante inseguridad para las economías poco desarrolladas y que se basan en la monoproducción, y se encuentran inermes ante las fluctuaciones del mercado mundial o la aparición de productos sintéticos, trae graves crisis nacionales, como decía el Presidente del Banco de Bogotá en la Conferencia de Nueva Orleans. De ahí la necesidad de crear centros de investigación para orientar científicamente la política económica de los estados.

Los gobiernos hispanoamericanos vienen empleando apreciables sumas de dinero en sostener diversas investigaciones aplicadas a problemas concretos e inmediatos. Estas investigaciones se realizan, las más de las veces, sin plan ni coordinación, les falta intensa continuidad, y en ocasiones no alcanzan los objetivos previstos. En suma, podría decirse que el burocratismo—síntoma generalizado de las empresas estatales—contrarresta grandemente la eficacia de estos planes. Pero, en otros países, por ejemplo en Brasil y Argentina, superando este fragmentarismo se han unificado los trabajos en consejos nacionales de investigaciones.

Concretamente en Perú, existen diversos institutos dependientes de los ministerios o, con autonomía académica, que realizan importantes trabajos. Por ejemplo, el de biología andina, el de investigaciones hidrobiológicas, de radioterapia, el psicopedagógico, la dirección de minas y petróleos, la Estación Experimental de Agricultura, y otros centros privados. Pero, además de participar de algunas de las características generales señaladas, según *El Comercio*, de Lima, se nota que en su sostenimiento económico no existe una jerarquía de preferencias y el resultado de las investigaciones no son compendiados, difundidos ni confrontados. Ante este fragmentarismo se ha planteado, pues, la necesidad de crear un Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

En este sentido dicho diario ha dado a conocer una serie de reportajes en los cuales han opinado distinguidos especialistas científicos. Todos ellos consideran una necesidad impostergable la creación de un organismo que coordine, fomente y difunda las actividades de las investigaciones en todos sus aspectos. Igualmente todos están de acuerdo en que la política económica del Estado y las tendencias del comercio y la industria, se basen en los resultados de las investigaciones. Pero, la insistencia de este punto de vista, y el planteamiento actual del problema de la investigación científica como una necesidad perentoria de los países poco desarrollados, que ha venido sosteniendo la prensa, hace necesaria una aclaración.

ción fundamental. Sería un peligroso sesgo el proponer objetivos inmediatos y prácticos a todas las investigaciones agrupadas en un solo organismo. Como dice el famoso psiquiatra peruano Dr. Honorio Delgado, «el trabajo científico como el del artista, es tarea cuya fecundidad depende de la vocación y la iniciativa personales. De manera que en principio una centralización fiscalizadora está en contra de la esencia de la producción original: entraña el peligro de reducir el trabajo del sabio a menester de funcionario». De ahí se ha visto la conveniencia de delimitar las orientaciones de la investigación científica pura o fundamental y la investigación aplicada. Mientras ésta debe estar conectada a las necesidades nacionales inmediatas, aquélla —como dice el Dr. Delgado— debe integrarse en las actividades universitarias y académicas, debe tener iniciativa propia en cuanto a los temas y al tratamiento teórico de los asuntos. Por otra parte tampoco cabe establecer una profunda solución de continuidad entre ambas habida cuenta que modernamente se ha acentuado —como afirma el Profesor Albareda— el carácter de una investigación básica que «es pura en la amplitud de sus objetivos y en el carácter fundamental de sus temas; es aplicada por la fecundidad de sus resultados».

Aparte de este provechoso cambio de ideas, la iniciativa más interesante, en cuanto viene a concretarlas, es el proyecto de creación de un Centro Nacional de Altos Estudios, publicado en *La Crónica* de Lima. Su autor es el Dr. Julio Vargas Prada, catedrático y escritor, colaborador de Estudios Americanos y ex-agregado cultural de la Embajada del Perú en Madrid. Este Centro tiene el fin de «estimular, dirigir, mantener y difundir la investigación científica en todo el territorio del Perú», y estará integrado por tres divisiones: de Ciencias del Espíritu, de Ciencias de la Vida y Ciencias de la Materia, que se encargará principalmente de «armonizar la investigación de los diferentes institutos en los campos afines de trabajo». Las divisiones agrupan a los institutos y éstos a los seminarios, en los cuales trabajarán los investigadores, colaboradores y auxiliares de investigación. El resto del proyecto se refiere al gobierno del Centro y al concurso-oposición para investigadores y colaboradores. La brevedad de este comentario sólo nos permite indicar su característica general: el dejar amplio margen a la iniciativa personal en los trabajos de investigación. Dejando de lado cualquier otra consideración, es justo señalar no sólo su importancia, sino su trascendencia en cuanto es urgente dar un amplio impulso a los estudios superiores en el Perú.—M. M. E.



Incertidumbre en Hispanoamérica. *Aprensiones, desconfianzas e incertidumbres afloran por doquier. Se duda del rumbo del mundo. Barájanse cifras de potencia militar, de poder económico, se habla de coaliciones y bloques, ante la perspectiva de una nueva conflagración universal. Y, en esta coyuntura, se ha escrito, en TÉMOIGNAGE CHRÉTIEN, que «la América latina (sic) entra en escena».* Tibor Mende, conocido comentarista de los asuntos mundiales

y autor del libro del mismo título ha hecho referencia a una «dramática búsqueda en los planos social, económico y cultural», basamento de la Hispanoamérica contemporánea.

Y urge tener conciencia de lo que representa la parte de América vinculada a la acción hispana. Cuando el viajero apresurado contempla las grandes urbes suramericanas, su lujo y sus «boîtes de nuit» concluye por creer que una industrialización ha generado un crecimiento general de la prosperidad continental. Pero hay que darse cuenta de que Hispanoamérica es un Continente agrícola. De cinco a siete habitantes por cada diez —y en algunos casos nueve sobre diez— viven de la tierra. Y su modo de vida no se parece en nada al de las minorías urbanas. Realmente, América cuenta con metrópolis fascinantes y con industrias de tipo progresivo. De modo parejo, Argentina, Uruguay y Brasil meridional exhiben estancias modelos provistas de los servicios más modernos, y aun lujosos, a veces. Pero la tónica general son las instalaciones agrícolas rudimentarias, tanto más mezquinas cuanto mayor resulta el alejamiento de las aglomeraciones urbanas y de las vías de comunicación. (No se olvide, por otro lado, que en todo el Continente, sólo cinco o seis carreteras se hacen acreedoras a este nombre).

Por ello, es preciso resaltar el significado del proletariado rural, integrante de la mayor parte de la población de la mayoría de las Repúblicas hispanoamericanas. El es inculto, su modo de vida, atrofiante, hasta el punto de que el inmigrante que se incorpora al núcleo rural degenera rápidamente, aun disponiendo de una instrucción embrionaria. Con la salvedad de que la mano de obra campesina de América del Sur aparece insuficiente, numérica y cualitativamente —a pesar de su número—, a causa de la inmensa extensión de la tierra explotable. No hay posibilidad de desconocer que en las ciudades de todas las Repúblicas hispanoamericanas el nivel intelectual resulta muy elevado —más elevado, en ocasiones, que el de muchas naciones de Europa—. Pero los porcentajes avasalladores de analfabetismo integral existente en los medios rurales nos ofrecen otra faceta, bien desdichada, del mundo hispanoamericano.

Y, con ligeras excepciones, lo siguiente es un hecho inconcuso: las clases medias integran una minoría muy pequeña, frecuentemente, no han aparecido aún en la escena social. Al lado de ellas, los obreros industriales, los urbanos, apenas resultan más numerosos. Todos juntos forman un débil estrato respecto a las masas rurales.

En La Iglesia y la cuestión social: el gran problema de América Latina, la revista LATINOAMERICA ponía en guardia, en su número 37. contra un optimismo béat. La circunstancia real es que hay miseria y que hay tentación al comunismo en más de un lugar. Gracias a la religión, esta ideología no ha arraigado todavía. No obstante se llama la atención, ya que algunos notan un retraso del Catolicismo de Hispanoamérica respecto a las formas nuevas que se dibujan. Incluso, se dice que en estos sitios, el pueblo no se halla siempre plenamente preparado para la doctrina de las Encíclicas. Así se valorará debidamente la creación de institutos sociales, con vistas a la formación de sociólogos cristianos en las naciones iberoamericanas. Pues la influencia comunista en Hispanoamérica se evidencia, aun parcialmente, en la asistencia de los hispanoamericanos a los Congresos comunistas, de la Organización mundial de la juventud democrática a la Organización mundial de las Confederaciones obreras.

Por ello no estará de más referirnos a las palabras contenidas en un editorial aparecido en una publicación americana de singular relieve: «La tarea que, hoy por hoy, podemos atender es superior a nuestras fuerzas, y sólo alcanza a sectores reducidos... Es la hora de la acción también para nosotros, pero no entendida como actividad o activismo múltiple, sino como una acción coordinadora que lleva muy clara la finalidad donde apunta y dando el primer lugar a la calidad espiritual, al fermento sobrenatural, a la adecuada preparación de quien va a ser levadura de una masa cada vez más superficialmente católica»...—L. R. G.



V Congreso Interamericano de Seguridad Social.

En Caracas, y con asistencia de delegaciones de todos los países americanos, se ha celebrado el V. Congreso Interamericano de Seguridad Social, con objeto de intercambiar ideas entre los países del Continente. En este Congreso se han planteado tópicos generales sobre la implantación del Seguro colectivo en toda América, problema de acuciante necesidad en todos los países. Persigue el noble ideal de proteger a los trabajadores contra aquellos riesgos a que naturalmente se hallan expuestos, con ocasión del desempeño de sus tareas. Su novedad explica, en parte, las deficiencias que presenta en diversos países que lo han adoptado. Tal hecho reafirma la conveniencia de estudiar sus problemas básicos, técnicos y prácticos en común, para buscar los instrumentos que conduzcan a mejorarlo y de ahí se deriva la importancia de estas reuniones internacionales.

Se han tratado durante las diversas sesiones del Congreso temas de gran interés para la prosperidad y progreso de los trabajadores, no sólo en

cuanto a sus condiciones de trabajador, sino que también se han tomado importantes acuerdos para cuando llegue el momento en que el trabajador, bien por enfermedad, bien por la edad acordada por el retiro, no pueda seguir trabajando. Algunos han estimado que siendo el retiro obligatorio se puede considerar lesivo para la moral del trabajador que, llegando un momento determinado de la vida, se ve convertido en un elemento inútil para la sociedad, al no poder dedicarse a ninguna clase de trabajo. La solución podría estar en estimar que la pensión de vejez —cuyo objeto es garantizar al beneficiario los recursos de vida adecuados— no debe exigir que el beneficiario se retire del trabajo lucrativo ni prohibir que el tal beneficiario realice algunos trabajos para su satisfacción e, incluso, percibiendo por ellos algunas ganancias.

El problema del ruralismo y el de la vivienda, tan fundamentales en los países americanos, también han sido objeto de importantes estudios. En cuanto al primero, se ha resuelto que los seguros alcancen a todos los campesinos. En cuanto a la vivienda, y teniendo presente un informe de la OEA, según el cual el 80 por 100 de la población de Hispanoamérica carece de viviendas higiénicas, se ha emprendido una campaña sistemática destinada a resolver el problema de la escasez de viviendas. A petición de la delegación chilena, se ha interesado de los gobiernos la posibilidad —que beneficiaría extraordinariamente a los países pequeños— de construir el Banco Privado Interamericano de Fomento a la Vivienda de Interés Social, cuyo financiamiento se haría con fondos privados que gozarían de toda exacción de impuestos.

No obstante, hay que procurar que todos los seguros se extiendan a las distintas ramas de los trabajadores, y también a sus familiares, ya que si se exige a los trabajadores que pongan todos sus empeños para la grandeza de la nación, es de justicia que ésta les facilite una serie de beneficios, seguros de vejez, enfermedad, etc., que hagan que el obrero no tenga preocupaciones de ninguna clase.

Este Congreso ha servido para poner de manifiesto que la Seguridad Social no ha alcanzado todavía, en algunos países, la gran importancia que merece, pero por otra parte, manifiesta que recibe hoy más que nunca la atención del Estado.—C. B. C.



La alegría de Norteamérica. No hay inseguridad más angustiosa que la del que lo posee todo. Los Estados Unidos de Norteamérica son un país dotado de tantos recursos y sus habitantes disfrutan de un tan alto nivel medio de vida que resulta fácilmente comprensible el temor que despierta la posibilidad de perder unos y otro. En este mundo de tan mal distribuidas riquezas, el temor de los que poseen más se ha convertido en una de las principales raíces de su actuación. Temor a la guerra, temor a la revolución, temor a la muerte, temor a la enfermedad... Temores todos que tienen una indudable justificación por cuanto vienen impuestos por unos determinados hechos externos, pero que son llevados a extremos desorbitados. El aumento de la duración media de la vida humana, la victoria conseguida contra numerosas enfermedades, la aparición de los antibióticos... no han servido para desterrar el luto de entre los hombres. Las enfermedades cardíacas, el cáncer y la poliomielitis representaban los tres grandes azotes de los supercivilizados Estados Unidos. Y de los tres, la poliomielitis con sus 59.000 defunciones anuales constituía el enemigo público número uno de la salud de los norteamericanos. Por ello resulta explicable la cantidad de esfuerzos realizados en Norteamérica para terminar con el terrible mal, Y así se comprende también el ambiente de expectación que rodeó el anuncio que había de hacerse el 12 de abril acerca de la eficacia de una vacuna que se había estado experimentando a lo largo del año anterior. Un doctor, hasta entonces desconocido, Jonás E. Salk, de cuarenta años, estaba al frente de un equipo de hombres jóvenes —un promedio de cuarenta años de edad— que trabajaba en la Escuela de Medicina de la Universidad de Pittsburgh. Su nombre ha pasado ya a la historia junto al de los doctores que más han hecho en favor de la humanidad. Todo desde el momento en que anunció al mundo el descubrimiento de una vacuna que habiendo sido experimentada a lo largo de una prueba en masa durante 1954, había demostrado su inocuidad y su eficacia.

Los Estados Unidos, por su posición hegemónica en el mundo, se han visto obligados, apesar de su juventud, a desarrollar una política de intromisión en todos los asuntos de importancia sea cualquiera el país en que estos tuvieran lugar. De ahí el recelo frente al denominado «imperialismo yanqui» que ha dominado los últimos quince años de la vida mundial, y de ahí también que un pueblo esencialmente joven y despreocupado haya terminado por adquirir una fisonomía hosca y recelosa que ha desvirtuado por completo, en apariencia, su forma de ser. Sólo en acontecimientos como éste del descubrimiento de la vacuna Salk aflora la otra cara de los Estados Unidos, un país lleno de vitalidad, alegre por haber superado uno de sus mayores motivos de temor y aportando al mundo algo más positivamente eficaz que un nuevo modelo de bombardero o una nueva perfección de una bomba destructora.—G. M.



II Juegos Deportivos Panamericanos.

El 12 de marzo último inauguraba el Presidente de la República de Méjico, Ruiz Cortines, los II Juegos Deportivos Panamericanos que habían de durar hasta el 26 del mismo mes y a los que han acudido veintidós delegaciones deportivas de todos los países americanos.

Sin distinción de razas ni de idiomas, la reunión de cerca de 2.000 atletas ha servido para mantener encendida la llama de la antorcha olímpica y para ratificar nuevamente, —la primera vez fué en la Argentina con ocasión de la celebración de los I Juegos en 1951— en forma imperecedera, la inspirada doctrina olímpica del buen espíritu deportivo, de la paz y el mejor entendimiento de las juventudes de América.

Es de admirar la pujanza de la juventud de las 22 naciones americanas que, durante largos y difíciles años, se han preparado física y moralmente a costa de grandes sacrificios de toda índole; han suprimido sus vacaciones, han dejado sus empleos y estudios, han abandonado sus familias y han viajado grandes distancias con el honor de su país fuertemente incrustado en su corazón. El deporte «amateur» que aún conserva enarbolada la bandera del idealismo, es quizás, con su espíritu de observancia a los reglamentos y a la consideración para el adversario, se gane o se pierda, uno de los más eficaces medios de educación humana de las masas.

Una vez más se ha puesto de manifiesto con la celebración de estos II Juegos, que el deporte, aparte de sus resultados —en general muy brillantes, habiéndose superado varias marcas atléticas mundiales— y aparte también de los preparativos de los atletas que en ellos intervienen, sirve para establecer contacto entre naciones cuyas relaciones diplomáticas no son muy cordiales y hacen a todos los habitantes de un país un poco partícipes en dichas competiciones internacionales. En este sentido hay que poner de relieve la gran importancia que tienen los juegos que se realizan entre escolares y universitarios; en ellos se forjan hombres útiles que conocen tanto la alegría de vencer como la tristeza de ser vencido; hombres que un día servirán a la patria en el puesto que les señale el deber con el mismo ímpetu y entusiasmo, con la misma elegancia espiritual, con que lo hicieron en el campo deportivo.

Estas competiciones deportivas vinculan y ennoblecen a las instituciones y a los hombres, porque la inteligencia y el músculo intervienen en la lucha y porque ellas se inspiran en el hermoso y fecundo pensamiento que es ya lema de estas competiciones: «La gloria de las justas entre los deportistas no está en vencer, sino en competir».—C. B. C.

INFORMACION CULTURAL

que en Chile, de 1935 a 1945, se desarrolló el movimiento de renovación literaria. Este movimiento se caracterizó por el uso de un lenguaje más directo y claro, y por el uso de temas más cercanos a la realidad social y política del país. Entre los autores más destacados de esta generación se encuentran Pablo Neruda, Gabriela Mistral y Vicente Huidobro. Neruda, en particular, es conocido por su poesía social y política, que se convirtió en un instrumento de denuncia y de compromiso con la realidad. Su obra más importante es "Cien sonetos de amor", que es una colección de poemas dedicados a María Alejo de la Parra. Mistral, por su parte, es conocida por su poesía lírica y emotiva, que se centra en temas como el amor, la muerte y la naturaleza. Huidobro, finalmente, es conocido por su poesía vanguardista y experimental, que busca romper con las formas tradicionales de la poesía.

Este movimiento literario tuvo un impacto profundo en la cultura chilena, y sentó las bases para el desarrollo de una literatura más comprometida y socialmente consciente. Los autores de esta generación no solo escribieron obras de gran calidad literaria, sino que también se comprometieron con la realidad social y política de su país, lo que les permitió convertirse en voces importantes de su tiempo.

En conclusión, la generación del 40 fue un momento clave en la historia literaria de Chile, y sus autores dejaron una huella imborrable en la cultura del país. Su legado sigue siendo relevante y inspirador para las generaciones futuras.

El Neocriollismo



MARIANO Latorre encabezó y sigue capitaneando lo que en Chile, de buen o mal modo, llaman "el criollismo". Este criollismo ha reverdecido después, con expresiones de crítica o protesta social, que utilizan los izquierdistas, pero que también se asientan en una robusta base nacionalista, de tipo descriptivo. Después de 1941, se produjeron

en nuestro territorio diversas transformaciones políticas y económicas que alcanzaron a remover los cimientos tradicionales de la vida colectiva. Nuevas capas sociales emergieron y contribuyeron, por consiguiente, a colocarse en el primer plano de la actualidad: una clase media radicalizada, un proletariado organizado y deseoso de influir en la acción de los partidos, una pequeña burguesía codiciosa y móvil que disminuyó el poderío de las viejas agrupaciones arraigadas en un concepto más estrecho de la vida y de la justicia distributiva. Los resultados expresados en la novela por esta especie de revolución pacífica fueron muy definitivos: la vida de

* A este trabajo seguirá, en un número próximo, otro del mismo autor, que completará la visión de conjunto de la novelística chilena en el período 1941-54. Véase también el artículo aparecido en nuestro número 42 con el título "Novela chilena actual. Las viejas generaciones".

ciudad empezó a tener un esplendor ignorado antes, las aglomeraciones urbanas desplazaron a muchas gentes desde las provincias, donde residían hasta entonces, el crecimiento de la capital de Chile y el aumento de la burocracia, al servicio de los partidos políticos, despertaron una mayor curiosidad en los escritores por la pintura de semejante escenario de dinámico y febril contorno. Las corrientes literarias europeas y la influencia de los Estados Unidos también se desarrollaron en un diverso tipo de relato y en la técnica desmesurada de la ficción, que evocaba a hombres y mujeres antes inexistentes.

Lo que yo he designado como "neocriollismo" tenía raíces muy sólidas que lo unían a la Generación de 1900, cuyos mejores frutos narrativos resaltaron alrededor de 1910, que es el Año del Centenario, como lo bautizó el célebre libro de Carlos Morla. Un escritor boliviano que residió en Chile, Oscar Cerruto, observaba en 1937 que si la novela nuestra

"no ha alcanzado aún esa madurez afinada y densa, tan común a la novela europea, de músculos un tanto agotados si se quiere, pero expértos, en cambio, denuncia una pujanza y una movilidad que, cada día más, la libertan de su excesivo parentesco con el cuento, del que procede, y le procuran una personalidad más definida".

Nadie puede negar la importancia de la Generación de 1900, ni tampoco la de los primeros imaginistas, surgidos hacia 1928; pero lo que voy a reseñar en seguida enriquece potencialmente las posibilidades de la ficción nacional, y puede hablarse de una generación de 1940.

El criollismo estaba muy distante de la fatiga o del anquilosamiento, pero se había abusado de lo meramente externo, folklórico y pintoresco, sin cavar en las raíces más auténticas de la realidad nacional. El extenuamiento se asomaba, a menudo, en temas y argumentos, con desmedro de otros elementos que yacían en el escenario tan rico y vigoroso representado por un territorio largo y estrecho, que Góngora y Marmolejo, el cronista del siglo XVI, comparó con puntiaguda espada. Los neocriollistas o escritores descriptivos que emergieron alrededor de 1940 sacaron a la superficie notables vivencias del alma mestiza, sacudieron la indiferencia del público con documentos acusadores y extendieron el área geográfica del relato a rincones oscuros del sur austral, como Magallanes y la Patagonia, Chiloé y su archipiélago, o bien al Norte Grande o Chico, con su desierto árido y dramático y sus oasis de frescura, perdidos en la inmensidad ascética de la pampa salitrera.

La rebelión de los colonos

La visión estática de muchos cultivadores del nativismo elegiaco y del coloreado folklore de huasos y campesinas sensuales y dicharacheras fué reemplazada por cuadros tremendistas o intentos de captar la épica elemental de un acontecimiento social que removió al país. Eso sucedió con la aparición de Reinaldo Lomboy, autor de "Ránquil" (1942). Yo recomendé este vitalísimo libro al Jurado de Novela del Cuarto Centenario de Santiago, pero fuí desoído. Afortunadamente un editor inteligente entendió el alcance de su mensaje social y el volumen apareció dos años después de un fallo que informé en minoría.

Lomboy es un escritor cultísimo, empapado de influencias anglosajonas. Su castellano es correcto, pero sin la minuciosidad y el pulimento de sus predecesores criollistas. Pero tiene gran nervio, movimiento, y utiliza en la trama de su novela los nuevos recursos suministrados por artistas como Steinbeck, Faulkner y Caldwell, todos norteamericanos. En "Ránquil" se describe un levantamiento colectivo de los campesinos vecinos al río Bío-Bío, cantado por Lope de Vega, contra la opresión de los dueños de la tierra. Lomboy no es político y su obra de protesta es un documento humano de capital interés. El episodio que nutre el argumento es verídico e histórico, pero se halla estilizado. El libro se agotó pronto, y después fué reeditado en Argentina.

El episodio fundamental de "Ránquil" es la visión de un agro que soporta la esquilmadora sangría de los terratenientes, amparados por la fuerza pública, por las autoridades locales y por el Gobierno. Es un viejo motivo, que insinuaron criollistas más moderados. El colono desbroza la tierra, derriba los bosques, limpia los senderos montañosos y abre una zona nueva al cultivo. Los políticos y los dueños de latifundios empiezan a codiciar lo que ha sido conseguido con tremendos esfuerzos de una oscura comunidad. Las vejaciones empiezan y se gradúan, hasta provocar la indignación individual que más adelante se torna en un estallido colectivo. Lomboy se detiene lo indispensable para situar el enredo narrativo. No es un prosista moroso, pero no descuida su escenario, no removido por anteriores criollistas. En su manera de concebir la novela (técnica colectiva con algo de cinematográfico) se contrae más a no abandonar los resortes de la acción, los móviles de las determinaciones en un mundo de instintos elementales. Rompe la robusta trama pintando la vida de los hijueleros en el alto Bío-Bío, con el esfuerzo denodado para que la inculta tierra se cubra de

mieses y los cauces se abran, desbordando el agua sustraída a los ríos.

El primer plano viene a ser, pues, la lucha épica con el medio, la domeñación ardua de los elementos: el río, el bosque, el agua, las heladas. Más adelante, la novela desemboca en las violentas culminaciones en que los campesinos defienden lo conquistado y afrontan a los individuos que codician sus parcelas.

Los dos planos de este esfuerzo narrativo culminan en un conjunto de dramáticas incidencias y de vívidos episodios. Sin que se distraiga al lector de lo esencial, Lomboy en una breve serie de bocetos refleja la psicología de personajes chilenos de la frontera sur: Moisés Moreno, Laura, Domitila, Mingo, Nicolás, don Cisterna, la Celia, Rosario, Astroza, doña Candela. Todos hablan y piensan como identificados con el ambiente rural. Son parte de la tierra y de su destino. El novelista describe el medio con estas palabras:

“En la soledad de este mundo reducido por las cordilleras, cercado por los ríos, aislado por el viento y los malos caminos, regido más por la naturaleza y su rigor que por el hombre, han aprendido los montañeses a buscar en ellos mismos la solución de sus males. Su mundo es de sombra temprana, de noche más larga que el día, su mundo es eso que cubre el cielo metálico que cierran los abrojes. Eso y nada más. Eso donde la angustia del pobrerío se abulta, en donde se ve al niño y al adulto que mueren de hambre en los inviernos de *lepidia*, de ulceraciones sin más ayuda que las yerbas agrestes o los exorcismos y *machitunes* y donde la tragedia de cada uno es más grande en la soledad”. (Página 114).

“Ránquil” entra en lo dramático y en lo colectivo-social en los mismos instantes en que la fuerza pública comienza a lanzar a los colonos. La inquietud y la muerte brotan por Quilleime y Trubul, por Ránquil y Llanquén, por Loico y Los Guindos. El desalojamiento de los hijueleros repercute en los lavaderos de oro de Troyo y Lolén, en las torrenteras del Pedregoso y Tallón. La insurrección estalla y los pobres, mancomunados, se rebelan contra la injusticia. Los capítulos finales de la obra describen con gran despliegue de fuerza entrañada y sintética los momentos en que la rebelión es domeñada y los cabecillas mueren o huyen a la otra banda de la cordillera. Queda flotando en el lector una gran emoción y una cristiana solidaridad frente a los despojados.

Con “Ránquil”, la técnica de grandes masas humanas en movimiento se instaló en un mundo imaginativo en que primaban más menudos incidentes de un localismo geográfico.

El conventillo santiaguino

El segundo de los narradores revelados en 1941 es Nicomedes Guzmán, auténtico escritor proletario, sin sofisticaciones, de los que ven el dolor del hombre desde la periferia del sufrimiento. Nacido en 1914 (Lomboy nació en 1910) es Guzmán un autodidacto, que antes de escribir experimentó profundamente el alcance de la vida en los conventillos o casas de vecindad de la capital de Chile. Su primera novela se intitula "Los Hombres Oscuros" y apareció en 1939, pero su renombre se cimentó a partir de "La Sangre y la Esperanza", editada en 1943. Ambos libros recaen algo en lo que en España denominan el "tremendismo", o sea una pintura implacable de la miseria, con todas las palabrotas y feos acciones de los que la sociedad sumió en hondísima laceria.

Quizá el defecto primordial de "Los Hombres Oscuros", como he dicho en otro lugar, es que todo el tiempo habla y acciona el autor. Se olvida de sus héroes, los abandona, a menudo, y da la impresión de apoderarse del escenario. Con todos los defectos indicados aquí, esta novela es de las que no se olvidan, porque hincan su severo realismo en un medio castigado por la incuria y sometido a una sórdida explotación. En sus dos novelas capitales, Guzmán demuestra un dominio espontáneo al manejar los hilos narrativos, sin artificio y con seguro pulso. No es lo que en Hispanoamérica se considera un literato profesional. Individuo modesto, sin pretensiones, de carácter llano y agradable, acepta los reparos críticos y mejora sus producciones con nobleza ejemplar. De este modo llegamos a "La Sangre y la Esperanza", que es un sorprendente friso del conventillo santiaguino, que antes evocaron con menos naturalismo Alberto Romero y González Vera: uno en "La Viuda del Conventillo" y el otro en "Vidas Mínimas", obras también clásicas en la novelística santiaguina. Guzmán las sobrepasa en emoción social, en veracidad sin tapujos, en crudeza que suele espantar a muchos lectores desprevenidos, pero, en general, hasta la crítica más conservadora consagró a este libro como la expresión de un estado social que merecía corregirse y enmendarse mediante la acción del Estado y de los particulares. En otros aspectos de la obra de Guzmán, sus relatos cortos, no supera a estas dos reproducciones primigenias. En 1951 publicó una novela sobre la existencia en el norte de Chile, intitulada "La luz viene del mar", donde, al lado de acertadas descripciones y notables atisbos psicológicos, no logra surgir una trama bien conducida y se exhiben deficiencias técnicas de peligroso volumen.

La tercera gran "vedette" literaria de 1941 fué Francisco Coloane, escritor de origen yugoeslavo, nacido en 1910 como Lomboy. En 1941 dió a luz "El último grumete de la Baquedano". El insigne novelista Mariano Latorre estimó que la aparición de Coloane lo incorporó a un neo-realismo, que implica una mayor libertad de técnica y, lógicamente, un menor apego a la minucia del paisaje.

Coloane se consagró mejor en el cuento con "Cabo de Hornos" (1941), su mejor producción, y "Golfo de Penas" (1945). Ese mismo año publicó también una excelente novela corta "Los Conquistadores de la Antártida", que confirma la calidad singularísima del evocador de un mundo que antes sólo estudiaban los historiadores y geógrafos nacionales. Por cerca de diez años ha silenciado la recia pluma de Coloane, que conquistó la celebridad a partir de "Cabo de Hornos", obra premiada en el Concurso del Cuarto Centenario de Santiago.

Angurrientos

En un plano diverso, de estilismo depurado y gran conocimiento del idioma, se destacó en 1940 el autor de "Angurrientos", el profesor Juan Godoy, nacido en 1911. Así como Guzmán estudiaba en "La Sangre y la Esperanza" al roto de ciudad, que vivía en los sórdidos conventillos de la capital, Godoy prefería a los trashumantes tipos criollos que refleja en el curioso nombre de su libro. Un grupo de literatos, adictos a Godoy, llegó a hablar en una época de una escuela "angurrientista". Pero, un lector europeo se preguntará, en seguida, ¿qué es, en último término, lo que entraña semejante palabreja? Un gran conocedor de la psicología criolla, Mariano Latorre, la define así: "Angurrientos" es un chilenuismo que implica un estado morbozo de hambre, de apetencia continua. En el caso de nuestro autor (Juan Godoy), hambre física y espiritual".

De toda su generación, es Godoy el mejor dotado, por su dominio del castellano, su morosidad descriptiva y el refinamiento de las imágenes que utiliza. Se le ha reprochado la carencia de finalidad social en el modo de encarar sus relatos, pero parece exagerado semejante reparo. Los rotos de Godoy tienen una matización picaresca y es admirable una escena de "Angurrientos", que pinta una riña de gallos en las afueras de Santiago. Después, en "La cifra solitaria" (1945), hace persistir el tono menor, la tendencia a la viñeta y a la policromía barroca que son peculiares

en su atrevido enfoque del universo criollo. Serafín, el matarife, la Chocholla, una india chata, que le ayudaba en su labor del matadero, don Sáyez, el panadero, el de la Pisada del Diablo, Juan Antonio Soto, el sargento jubilado, Nacha, preciosa flor rústica, el ciego Golondrino, la Chopi, doña Eudoxia, la comadrona de un poblacho, y otros caracteres pasan por las páginas de esta breve y afinada narración panteísta en que su autor funde su corazón con el corazón eterno de los pueblos. Hay, a veces, en la prosa de Godoy un tenue acento azoriniano y, en otras oportunidades, sugiere algo como el lento regodeo de Miró, cuando universalizaba su tierra alicantina.

En 1950, Godoy dió a la estampa un extraño novelín, intitulado "Un Inspector de Sanidad o de cómo un alto dignatario murió en sus manos". Tiene, como siempre, curiosos rasgos satíricos o alusiones a una realidad inmediata, pero el tono general decae y no alcanza la fuerza de sus anteriores obras. Finalmente, en 1952, lanzó a las prensas el volumen "El gato de la maestranza y otros cuentos". Actualmente prepara una novela de grandes proporciones, que tiene anunciada hace tiempo.

Muestrario de chilenismos

Con más edad que Juan Godoy se inició en 1939 el peregrino narrador Juan Modesto Castro, en su extensa novela "Aguas estancadas". En sus nutridas escenas se revelaba, con gran potencia, un mundo extraño: el de los enfermos de hospital, que se transmiten sus experiencias de cama a cama, mientras afuera sigue la vida su ritmo implacable. El conocimiento del lenguaje popular de Castro resultaba insólito y casi excesivo. En el futuro los filólogos explotarán sus libros como inagotable mina de chilenismos. Hombre simpático, dotado de enorme generosidad, se hizo escritor después de poseer la experiencia de ingeniero que trató bastante a los trabajadores del campo y de la ciudad, aparte de un muestrario humano del más criollo relieve. En "Aguas Estancadas", novela santiaguina, y en "Froilán Urrutia" (1942), que capta la existencia de la cordillera vecina a la capital de Chile, Castro exhibió el abundante repertorio que recogió en sus andanzas por el territorio patrio. Lo mismo que Guzmán y Godoy usaba y abusaba de los términos nativos y de cierta coprolalia que vertía en las conversaciones de "huasos" y "rotos". Pocos hombres de pluma han superado a éste en su entrañada sinceridad, casi aliteraria, en su memoria para producir diálogos y las "tallas" populares. La "ta-

lla", entre paréntesis, es una forma característica del repentismo del roto chileno y de su picardía ingénita. Castro murió en 1943 y no alcanzó a publicar dos libros inéditos, "Quedadas" y "Milenios antes de Platón", que hasta hoy carecen de editor. Se le reprochó por Alone su realismo criollista, casi fotográfico y la carencia de vida interior en sus creaturas. Pero, a pesar de estos reparos, "Froilán Urrutia" es uno de los escasos libros no sofisticados que exhiben profundas vetas del carácter del chileno montañés y la psicología, a veces impenetrable, de los campesinos nativos.

Protagonista, la tierra

Lo mismo que Juan Modesto Castro, se inició tardíamente en los menesteres intelectuales, el vigoroso escritor Daniel Belmar, nacido en Territorio de Neuquén (Alaleicura) el 18 de mayo de 1906. Alaleicura se encuentra situado entre los ríos Calefú y Limay, pero actualmente se llama Gente Grande. El gran novelista fué, pues, hijo de padres chilenos y nació en territorio argentino, como su antecesor Manuel Rojas, el autor de "Hijo de Ladrón". Pero su chilenidad tiene el valor de la nostalgia expresada en su novela "Coirón" que lo consagró subitáneamente como el mejor producto revelado posteriormente a 1941 entre las nuevas promociones de relatistas.

La obra de Belmar es brevísima, pero de calidad acendrada: las novelas "Roble Huacho" (1947), "Oleaje" (1950), "Coirón" (1951), "Ciudad Brumosa" (1952) y "Desembocadura" (1953). En "Roble Huacho" demostró la firmeza de su trazo y se elevó considerablemente sobre otros nativistas. Tenía algo de la acuidad de las ficciones rusas, un realismo descarnado, sin extremar notas de feísmo, como Guzmán, Durand, Castro y Godoy, en sus peores momentos de complacencia coprolálica. Junto con Godoy domina la nota poética, la imagen certera y obtenida del rico mundo vegetal del sur o de la pampa argentina, que reproduce en "Coirón", suscitando, sin querer, la comparación con "Don Segundo Sombra" de Güiraldes. El problema más humano de la obra de Belmar, sin embargo, se plantea en "Coirón", su novela más aguzada de técnica y movimiento narrativo debido, al elemento autobiográfico que la sazona. El poder evocativo de este artista es extraordinario y también su equilibrio de fondo y forma, como apuntó el prologuista. El escenario está admirablemente descrito, como puede verse en las líneas siguientes que nos introducen en el paisaje del Neuquén:

"Era la tierra salvaje y olvidada, monótona y agria como el mar, absorbiendo, como él, la alegría del hombre, reduciendo su anhelo, paralizando su sentido humano, transformándolo desde la cuna en un tumultuoso torrente de instintos desatados, contenidos sólo, acaso, por la infinita soledad.

Era la tierra sin árboles ni montañas, llana, enorme, propiciando el nomadismo; *la tierra de horizontes sumergidos*, invitando al viaje incesante, a la marcha sin regreso, a la inestabilidad; la tierra des poblada, silenciosa, continua, apenas solevantada a lo lejos por ligeros lomajes desnudos que formaban arrugas estériles, angostos cañadones donde el hombre, cansado de vagar, asentaba su vivienda para preservarla de la furia del viento, de la cellisca, de la nevazón". (Páginas 22-23).

Si "Roble Huacho" es un enfoque aparentemente pesimista, deshuesado de retórica, pero pleno de sinceridad humana, "Coirón" hace revivir le vena épica de la patria que hicieron brotar, en el siglo XIX, Blest Gana en "Durante la Reconquista" y Vicente Pérez Rosales en "Recuerdos del Pasado".

El criollismo se liberó, en sus nutridos episodios, del fardo naturalista y la viciosa monotonía que, a veces, desmedran las páginas de sus fanáticos. En "Oleaje" se traza un cuadro vívido de una ciudad del sur. Aquí surge un psicólogo fino y un buen pro-sista, que combina fuerza y delicadeza en breves capítulos unidos por acciones paralelas: la oscura tragedia de un médico y la historia de Bruma y su confesión al doctor Román.

Se ha observado que en "Coirón" no existe un héroe principal. Habría que buscarlo en el esfuerzo colectivo del grupo social, cohesionado por un ímpetu solidario. Don Leandro Artigas, Rosario Marverde de Artigas, Adrián, Adolfo, Rubén, Rafaelito y los dos menores, junto al indio pehuenche Bernardo Carvajal, a la abnegadísima cocinera doña Carmen, y a los Arriagadas, constituyen la tribu patriarcal que disputa al suelo su elemental sustento. La pampa argentina se traga a los hijos muertos, a Adrián y a Rubén, al mismo tiempo que absorbe con su seducción de vagancia a Adolfo. La nostalgia de Chile, el país natal, que sintió Belmar en su juventud, conforma el universo de ensueño y añoranza de los emigrados. La novela concluye con el retorno a su patria de todos los Artigas, cuyo puesto es cedido por don Leandro a sus peones ovejeros, El Zorro y El Petiso. Lo primordial, que es la tierra, permanece impenetrable ante el drama obstinado de los colonos forasteros y nativos.

Este es el mensaje, henchido de sustancia criolla, de "Coirón", una de las más logradas ficciones nacionales y un libro que basta para consagrar a su creador.

"Ránquil" de Lomboy, "La Sangre y la Esperanza" de Guzmán, "Cabo de Hornos" de Coloane y "Coirón" de Daniel Belmar confirman la calidad superior de esta nueva generación, aparecida en un instante que coincidió con una etapa de transformaciones políticas, sociales y económicas. Al hacer realidad, además, sus vivencias y actitud frente a la realidad chilena, exhibieron la crisis del criollismo anterior y su incapacidad para expresar toda la verdad artística que escondía la entraña de un pueblo. Esto no significa menosprecio ni olvido para la recia Generación de 1900, que descubrió el campo y describió a la clase media, rara vez a la alta, de la ciudad. La mayoría de los nuevos rapsodas de la vida chilena pertenecían a la clase media y unos pocos salían del mismo proletariado. En los últimos años, como reacción última frente al abuso del criollismo, aparecen otros relatos que ahondan en el análisis de tipos y costumbres de sectores más refinados. Hace años expresó el crítico español Ricardo Baeza que una de las peculiaridades de la novela de su patria es "su falta general de espíritu mundano, espíritu que no es sino la flor suprema del espíritu de socialibilidad en general".

El mismo defecto se ha percibido en nuestra novela, con escasas excepciones: la de Blest Gana, en el siglo XIX, la de Luis Orrego Luco en éste y la de dos o tres más que con fines satíricos explotaron obras en clave, caricaturas del gran mundo o parodias de sus figuras representativas.

El naturalismo, que tan visibles huellas dejó en la técnica de la ficción hispanoamericana, prefirió, sin embargo, la existencia popular y plebeya o las luchas de arribistas de la clase media, que deseaban superar su condición, por medio de matrimonios de conveniencia que los hicieran penetrar a los salones de la aristocracia. Pero podríanse anotar estruendosos fracasos cuando el escritor se acercaba a una atmósfera que apenas conocía de oídas. El crecimiento de la existencia urbana, el mayor cosmopolitismo de las costumbres han obtenido, en los últimos años, el auge de otros modelos sustantivamente interesantes y representativos del aire moral de una época que destruyó muchos valores tradicionales.

Más adelante subrayaré el alcance de estas innovaciones temáticas.

El neocriollismo se bifurca en dos corrientes: la de ciudad y la del campo. La vida de minas y fábricas, la evocación de la pampa salitrera, de los trabajadores del Territorio de Magallanes

y la Patagonia, de los pioneros criollos en el Neuquén, en el caso de Belmar, o de los ovejeros australes, descritos por Coloane, enriquecen promisoriamente la perspectiva de la generación aquí analizada.

Poesía de Chiloé

El escritor Narciso Tangol, nacido en 1906, reveló un ambiente mágico en un extraordinario relato de las supersticiones primitivas y coloreadas costumbres del Archipiélago de Chiloé. En su obra "Huipampa, Tierra de Sonámbulos" la acción narrativa se encuentra perforada por un elemento sobrenatural que sugestiona a los individuos y convierte sus actitudes en algo superior a la lógica. A medida que se avanza en la trama de tan sobrecogedor relato, esta manera impresionante y expresiva del autor nos transporta en absoluto fuera de la realidad. "Huipampa, Tierra de Sonámbulos" apareció en 1944, pero no tuvo el éxito de crítica a que se hacía acreedora su calidad. Las creaturas de Tangol viven atentas al susurro de los árboles, al ladrido de los perros, a la reacción de los "machis" o hechiceros nativos, al ruido que produce un matorral, como si de todo ello pendiera su destino.

Las costumbres chilotas, de tradicional conservantismo, y el medio dominado por los "machis", residuo de indio, y por curas pintorescos, resabio español, se perfilan briosamente en el argumento. Son dignos de mención los cuadros en que se describe un "curanto" o comilona heredada de los primeros pobladores del Archipiélago (capítulo cuarto de la primera parte); la descripción del juego del "linao" (capítulo quinto de la segunda parte); la del "challanco" (capítulo sexto de la segunda parte); la del "thrauco", en que es violada Leonila (capítulo séptimo de la segunda parte); la de la procesión de San Francisco (capítulo tercero de la tercera parte); la de la trilla (capítulo once de la tercera parte); la de la muerte del caballo "Coche Omingo" (capítulo doce de la tercera parte); la del "caleuche" o buque fantasma (capítulo trece de la tercera parte) y la de la maja, en el capítulo catorce de la tercera parte.

Abundan también los tipos admirablemente trazados de hombres y mujeres, no escasean los episodios picarescos, sentimentales o dramáticos en este libro que, sobre el fondo de una sólida realidad criolla, tiene bordada una sucesión de arabescos y caprichosas fantasías.

Posteriormente, Tangol no logró superar su creación inicial.

En 1946 dió a luz "Las bodas del grillo", relatos de estilizada poesía y con aprovechamiento del rico folklore de Chile. En 1950 publicó su nueva novela, acerca de un motivo que había descubierto el gran iniciador Baldomero Lillo en "Sub-Terra" —la vida en las minas de carbón de Lota—, pero sin demostrar la fuerza creadora que tan limpiamente impregna las páginas de "Huipampa, Tierra de Sonámbulos". La última obra de Tangol se titula "Carbón y Orquídeas". Se queda en lo externo, en la superficie de un arduo asunto, con relieve de reportaje más o menos superficial, pero sin tocar el fondo de una aguda realidad social y económica.

Un estilista

El estilo no constituyó siempre la preocupación del nuevo criollismo, en sus corrientes más vitales. El abuso del arte social, el desenvolvimiento de formas proletarias del realismo, el autodidactismo excesivo de muchos escritores, la reacción contra el esteticismo de otras generaciones, hizo olvidar los primores de la prosa o el retoque minucioso de las descripciones. Los norteamericanos introdujeron, en Chile y otras parte de Hispanoamérica, el culto por las novelas-reportajes, de tipo sincopado, con descarnado verismo y utilización de lo que suele recaer en el feísmo. Se había perdido hasta la acuciosidad, de carácter impresionista, de la primera generación de novelistas surgidos de la revolución rusa, como Gladkov, Leonov, Lidia Seifulina, Vsevold Ivanov y Pildniak. Además, con posterioridad a la gran influencia que ejercieron los prosistas españoles de 1898, como Azorín, Baroja, Valle Inclán, Unamuno, en menor escala, y posteriormente Pérez de Ayala y Gabriel Miró, se suscitó un desvío por las fuentes prístinas del idioma, lo que es un olvido de la seriedad del oficio. Pero, en cambio, se ganaron otras batallas: la de la sinceridad, la del enfoque directo, la de confundir al artista con los problemas de su pueblo y acercarlo, categóricamente, a las fuentes realistas de su acaecer.

Sin embargo, el estilismo ha sido la característica excepcional de otro de los valores emergidos después de 1941: el finísimo poeta y formidable novelista Oscar Castro, nacido en 1910 y muerto prematuramente en 1947. Comenzó Castro por exhibir una sensibilidad de gran estirpe en sus romances criollos que tenían cierta huella de García Lorca, pero aplicándose a temas chilenos, de raíz rural. Más tarde, luego de haber pulido sus poemas a la sombra clásica de Góngora, publicó libros de cuentos y, al final de sus días, dejó

preparadas dos novelas, que aparecieron póstumas. Se estrenó, en 1940, con su admirable volumen de cuentos "Huellas en la Tierra", al que siguió, en 1944, la colección de relatos "La sombra de las cumbres". Denunciaban estas producciones el conocimiento del idioma, un criollismo atemperado, realzado con un delicado esmalte poético, un poder descriptivo que sabía dominarse a tiempo y una capacidad selectiva que, en general, ignoran los escritores provincianos. Porque, además, Castro apenas salió del rincón donde ejercía los menesteres pedagógicos, con vocación auténtica, en la tranquila ciudad de Rancagua, situada a unos ochenta kilómetros de Santiago de Chile.

Las dos novelas de Castro son "Llampo de Sangre" (1950) y "La vida simplemente" (1951).

Llampo de sangre

Diré primero qué es "llampo". Es el mineral desmenuzado, pulverizado. La expresión es de origen quechua y se extendió por todo Chile. En "Llampo de Sangre" se describe con gran fuerza la vida y costumbres de los mineros de la provincia de Rancagua, donde están los grandes yacimientos de cobre de El Teniente, de enorme producción y técnica moderna. Pero Castro supo labrar una trama entretenida, de gran sabor regional, pero que toca, al mismo tiempo, problemas del carácter nacional. En la primera parte se narran las peripecias que conducen a una doble búsqueda: la emprendida por Edwards Eussell, perteneciente a una antigua familia de mineros, que sorprende en Bolivia el secreto de la mina situada en Chile, y la del Cojo Mardones, que después de fracasar con don Belarmino Vargas en su propósito de situar El Encanto, logra que su hijo, don Braulio, se interese por el yacimiento. Don Braulio no posee la sangre minera de su progenitor, y acaba por entenderse con Russell, que llega atrasado al sitio que esconde el oro. De esta manera, surge la sociedad Vargas y Russell Limitada, que comienza la explotación de El Encanto.

En esta parcela novelística sorprenden dos tipos de cargada vitalidad: el Compadre Pelao, llamado así por la costumbre de llamar al Diablo con ese nombre, barretero y gran narrador de cuentos populares, y el Cojo Mardones, que después de pasar veinte años por los peñascales del Valle Central acabó por pensar que era su ambición la que alejaba los tesoros de su alcance. Desde niño había escuchado a los cateadores curtidos de experiencia y malicia: "Es la codicia la que corre las minas". Entonces,

para aplacar a los invisibles poderes, siempre activos en su espíritu, resolvió aliarse con un individuo de corazón cristalino, que fué don Belarmino Vargas, el padre del definitivo poseedor de El Encanto.

La segunda parte rotulada "Campamento" describe las faenas del mineral, las costumbres de sus pobladores y el ambiente de misterio, superstición y brujería en que se desenvuelve la existencia colectiva de una gran masa trabajadora.

Se destacan, por encima de todos los demás, dos individuos de extracción popular y de aguzado carácter criollo: Armando Escalona y Ricardo Robles. Llegan éstos a El Encanto, empujados por su fibra de mineros y buscando un remanso de olvido después de varias trashumancias picarescas. La psicología de ambos está admirablemente resumida en las líneas siguientes:

"Se habían ido muchas veces, de muchas partes. Pero nunca dejaban de sentirse contentos, como si cada salida fuese la primera; como si los caminos o los hombres pudieran ofrecerles algo nuevo, a ellos, que ya lo conocían casi todo. ¿Por dónde no habían andado? *Chile es angosto, y su valle tiene demasiada semejanza con un cauce. Y quien dice cauce, dice tránsito, movimiento, fuga.* Armando y Ricardo se habían dejado llevar siempre por corrientes imperiosas. Es decir, siempre no. Cuando ellos eran mineros —más bien; cuando ellos ejercían su oficio, porque no dejarían nunca de serlo— se habían quietado por largas temporadas en el norte o en el centro. Todos los minerales forman uno solo, y el tránsito era como pasar de un socavón al vecino, de una estocada falsa a otra que retomaba la veta perdida. Algo les obligó, imprevisamente, a cambiar de rumbo. Tuvieron que falsear su sino, haciendo de vendimiadores, de hojalateros, de labriegos, de mecánicos, de cargadores. Y en todas partes estaban siempre de paso, desde hacía tres años, en una especie de sobresalto constante". (Páginas 50-51).

Una historia de amor trasmite una nota de ternura en el paisaje, algo árido, del acaecer colectivo. Ricardo consiguió conquistarse a la arisca cocinera del campamento, Emilia, que se transforma después en algo dócil y blando en las nervudas manos del barretero. El minero se enamora luego de una mujer que vive en una mancebía de Chancón, un poblacho cercano a El Encanto. Mientras Ricardo se distrae en brazos de Elena, Emilia padece penas de amor.

Todas estas escenas se hallan narradas con gran soltura descriptiva y dominio de la acción. Desfilan tipos y caracteres, cuadros de la vida minera, supersticiones y consejos de gran contenido lírico que, en manos de Óscar Castro, se convierten en un espléndido muestrario de la psicología chilena del Valle Central. El

capítulo que relata una juerga en la casa de la Chinda en Chacón, y otro, en que se perfila una escena de juego con un duelo de tahures entre Ricardo y Jacinto Rojas, son de un dinamismo y de una emoción inolvidables. También es soberbia la evocación del velorio del minero Ciriaco Pardo, aplastado por un derrumbe, y el curioso ejemplar humano simbolizado por Juan el Ciego, el rezador, de una delicadeza evocativa valleinclanesca, y que contrasta con la rudeza general del medio. La superstición campesina está muy bien definida en la visita de Emilia al rancho de la bruja, Ña Liboria, a la cual solicita un amuleto para recuperar el amor de Ricardo.

El gran personaje de "Llampo de Sangre", ahora materia de una producción cinematográfica, el protagonista decisivo, es la mina con su dramático escenario y su fatalísimo embrujo. Todas las vidas que emergen del excepcional argumento están, en cierto modo, condicionadas por un destino común: el que las aferra siempre a los espejismos de una posible riqueza y a su incansable búsqueda.

Destino y Providencia

Después de "Llampo de Sangre", el prestigio narrativo de Castro se consolidó en "La Vida simplemente", también obra póstuma.

Aquí se aleja de los asuntos expresados en anteriores novelas. Dotado de sobresalientes condiciones reconstructivas de la vida infantil y adolescente, supo extraer de semejante experiencia una lección armoniosa y un fecundo repertorio de poesía.

La historia de un niño nacido y criado en un barrio de mala fama es la base sobre la cual descansa el argumento de "La Vida simplemente". La miseria más tremenda y las compañías menos recomendables rodean, desde temprano, a Roberto Lagos, el héroe central. En la vecindad y sobresaliendo entre la maraña de casas proletarias, "hay una pintarrajeada de amarillo y café, con un farol de lata y vidrios azules colgando a su puerta". Es la sórdida morada de la "Vieja Linda", amiga de mineros y dueña de una mancebía, de ínfima categoría. Pronto vemos al protagonista, ayudando a las mujeres allí recluidas, por medio de pequeños encargos y familiarizándose con las costumbres de ese antro. Pero Roberto Lagos debe tener en el fondo de su alma, un residuo que le impide contaminarse definitivamente con esa atmósfera de co-

rrupción. La desembarazada personalidad del muchachō vacila, pero no rueda en el abismo fangoso que lo circunda.

Oscar Castro despliega nuevamente abundantes recursos que impiden que la estructura autobiográfica de "La Vida simplemente" se transforme en algo monótono. Los tipos y costumbres que pronto aparecen, las escenas desarrolladas en el antro de vicio con su cortejo de juegos, riñas y robos, constituyen parte de la trama. Contrastando con tanta podredumbre y preservando la limpieza moral de su carácter se destaca, como severa imagen popular, la madre de Roberto Lagos. Es un acierto de la pluma de Oscar Castro y una de sus creaciones más generosas.

Dotada de un milagroso instinto de conservación, allegando recursos con sabiduría suprema a la parva economía familiar, sacando fuerzas de flaqueza, ayunando y multiplicando al mismo tiempo, esa mujer simboliza la solera noble de la raza chilena y el eterno femenino que vela por el destino del grupo social.

El padre y el hermano mayor de Roberto Lagos han seguido el impulso vagabundo del criollo de las capas inferiores y se han ido al Norte, a tentar suerte. El hermano regresa y se muestra generoso, a ratos, después de haberse arrastrado por lugares de perdición. El conjunto vive oprimido, pero también destaca rasgos delicados y humanos. Aquí el temperamento lírico de Oscar Castro tiene oportunidad de sacar partido de los contrastes. La ayuda inesperada, pero no excesivamente generosa, de un pariente rico, Antonio Bernal, dueño de un molino, permite al protagonista principal entrar a la escuela y conocer otro mundo. Se asiste lentamente a la transformación de Roberto, merced a este auxilio providencial, a su capacidad de estudio y a una chispa de superioridad que alienta en su alma.

Las escenas en que el impacto doloroso de la incomprensión de sus compañeros en el Instituto Marista son de las mejores de la obra. Las dificultades endurecen a Roberto, pero también alcanza compensaciones. Conoce en el Instituto a un atildado caballero, Edilberto, que es un alumno mediocre, pero que saca buenas notas. Este lo lleva a su casa, donde Roberto toma contacto con una realidad ignorada: la de la gente de buenas maneras y que come bien. Un día, Roberto se halla con sus antiguos camaradas, los pilluelos del arrabal, quienes lo insultan y le destrozan en una riña su flamante uniforme escolar. Finalmente, encuentra a una muchacha, de una clase social superior, la rubia Mariángela, que estudiaba en un colegio dirigido por monjas, situado a tres cuadras del Instituto. Entre ambos adolescentes se enhebra un idilio pasa-

jero, que concluye con un nuevo desengaño de este aprendiz de Julián Sorel.

Poco a poco hemos asistido al predominio de los factores morales en la determinación de la personalidad definitiva de Roberto. Un vuelco de la suerte y una inesperada caridad del tío sacan a aquél y a su familia del arrabal en que se estrenó su vida. De tal modo termina el libro, pero ya sabemos a qué atenernos sobre el héroe, que pudo ser, si la novela se alarga, una especie de Julián Sorel criollo. El estilo de Oscar Castro, más poético que en otras de sus novelas y cuentos, aquí se convierte en patético y vibrante instrumento expresivo. La filosofía popular que puede extraerse de "La Vida simplemente" se resume al rematar sus páginas, en estas líneas llenas de sabiduría elemental, que resumen el destino de los héroes principales del relato:

"Los pobres creen en el destino o en Dios porque son las únicas potencias capaces de ayudarlos en los momentos supremos. Cuando todas las esperanzas están muertas y los corazones parecen haberse endurecido para siempre, asoma el rostro de lo imprevisible, y pueden vivirse todavía unos días más, unos días que son como una tregua entre dos batallas".

No es todo pesimista entonces en la novela. Una repentina providencia asoma su cara y rectifica el rumbo de tales existencias que endureció el suburbio y sobrevivieron a la adversidad.

Un dulce halo humano, generoso y promisorio, envuelve a Roberto y a su familia cuando abandonan la ciudad y parten al campo, "que se abría como un paño verde y tierno para enjugar mis últimas lágrimas de niño".

Con Castro desapareció tempranamente uno de los artistas más laboriosos y honestos de Chile. Su conocimiento del castellano y su severidad de estilista lo colocaban, en un plano aparte, luminoso y digno, entre los valores nuevos que enriquecieron la ficción criolla, con decoro prestante y pulcra prosa. El escritor rancahuino dejó otra novela inédita, que aun no se ha publicado, intitulada "Lina y su Sombra".

La exageración retórica

Los escritores de la Generación de 1940 —como la llamó Francisco Santana en un ensayo— extendieron su curiosidad hacia regiones olvidadas o poco frecuentadas por los novelistas y cuentistas anteriores. Ya se dijo que Magallanes, que preocupó al argentino Roberto Payró y a muchos historiadores y geógrafos

chilenos, interesó a relatistas como Coloane, a pesar de que ya, en 1936, Juan Marín, en "Paralelo 53 Sur", utilizó ese rico material humano en su afortunado libro.

El Norte, sea el Grande, donde se halla la pampa salitrera, y el Chico, con sus pequeños valles dadivosamente frutales y minas de oro y hierro, de cobre y otros metales, empezó a revelarse en obras de ficción de categoría. Pero el norte tiene elementos inasibles que han derrotado, hasta aquí a los hombres de pluma: su dinamismo dramático, su psicología complicada, la necesidad de afrontarlo con decisión y audacia, porque los espejismos del desierto también vencen a muchos de sus intérpretes literarios. En 1921, Víctor Domingo Silva dió a la publicidad "La Pampa Trágica", puñado de cuentos de irregular intensidad, y en 1932 Andrés Garafulic editó "Carnalavaca", nombre con que se refirió a las minas de cobre de Chuquicamata, que producen gran parte del cobre nacional. Aunque ambos libros son meritorios, no alcanzan a penetrar en la médula psicológica de los mineros y habitantes de esas regiones inhóspitas y dominadas por condiciones de vida inhumanas en épocas anteriores. El neocriollismo, al exagerar su capacidad creadora, también repitió los errores e improvisaciones de las pasadas generaciones intelectuales. En 1944, un escritor regional, nacido en la ciudad de Antofagasta, Andrés Sabella, se estrenó en el relato con su ambiciosa producción novelesca, "Norte Grande". Quiso captar la trágica existencia de los asalariados, mediante la acumulación de numerosos episodios que abarcan diversos períodos y momentos de la evolución del trabajo en las salitreras. La vida obrera exige una sobriedad de detalles, un desasimiento de lo retórico y una sencillez en los medios expresivos para representar la angustia, la esperanza o el fervor que el pueblo pone en sus luchas. Los hombres que hace actuar Sabella son chilenos, transformados por la atmósfera de la pampa; pero, ante todo, son trabajadores o gente humilde, con las necesidades, los sentimientos, los anhelos y las pasiones que en todas partes son características en el mundo sometido a la dura ley de la explotación. El novelista apenas resolvió, de manera parcial, los problemas que se planteó, pero no todos. El mismo advirtió que "Norte Grande" es una manera distinta de novela, que viola todos los límites técnicos y se entronca al poema, al ensayo, a la historia y al símbolo, sin otra unidad que la cronológica.

El exceso de elementos que intervinieron en la composición de "Norte Grande" suele perjudicar la fluencia narrativa y disuelve la fuerza de las situaciones dramáticas, de los caracteres y

de los rasgos psicológicos en un torbellino sensorial. El escritor quiso crear un personaje colectivo —la pampa—, y hacer con él un núcleo que vitalizara su construcción artística, que es una mezcla, no siempre afortunada, de retórica desmesurada y realismo descriptivo. “Norte Grande” se inicia con la evocación del ambiente desde el período de los descubrimientos del salitre hasta la época moderna de la industrialización mecanizada. Primero emerge la pampa, con su soledad descomunal y su abandono; en seguida, las audaces exploraciones y los chilenos que las capitanearon, como don José Santos Ossa, el indio Coca, Juan Zuleta, José Poblete y otros. El escritor traza algunas estampas afortunadas y arriba pronto a la etapa épica, con la fundación de Antofagasta y la existencia de Silverio Lazo, “El Chichero”, que tentó antes a las plumas de Juan Serapio Lois y Germán Lourin. Siguen otros tópicos del desierto, como la sed, el descubrimiento del mineral de Caracoles, y la gesta de los cateadores. Luego se arriba a los momentos en que se pueblan las denominadas huellas y se construyen las primeras salitreras.

El novelista no logra atrapar con felicidad la imagen pintoresca y aventurera del coronel North, ya sea por no haberse documentado lo suficiente o por incapacidad psicológica. Lo concreto es que una sucesión de episodios que pudieron poseer gran fuerza o interés sobre el instante en que se comienza a entregar el salitre al capitalismo británico, se malogran entre la imprecisión y la maleza retORIZANTE. A medida que el escritor se aleja del pasado y se aproxima al medio moderno y a sus luchas sociales, se torna más lúcido, firme y su estilo centelleante de metáforas y de comparaciones abigarradas, consigue un ritmo y una amplitud de más categoría. Las mujeres, la política, la nostalgia de un hogar, constituyen en ese escenario tajantes evasiones frente a la inmensidad avasalladora de un paisaje opresivo y desprovisto de vegetación.

Los fundamentales episodios de las matanzas de San Gregorio y La Coruña están narrados con viveza de reportaje moderno, pero sin utilización artística de temas que aún aguardan a un intérprete afortunado y decisivo.

Sabella asimiló, quizá inconscientemente, los métodos importantes en la novela actual, al asociar a su relato muchos cuadros complementarios y pequeños poemas que iluminan instantes de plenitud histórica, momentos nacionales decisivos, períodos culminantes de la combatividad obrera o de las organizaciones proletarias que imprimieron a Chile su carácter social contemporáneo.

No siempre asisten a Sabella el sentido de las proporciones y el equilibrio técnico. En la "Biografía del Tren" exhibe el novelista una curiosa utilización de elementos folklóricos y de la fecunda imaginación del pueblo nortino. En las "Historias a ras de la Noche", agrupa un ingenioso conjunto de cuentos, de incidencias pícaras y de aventuras que ilustran la caracterología del roto pampino y su amor a lo sobrenatural.

"Norte Grande" es una obra frustrada por el desconocimiento de los métodos que han permitido, en otras partes, resolver las dificultades que exhibe un enfoque ambicioso de la realidad social. El retoricismo ampuloso apenas permite disimular la endeblez del andamiaje de esta ficción, que con todos sus logros parciales es inferior a las producciones de Lomboy, Oscar Castro, Tangol y Coloane. En 1946, Sabella publicó unos relatos intitolados "Sobre la Biblia un pan duro", que confirmaron sus méritos y defectos, calibrados ya en "Norte Grande".

El exceso folklorista

En 1945, la escritora Dinka de Villarroel dió a conocer su novela "Norte Adentro. (En Tierra de Cunzas)".

La novel escritora hizo entonces la advertencia de que había creado un punto imaginario, que denominaba Seter, no obstante su intención original de situar su obra en Toconao, sitio que responde, en parte, al paisaje, a fin de reunir en un solo lugar muchas de las costumbres desparramadas a lo largo del Valle de San Pedro de Atacama.

El libro se abre con una descripción del ambiente físico, a través de la perspectiva de unos viajeros. El héroe principal había dejado el "aïllo" indígena de Seter, donde moraba, y permaneció semanas y meses pegado a la tierra, hasta que descubrió la mina La Fortuna. El protagonista se llama don Pedro Sandón y después se transforma en un minero enriquecido, que conoció los deleites de la vida más refinada del Sur, pero no pierde su carácter elemental de individuo apegado a las tradiciones de sus antepasados. La trama se insinúa sordamente, a través de muchas reticencias de estilo, con menos lucidez que la adecuada para obtener un perfil seguro. Se está ante lo que se podría denominar una prosa difícil, con muchos obstáculos de sintaxis; y con variados pedruscos que obstruyen la nitidez expresiva.

A pesar de todo, la narración interesa, luego de caminar por su superficie con idéntica paciencia que Pedro Sandón y se busca

también una veta que recompense. Del mismo modo que al héroe principal lo saludan pequeñas vertientes y riachuelos bulliciosos, después de subir laderas y bajar al fondo de las quebradas que matizan un extenso valle, al lector de "Norte Adentro" lo acechan perspectivas desconocidas y alucinantes contactos con un universo primitivo. El estilo de Dinka de Villaruel no conoce la tersura ni la naturalidad. Trata de construir imágenes atrevidas e imágenes nuevas que no convencen y denuncian la impericia de su pluma, pero esto no alcanza a desmonetizar su obra.

Violeta de Sandón, la heroína, parte al lejano caserío del desierto a recuperar a su marido, mientras siente que sus recuerdos se agolpan en su cerebro. Reconstruye mentalmente su existencia anterior, en un medio opulento, en una ciudad fascinadora. Tiene que cambiar todo esto por lo que hallará en un valle que desconoce la molición y el lujo. Pronto se estrella con la realidad atacameña y con las mujeres primitivas de ese sitio, por donde pasaron los conquistadores incas y los españoles. Las mujeres del "aillo" están muy bien diseñadas:

"A través del enrejado distinguíase la pollera oscura y amplia de las mujeres y sobre la blusa amarrábase el chal multicolor, listado, que se levantaba como la piel de un camello, cubriendo el fulto hecho a la espalda. Amplios sombreros de copa baja sombreaban sus rostros color de tierra, y a medida que más los observaba, sentía Violeta cudir un estremecimiento en el cuerpo". (Página 24).

Después aparecen los personajes de la novela. Ellos son. Mariano Abán, Patricia, Renato, Basilia, Sebastián, doña Clara, doña Zoila, doña Agustinas y algunos más. Renato Sandoval, un profesor modestísimo, se ha convertido en el galán de Violeta, después de haber amado a Patricia, que se casa con Sebastián. Todo el enredo de amores y de celos, de trastornada actitud en Sandoval y de complicaciones sentimentales en Violeta, está salpicado de folklore y costumbrismo.

En algunos instantes se pierde el hilo narrativo. El capítulo sexto es ocupado por una larga escena que pinta el festejo del ganado; el once lo llena la ceremonia del trasquilamiento que instituye vínculo de compadrazgo; el quince por la ceremonia de la boda a la usanza atacameña y en el veintitrés se reseña un velorio.

Renato, entretanto, convencido de que Patricia tenía relaciones amorosas con Pedro Sandón, la mata en una cacería de patos. Sandón se hace culpable de la muerte y resulta que Patricia es hija suya, lo que declara a Mariano Abán. Renato Sandoval vive en la incertidumbre, entre el recuerdo de la muerte y la sombra

de un amor que se diluye. Sandón permanece entonces indiferente, pero lo impresiona la actitud de Sebastián, que se hace eco de las calumniosas conjeturas que circulan por el villorrio. Violeta, desde la desaparición de Patricia, al saber que ha perdido definitivamente a Pedro, y sin poder soportar el dolor de Renato, es dominada por la idea de la muerte. Sandoval, después de expresar a Sandón que su mujer era el saldo de una pasión suya y que su hija murió amándola, se lanza a un río y la obra termina con un soplo de fatalismo, en medio de la indiferencia de la pampa.

En "Norte Adentro" se halla un brote de ficción novedoso, que reveló a una escritura bien dotada, pero que no sabía administrar sus condiciones, lo mismo que Sabella en "Norte Grande". A veces, la excesiva interpolación folklórica, defecto de los nuevos criollistas, ahoga la atmósfera de las criaturas y menoscaba la nitidez del escenario en que habitan los postreros cunzas, o sea los indios que descienden de los antiguos atacameños.

El mundo del salitre

Sin embargo, estos dos libros —el de Sabella y el de Dinka de Villarroel— sirvieron para abrir un cauce atrevido a los escritores chilenos. Pusieron en evidencia los tesoros de un mundo que está, en lo geográfico, en lo psicológico y en lo social, a gran distancia de la vida en el centro y en el sur del territorio patrio. El mestizo del norte es más extravertido que el huaso del sur y el ambiente modela ángulo salientes de su idiosincrasia: el desapego al dinero, la generosidad algo fastuosa, la libertad de costumbres eróticas y un menor apego a la estabilidad del hogar, a causa del hecho que determinó el auge salitrero o del cobre, con salarios más abundantes e incentivos para la sensualidad criolla. Las crisis salitreras, la cesantía, las luchas sociales más agudas, la organización sindical de los trabajadores, el nacimiento de partidos populares y otros elementos condicionan también el dinamismo de las novelas del ciclo del Norte Grande. En el Norte Chico, la novelística es muy reducida, pero también abundan las supersticiones y un folklore muy rico y coloreado, que aguarda todavía a intérpretes narrativos de prestancia estilística y fantasía creadora.

No va a concluir aquí el grupo de los autores que, movidos por un celo político, social o simplemente artístico, van a cavar más hondamente todavía en la entraña del pueblo nortino. Van a aparecer pronto sólidas expresiones de esta inquietud y un trata-

miento más logrado de los asuntos que ofrece tan emocionante escenario de la múltiple existencia chilena.

En 1951, Nicomedes Guzmán, en "La Luz viene del mar", afronta el ensayo novelístico acerca de la vida en la provincia de Tarapacá y su ambiente salitrero. No supera sus visiones santiaquinas de "Los hombres oscuros" y "La sangre y la esperanza", pero acierta en algunos tipos, como la dulce Virginia, Lorenzo Carmona, Ceferino López, recio luchador proletario; Melania Alderete, de realista contorno; Fresia Zamurio, extraída de un sórdido medio, y algunos más. Pero falta la grandeza épica, y Guzmán repite los errores de otros novelistas al acumular, sin selección, muchos materiales de aluvión o de segunda mano que ahogan la perspectiva del relato y agobian al lector. Por fin, en 1952, Volodia Teitelboim, intelectual izquierdista, expresa en "Hijo del Salitre" su propia manera de encarar, de acuerdo con una técnica muy elaborada, el fenómeno social colectivo del Norte Grande".

El procedimiento empleado por Teitelboim, nacido en 1916, es prolijo y se escapa, desde luego, a toda tentación impresionista. Es lo interesante y también lo peligroso de la manipulación exhibida en "Hijo del Salitre". Tiene el narrador que actuar en dos planos: uno, histórico, objetivo y realista; y otro, imaginativo y de elaboración meramente artística, sin perder nunca el contacto con la intención política de la obra. El terreno es quebrado y peligroso; por una parte presenta cierta monotonía, simétrica e insistente; se oye, a veces, la voz de Elías Lafertte, el héroe que dicta su relato con acentos y dichos propios e intensas peripecias, derivadas de sus primeras aventuras en el mundo sugestivo del salitre. Teitelboim ejecuta un trabajo compacto, a menudo rígido, pero cuidadoso, de la infancia del protagonista, especie de santón popular criollo. Desde luego, Lafertte, que existe y no es un tipo inventado, es individuo de pocos matices, pero de sincero doctrinarismo. Desde su nacimiento hasta su relativa formación en el medio monacal de La Serena se le conduce con minuciosidad de historiador y cariño de correligionario. Después se suceden las primeras experiencias del futuro líder obrero en el norte. Vuelve desengañado al lado de su familia, pero el embrujo del salitre lo lanza otra vez a Agua Santa, en el denominado Cantón de Negreiros. Es admirable y emocionante la descripción que hace Teitelboim del mineral de Huan-tajaya (capítulo V), sitio en que vive el protagonista principal de "Hijo del Salitre" y donde toma contacto con una durísima realidad.

El valor documental de este libro obedece a una consigna po-

lítica y, por eso, se transforma pronto en un valioso inventario de las condiciones de vida que imperaban en Tarapacá, hace medio siglo. Insensiblemente, a medida que se libera el héroe en una suerte de ascesis proletaria, también descubre el lector la sugestión de la pampa, ora espectral en su clima de camanchacas o finisimas lloviznas, ora alegre, cuando era sacudida por el eco de una rebeldía o por la esperanza ingenua de los caudillos sindicales. La parte física de Lafertte se ha endurecido y su moral se está transformando.

La parte más formidable de este compacto volumen es la tercera, intitulada "Sábado Negro", que evoca, con pujanza desconocida en nuestra novelística, la terrible matanza realizada en la Escuela Santa María de Iquique, el 21 de diciembre de 1907. El capítulo XLI de "Hijo del Salitre" sobresale entre los que preceden y posteriores, porque culmina allí la sensación de un suceso colectivo en que la masa actúa movida primero por un impulso solidario y, muy luego, enloquecida por el pánico y el terror. La vida del entonces jovenzuelo Lafertte se identifica con la de esos millares de sacrificados y el núcleo épico asume el primer plano, desplazando a los otros.

La parte final del libro se halla más comprometida y se alarga como concesión al partido en que milita Lafertte. Lo documental y lo narrativo, el arte social y el realismo, lo objetivo y lo imaginativo, la verdad y la fantasía, se mezclan y combinan en estas sólidas y trabajadas páginas, que son de las mejores de un autor bien dotado y hábil. La aguda tensión de muchas de sus evocaciones contrasta, por lo demás, con el "tempo" lento de otras escenas. A veces, la elaboración descubre sus trucos y cierto intelectualismo, que teme a los excesos, detiene a Teitelboim y le impide que se deje arrastrar por su sensibilidad o por el río impetuoso de la vida nortina.

El ciclo nortino, que es breve, pero intenso, se integra también por un buen cuentista, Mario Bahamonde, nacido en 1910, autor de "Tres Cuentos del Norte" (1943), en colaboración con otros dos escritores; "Pampa Volcada" (1943) y "De cuan lejos viene el tiempo" (1951). Tiene inédita una extensa novela sobre la vida en la pampa salitrera. En 1953 se reveló, además, Luis González Zenteno con "Piratas del Desierto" (Dos Narraciones Nortinas), que pronto dará una sorpresa con su novela "Caliche", de sólida base realista y gran aliento social.

La Novela de Ciudad

Uno de los hechos más significativos de la evolución de la novela chilena, en la década del 40, es la superación del horizonte temático del neocriollismo, para alcanzar asuntos cuyo centro argumental no será ya la tierra. Por una parte surgirá la literatura imaginista; pero antes tenemos que examinar las ampliaciones temáticas que surgen con los escritores que se interesan por el mundo de la Ciudad.

La novela de ciudad tuvo en Chile, durante el siglo XIX, vigorosas expresiones en las obras incomparables del fundador del realismo, Alberto Blest Gana, y en sus epígonos Vicente Grez, Moisés Vargas, Ricardo Cruz Coke (Juan Marsella) y Luis Orrego Luco, autor de la renombrada ficción "Casa Grande", que en 1908 conmovió a Santiago, con un revuelo parecido a "Pequeñeces" del padre Luis Coloma.

El naturalismo reflejó también la existencia de la capital de Chile en "Juana Lucero" de Augusto D'Halmar y en "Ansia" de Fernando Santiván, en 1910.

Después de 1941, cuando reverdeció el relato nacional, repuntó también una curiosidad por los aspectos de una gran capital moderna, dotada de nuevas y más dinámicas formas de vida. El edificio de departamentos, con su existencia colectiva, despertó la curiosidad de un político, que incursionó, con relativo éxito, en la novela. Gregorio Amunátegui Jordán compuso dos novelas santiaguinas: "Avenida San Juan 128" (1945) y "Del otro lado de la montaña" (1949), aparte de su conjunto de relatos "Páginas Grises" (1945). Santiago no era, a partir de 1940, una ciudad como la que pintó Blest Gana en "Martín Rivas" y "El Loco Estero", ni como el aristocrático y reducido escenario de "Casa Grande", de Orrego Luco.

Así como Nicomedes Guzmán y Juan Godoy fijaron su atención en los tipos proletarios de la capital, Gregorio Amunátegui hace desfilar, con ceñida concisión, numerosos hombres y mujeres de la clase alta en las páginas de "Avenida San Juan 128". No es un escritor pintoresquista como el español Cela en su libro "La colmena", o como Suárez Carreño en "Las Últimas Horas", de sentido fatalista en su cuadro de la existencia nocturna madrileña. Amunátegui, individuo fino, parlamentario derechista y desprejuiciado, abarca todas las dimensiones humanas de las gentes que viven en un edificio de departamentos de la gran capital moderna: un anciano político retirado; un figurón del Congreso,

Eduardo Urbistondo, al cual Valdemar escribe sus discursos; Miguel Aldana, de escasa calidad y amigo de la dueña de una mancebía; la insustancial señora Barrolea; el diputado Aníbal Romeral, que contrae deudas en un garito; Juanita, que se entrega a un jovenzuelo y se casa después con un médico romántico, el doctor Aguirre, más noble que el resto de sus camaradas de vivienda; Raquel Valdivia, mujer del sur, que es la amante de Juan Valdemar, cuya situación matrimonial es también equívoca. Hay otras comparas que no mejoran el grupo elegido por Amunátegui. Estas son: Eduardo Figueroa, tartufo financiero y corredor de comercio; Carmen, que cambia de amigos con facilidad descarada; Trini, que es camarada de Romeral y manda a éste las cuentas de sus abrigos de zorros plateados; José María Corrientes, político de escaso relieve; Enrique Mendizarreta, que vive de pasados abolengos y prestigios; Blanca Santana, perteneciente a una familia de banqueros y acostumbrada a la opulencia; Beatriz Villalba, que vende artículos de novedades en una tienda del centro; Amengoana, diplomático de poco vuelo y otros por el estilo.

El sordo ritmo de la marea social se alcanza a sentir en estas páginas, a través de una indiferencia moral absoluta, como remedo del hogar antiguo, con sus solicitudes amables o fervorosas. Unos personajes viven de la apariencia y todos simulando virtud, honor o talento, pero careciendo de sentido profundo, de emoción y de cordialidad. Es la imagen escueta y, a veces, desagradable, de lo que ya se insinúa al comienzo de "Avenida San Juan 128": la casa de departamentos no es el hogar; es el hospedaje un lugar diario para yacer. Con todo, el libro es un documento psicológico y social de esta época, que emana de la atmósfera en que se arrastran sus protagonistas y que corresponde a los impulsos que los mueven. En "Del otro lado de la montaña" hay más fibra y señala, en sus mejores páginas, el admirable boceto de El Personaje, al cual no se nombra directamente, pero que siempre se halla dominando con su potente personalidad. La segunda acción interpolada en la ficción, es mucho más tensa que la primera, que tiene su desenlace en la tercera y última. La tragedia de Pilar, la nieta de El Personaje, y las intrigas políticas tejidas en torno de un grupo de ambiciosos acechadores del poder parecen un conjunto de sucesos con alusiones visibles e invisibles a la actualidad en que la experiencia de Amunátegui se patentiza con brío y experto dominio de la acción.

Un intento frustrado

En un sentido paralelo, pero con menos calidad artística, aparecieron dos novelas, ambas premiadas en concursos literarios, que la opinión pública acogió con reservas. Una es "Humano Límite" de Joaquín Ortega Folch, impresa en 1942, y recompensada en el Concurso del Cuarto Centenario de Santiago, con preferencia a "Ránquil" de Lomboy, a "La Sangre y la Esperanza" de Guzmán y a otras obras maestras del relato moderno chileno. Ortega Folch es un escritor acucioso, pero dotado de mal gusto, algo cursi, y apegado a las añejas recetas de un naturalismo manido y de un psicologismo que no domina.

Los personajes de "Humano Límite" pueden desenvolverse en el plano de la realidad inmediata, del diario acontecer, pero ni cautivan ni convencen. A veces, el escritor se aproxima a la elegancia espiritual o a lo que él supone un ambiente adecuado a un preciosismo artístico, algo de similar. Pronto los bastidores se derrumban y se transforman en materia artificial o pegadiza, que está como superpuesta a la narración. Los errores evidenciados en "Humano Límite" alcanzaron límites inauditos en "Infierno Gris" (1950), premio único en el Concurso celebrado por la Sociedad de Escritores en ese mismo año. Toda la crítica chilena, sin una sola excepción, combatió el fallo, que también menospreció a obras de calidad superior para preferir este engendro que desmenuzó con implacable habilidad Hernán Díaz Arrieta. El tema de Ortega Folch era interesante e insidioso en una idea moderna; abarcar la totalidad de la existencia de una metrópoli contemporánea, como lo hiciera John dos Passos en "Manhattan Transfer".

El estilo de "Infierno Gris" se conforma a sus desmedradas calidades estéticas y al calibre de su realizador. Existe una prosa convencional, un lenguaje de "cliché", donde las expresiones neutras y desmonetizadas satisfacen al gran público de la baja burguesía. Es el estilo incoloro elaborado con las adecuadas palabras sacadas de la conversación corriente o del diccionario. Nadie pudo reprochar su uso y su abuso en "Infierno Gris", si el lector se colocaba en la recatada vulgaridad de una actitud poco exigente. La obra tiene el carpinterío de un naturalismo apenas disimulado en los detalles y enredos. Pero surge un aire implacable de frustración que resulta inferior a las vastas intrigas ideológicas de la hora presente, que no se asoman en sus desvanecidos contornos, y no capta jamás Ortega Folch las peripecias espaciales de las multi-

tudes santiaguinas. Por eso la crítica rechazó esta obra con decisión, por su parecido a los novelones de muselina de 1900.

Más temas de ciudad

En 1944 sorprendió la aparición de "Los de Adentro" del escritor, entonces desconocido, Francisco Javier Espejo. El fondo de su enredo, basado en la vida moderna santiaguina, encaraba la lucha del arte antiguo y el de avanzada en el Instituto de Bellas Artes, que surge como parodia del centro oficial en que estudian pintores y escultores. Desde luego, era un ambiente jamás revelado en nuestra novelística, que Espejo pinta con estilización máxima, no sustentada en el realismo, sino en el ángulo exagerado de la caricatura.

En "Los de Adentro" hay un documento rarísimo del universo artístico y de sus miserias. El novel escritor buceó en un enclaustrado campo ignorado por los profanos y que nunca fué incluido en la novelística santiaguina.

La audacia descriptiva de Espejo no es frecuente y compensa del tono artístico frío y lúcido, pero nunca monótono o vulgar de sus escenas narrativas.

En 1946, Edmundo Concha C. se estrenó con su única ficción intitulada "Los Gusanos". También es un libro de consistencia en el cuadro de la novela de ciudad que ofrecen las generaciones más recientes. El autor nació en 1918, tomó parte en movimientos izquierdistas y relata sus experiencias en "Los Gusanos", que pinta el desencanto del héroe en los métodos impuestos por el Partido Comunista. La novela posee, además, un drama de amor. Apenas está insinuado. La mujer, dice el prologuista, no aparece jamás frente a frente, ni habla ni actúa; limitase a pasar una sola vez, a la distancia, un tanto fantásticamente; pero a través de muchas páginas se dejan sentir sus huellas dolorosas, no sin veneno, se da a entender la decepción, mucha amargura y algún resentimiento. Hay incursiones en el mundo administrativo y burocrático, en la fauna política de izquierda y en los curiosos ejemplares de funcionarios esclavizados por las consignas de una causa implacable y fría. Sin ser una obra decisiva, "Los Gusanos" demuestra poder de observación y análisis, sin minuciosidad pesada, que contrasta con el abuso descriptivo de algunos neocriollistas.

Enrique Campos Menéndez en su extensa novela "Lautaro Cortés" (1949) presenta un panorama extenso, en que se movilizan muchos personajes, ocurren variadas cosas, se entrelazan su-

cesos antiguos, y al final adquieren una relación concreta con lo que sólo deja entrever el nudo argumental. La novela pretende o parece intentar un enfoque del arribismo político, social y económico. Campos la ha situado "en cualquier parte", con experiencias mezcladas de su existencia en dos pueblos, con alusiones a hechos de este lado de los Andes, con visible atmósfera bonaerense, y algo muy chileno, que sobrenada en sus páginas. Es, pues, una obra síntesis, un audaz esbozo técnico en que el maquinismo, el mercantilismo, la afebrada vida de las metrópolis, las intimidades de una editorial primero y de un diario después, se combinan con episodios amorosos y galantes, con cuadros bohemios y prostibularios, con la evocadora comunidad de una casa de huéspedes, que aquí surge dos veces, al principio, y al final del extenso volumen de 485 páginas. Con "Lautaro Cortés", se amplía la novela urbana de Chile. A la anécdota frívola o sustanciosa, que satura la superficie del libro de Campos Menéndez, sigue luego una planificada arquitectura del conjunto, que revela grandes lecturas y una experimentada madurez. No se olvide que este escritor, desconocido hasta "Lautaro Cortés" del gran público chileno, tiene todavía un gran territorio que explotar por delante: el de su propia patria, en la cual ha vivido largas temporadas, pero que debe estudiar más a fondo. Es también autor de varios volúmenes de cuentos: "Kupén (Cuentos de la Tierra del Fuego)" (Buenos Aires, 1940); "Fantasmas" (1943) y "Todo y Nada", 1947, que ostenta una dedicatoria a Ramón Pérez de Alaya.

En un ángulo semejante, pero inferior en su carácter artístico, al de Campos Menéndez, se halla la novela "A Nadie Daré una Droga Mortal" de Andrés Terbay, seudónimo del médico Roberto Sarah, de origen árabe. Este volumen surgió en 1949 y relata la historia de Pablo Gial, desde el momento en que presta su juramento en la Escuela de Medicina hasta que su carencia de voluntad lo precipita en una sucesión de fracasos y de tentaciones profesionales.

Se puede criticar a Andrés Terbay cierto esquematismo, la vulgaridad de varias escenas y la carencia de un estilo maduro, pero no se le puede negar que nunca deja languidecer su ficción y no ha llevado a él simples títeres o abstracciones. De toda la obra emana una condición de naturalidad, de autenticidad, que linda a veces en lo escalofriante, como se puede comprobar en las páginas finales que perfilan la tragedia de la bella Marcela Nerri, burlada por su amante, que no se casa con ella como se lo pro-

metió, y tuvo que entregarse a las manos de inescrupulosos galeños que hacen abortar el fruto de su complacencia.

El realismo de Terbay, a pesar de la escabrosidad de su libro, toca un problema gravísimo de moral: la crisis de la conciencia profesional, menos visible en Chile que en otros países, pero sospechoso a través de las grietas que exhibe este vigoroso y apasionante análisis de nuestro tiempo.

José Luis Arraño en "Morbus" (1934) y en "Calle Abajo" (1943) plantea temas de índole moderna, con cierta documentación prolija que no alcanza a recibir el impacto de una severa autocrítica literaria. Trata de demostrar, si alguna tesis puede surgir de "Calle Abajo", que la gran ciudad moderna no tiene espíritu solidario e identifica a todo el mundo en un ritmo violento, que aplanan a las individualidades y las indiferencia con su vértigo. Se percibe, pues, la intención moralizante de Arraño, que exhibe experiencias médicas como Terbay o busca el unanimismo de las metrópolis para descubrir las causas, como Amunátegui y Campos Menéndez, de la crisis del hombre moderno metido en vastas extensiones de cemento, entre rascacielos, edificios colectivos y vicios que estimula la sed de dinero.

En "El Purgatorio" de Gonzalo Drago (1951) se repite un tema de ciudad que gustó bastante al naturalismo de 1900: la explotación de la vida de cuartel. Es un libro que provocó polémicas y recibió la crítica con frialdad. Drago hizo concebir grandes esperanzas con su volumen de relatos "Cobre" (1941), que pinta la existencia de los mineros en El Teniente, en la provincia de O'Higgins. Después decayó en "Una casa junto al río" (1946) y más todavía en "Surcos", cuentos campesinos de la zona central, publicados en 1948. "El Purgatorio" tiene buenas páginas y escenas realistas bien diseñadas, pero en su técnica simple apenas queda sitio para esa visión más entrañada de la existencia, que constituye el arte superior. La compacta estructura de su argumento, la carencia de matices psicológicos, desmedran la calidad y malogran el conjunto. Drago alcanza un resplandor poético en su descripción del mulo "Canelo", que parece comprender los pensamientos del protagonista, Medina, y no se resiente de que lo mantengan largo rato en tres patas, mientras asea sus pezuñas. El naturalismo sin relieve humano de Drago ha impedido que sea uno de los grandes neocriollistas, como parecía preludiarse en "Cobre".

El crítico y profesor Fernando Alegría, que nació en Santiago en 1918, también ha cultivado la novela con éxito desigual.

En 1942 dió a la publicidad "Leyenda de la ciudad perdida" y en 1943 obtuvo un premio resonante con su biografía novelada, "Lautaro, Joven Libertador de Arauco", de gran fluidez evocativa de un héroe indígena de la Conquista. Pero en 1950 publicó en México su obra de intención política "Camaleón", donde muchos vieron alusiones al gobierno del Sr. Gabriel González Videla. Alegría compuso su obra desde lejos y utilizó elementos extraños a la realidad chilena. Conoce el idioma y posee facultades intelectuales notables, pero no supo ahondar en tipos y costumbres que en sus manos se deforman, sin el arte de Miguel Angel Asturias en "El Señor Presidente" o de César Falcón en "El buen vecino Sanabria U." (México, 1947). "Camaleón" no tiene el relieve de otras páginas de Alegría y decae hasta convertirse en algo convencional y caricaturesco, por su elaboración artificiosa y fría.

Ricardo A. Latcham

mayo, 1954

Santiago de Chile

CRÓNICA



A Institución de Estudios Mediterráneos, radicada en la isla de Menorca, con objeto de estimular y ayudar la pura vocación literaria y científica, ha establecido los Premios «Menorca». Nacen estos premios con el nombre de la mediterránea isla de Menorca para significar el propósito fundacional de exaltar en estos momentos de crisis de los valores de nuestra cultura occidental y cristiana, su vinculación y raigambre mediterránea.

Por ello, tanto los trabajos de investigación como los de creación literaria que concurran a este certamen, versarán sobre un tema relativo a la intervención y aportación española a este milenario legado cultural, o alguna relación, en el fondo, con los valores permanentes de aquél. Los Premios «Menorca» abarcarán un ciclo de tres años sucesivos en los que se irán calificando por este orden: novela, biografía e investigación. La cuantía de cada uno de ellos asciende a 200.000 pesetas y si bien puede ser declarado desierto, en caso de que ninguna de las obras presentadas sea de auténtico valor, no podrá dividirse entre varios trabajos.

* * *

Delegaciones de quince países se reunieron en Lima durante la IV Asamblea de la Asociación Interamericana de Radiodifusión, cuya sesión inaugural fué presidida por el Presidente de la República. Se tomaron diversos acuerdos entre los que figuran la discusión de un proyecto de Código de

Etica profesional y el intercambio de legislaciones nacionales sobre esta materia.

* * *

A finales del pasado mes de Abril se ha inaugurado la Primera Exposición de Arquitectura Mejicana en Londres. La muestra, que abarca un período de 3.500 años, es, según ha expresado el Presidente del Real Instituto de Arquitectos Británicos, una de las mejores que se han presentado en aquella ciudad, y su importancia técnica es extraordinaria. Posteriormente la exhibición recorrerá varios países de Europa occidental.

* * *

Con dos días de diferencia fueron inauguradas en la primera quincena del pasado mes de mayo dos conferencias internacionales en la capital de Puerto Rico. Una de ellas, la 6.^a Conferencia de las Indias Occidentales, convocada para tratar de problemas económicos y culturales de la zona del Caribe, vió ampliamente extendido su campo de acción con motivo de presentarse una propuesta costarricense tendente a ampliar la participación internacional en la Comisión hasta incluir todos los países englobados en la región.

La segunda trató sobre problemas de población y de familia y ha merecido una acre censura por parte de los círculos católicos, debido a sus tendencias sobre control de la natalidad.

* * *

El Secretariado Social Mejicano, uniéndose a la campaña promovida recientemente en Méjico contra las publicaciones pornográficas, ha declarado por boca de su Director, que esta campaña, trascendental para el porvenir de la nación, para que sea efectiva ha de dirigirse igualmente contra la venalidad de los jueces y las otras inmoralidades administrativas, así como también debe abarcar la televisión y la radio. Igualmente la Federación estudiantil universitaria, reunida en una manifestación favorable a la campaña, ha pedido la intervención de los órganos competentes de la nación para que secunde el movimiento en pro de la moralización del ambiente.

* * *

Va a construirse dentro de los terrenos de la Universidad de Columbia un importante edificio destinado a albergar todo tipo de actividades artísticas, tanto las más selectas como las más populares. Tenderá a establecer una estrecha relación entre los artistas y los estudiantes, investigadores y críticos.

* * *

Con el acuerdo de los Gobiernos de Ecuador y Chile, el del Perú ha en-

tregado a las Embajadas de Estados Unidos y Gran Bretaña en Lima una declaración declinando las observaciones y reservas opuestas por éste último país a las disposiciones legales adoptadas por el Perú, definiendo y precisando la extensión de la jurisdicción y soberanía de su zona marítima.

* * *

A finales del pasado mes de Abril ha sido concedido el Premio de Literatura Miguel Lanz Duret, para «la mejor novela del año». Ha correspondido a la novela titulada «Toña Machetes», de la joven escritora mejicana Margarita López Portillo. La novela, centrada en la realidad mejicana, de acuerdo con las bases del concurso, se desarrolla en un medio social campesino, descrito con un lenguaje propio y vigoroso.

* * *

Se ha clausurado en San Salvador el pasado día 9 de mayo la Conferencia Extraordinaria del Comité de Integración Económica. Las reuniones se han desarrollado en una atmósfera de gran comprensión y aunque el progreso psicológico logrado sea sobresaliente, también son dignos de mención algunos acuerdos concretos traducidos en recomendaciones con buenas probabilidades de llevarse a cabo. Tales son: el establecimiento de una industria de papel y celulosa en Honduras, una institución de aprendizaje e investigación comercial e industrial en Guatemala y un programa para uniformar los aranceles aduaneros.

* * *

El Instituto Nacional de la Juventud Mejicana, dentro del círculo de sus actividades, ha incluido la celebración con carácter periódico de exposiciones de pintura al aire libre que se están celebrando en el llamado «Jardín del Arte». A estas exposiciones concurren jóvenes artistas mejicanos afiliados a dicho Instituto, por lo que se intenta canalizar los nuevos valores artísticos hacia logros favorables en lo personal y en lo social, a más de que con esto se crea un nuevo centro de interés turístico, que ratificará cómo en Méjico pervive aún su antigua tradición cultural y artística.

* * *

Entre el Ministerio de Salud Pública y Asistencia Social del Perú y el Instituto de Asuntos Interamericanos de la O. E. A., se ha prorrogado hasta 1960 el programa cooperativo de Salud Pública que se viene desarrollando en ese país desde 1942 y comprende labores de higiene industrial, educación sanitaria, bio-estadística, vivienda y planeamiento.

Se ha anunciado en Argentina la celebración del llamado «Plan de difusión musical 1955», que comprende un extenso panorama distribuido en cinco ciclos dedicados a la música contemporánea, la música de cámara, música coral, música argentina y a la presentación de artistas jóvenes argentinos.

* * *

Ha sido creado en Méjico el Instituto Nacional de Investigación Científica, que tendrá a su cargo la tarea de coordinar y fomentar los estudios científicos en el país, con el objeto de mejorar la producción nacional en todos sus aspectos.

* * *

Las tendencias actuales de la televisión en Norteamérica autorizan un moderado oportunismo en cuanto a la mayor vitalidad en la programación de las emisiones. Se está produciendo un abandono gradual de los moldes preliminares, según el patrón de la radio, en favor de un marco más afín a las producciones de teatro y cine.

* * *

Con un último donativo asciende a doscientos mil dolares la ayuda prestada por la Fundación Rockefeller a la facultad de Medicina de Lima, con el propósito de intensificar las investigaciones de Fisiopatología y Biología Andina. Asimismo es probable se realice un vasto plan de ayuda de diversas Fundaciones a dicha Facultad, entre ellas la Fundación W. K. Kellogg, de Michigan, interesada en montar un laboratorio de Ciencias Básicas.

* * *

El Instituto Folklórico Mejicano, recientemente creado, ha iniciado sus actividades para organizar el I Congreso Nacional de Folklore, y la Feria-Exposición que tendrá por objeto dar a conocer la variada producción de artículos de arte popular como cerámica, atuendos nativos, juguetería y otros productos de arte autóctono.

* * *

Para junio ha sido organizado el Primer Festival Cinematográfico Argentino, por la Dirección de Turismo y bajo los auspicios del gobierno de Santiago del Estero, en la ciudad de Río Hondo. Su realización se espera alcance extraordinarias proyecciones, debido a la calidad de las películas nacionales que concurren y la anunciada reunión de figuras destacadas del ambiente cinematográfico.

Ha quedado instalado en Lima el Consejo de Investigaciones Hidrobiológicas, con el fin de estudiar el mejor aprovechamiento y preservación de los recursos renovables del mar. Continuando los trabajos iniciados hace varios años, los inmediatos atienden a importantes aspectos de la Oceanografía Física y Biología marina, estudios limnológicos y ciclos y distribución de varias especies de peces.

* * *

A mediados del pasado mes de abril se ha inaugurado en Méjico el II Congreso Interamericano de Padres de Familia. Los fines que persigue son cooperar con los gobiernos en todas las actividades docentes, preocuparse del ambiente necesario para la sana formación de los jóvenes y consolidar lazos de formación internacional que mantengan «los principios morales y democráticos indispensables para la educación». Se estudiarán puntos tan interesantes como el éxodo de estudiantes latinoamericanos a los colegios protestantes de U. S. A., el sentido social de la educación de los niños, la revisión del nivel económico de los maestros y profesores y la colaboración de éstos con los padres de familia. Igualmente será revisada la situación educacional en la Argentina, después de los últimos acontecimientos políticos y religiosos.

La sección de Artes Plásticas del Club La Rábida



EN diciembre del año anterior, se inauguraba en el Club La Rábida, patrocinado por el Ministerio de Información y Turismo, una exposición de obras de cuatro maestros de la pintura española actual y, simultáneamente, el segundo salón de la joven Escuela Sevillana. Queremos destacar este hecho por lo que pudiera tener de significativo como intento de incorporación del panorama artístico de la ciudad a otro más amplio, como es el español del momento.

Un intento más en el mismo sentido significaba la creación, unos días después, de una sección de artes plásticas dependiente del citado Club. Al propio tiempo, el Ministerio de Información y Turismo instauraba un premio de considerable cuantía al que podrían concurrir cuantos jóvenes pintores expusiesen sus obras en la galería de La Rábida, ya fuese de dentro o de fuera de Sevilla.

Con ello, el ámbito artístico sevillano se ampliaba, cobraba valor de actualidad y se marcaba a los jóvenes una pauta a seguir: la de una fecunda colaboración y labor de conjunto, no de un grupo peligrosamente encerrado en sí mismo, sino amplio y juvenil, abierto y apasionado por cuanto significase renovación y superación.

La Escuela Superior de Santa Isabel de Hungría ha dado siempre a sus alumnos una sabia formación académica, indispensable a los artistas de todos los tiempos y latitudes. El Laboratorio

de Arte de la Universidad completaba la formación de los futuros licenciados en Filosofía y Letras, en la disciplina de Historia del Arte siguiendo las normas trazadas por el que fué gran maestro don Francisco Murillo Herrera. El Ateneo patrocinaba de vez en cuando exposiciones individuales de artistas sevillanos. Y por último, la Diputación concedía todos los años premios de considerable cuantía en forma de becas, para viajes por la Península, por el protectorado e incluso por Italia.

Mas con todo no se conseguía una adecuada fusión ambiental. Salidos de la Escuela, se rompía todo vínculo entre los jóvenes artistas; de otra parte, no existía casi ningún contacto entre éstos y los intelectuales, y por último en Sevilla no se veía pintura de actualidad de dentro ni de fuera.

La sección de artes plásticas de La Rábida surge ahora como intento de llenar este vacío. Don Miguel Pérez Aguilera, Director de esta sección y catedrático de Santa Isabel, resume en dos palabras la labor a realizar: "Exposiciones, colaboración". Siguiendo esta norma, se han incorporado a ella algunos jóvenes artistas que, indecisos en un momento a unirse a la vanguardia artística que representaba el grupo inicial de la Joven Escuela, se han sentido estimulados con la protección de este organismo.

Contando con ello, la sección ha realizado varias exposiciones colectivas: en el mes de febrero, en el Ateneo de Madrid, como parte integrante de los actos de la semana de Sevilla. En el mes de abril, en el Centro Artístico de Granada. Y por último, la de Córdoba que se inauguró a finales del mismo mes. Éxito de público y de crítica en las dos primeras, frialdad en la última y no por falta de acogida en la ciudad. Es que se había forzado la marcha y se acusaba el esfuerzo que suponía el simultanear varias exposiciones a corto plazo, ya que algunos de ellos se presentaban a un tiempo en Córdoba y en Sevilla, en la exposición de primavera y en el concurso al premio La Rábida.

El Premio La Rábida

En este concurso creado por la Dirección General de Información y Turismo, tienen la palabra los propios concursantes. Con ellos, o sea con cuantos hayan celebrado exposiciones individuales o bipersonales en la galería del citado Club, hasta finales de mayo de este año, se formará un jurado que presidido por un representante de aquélla y por otro del Club —designado por el Presidente del mismo— fallará la asignación del premio dotado con quince



«Visitación». Pepi Sánchez Díaz.



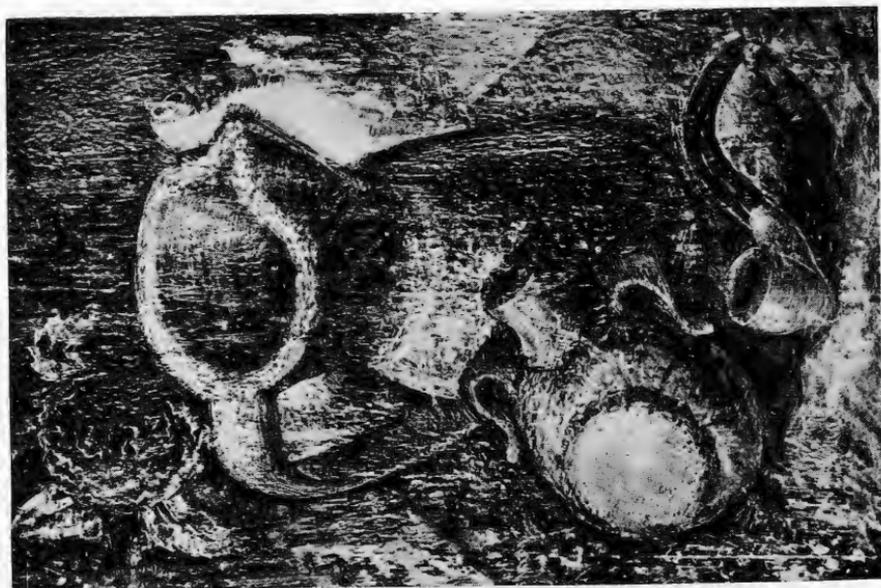
«Niño jugando». Pepi Sánchez Díaz.



«Retrato de Pepi Sánchez». Lola Sánchez Díaz.



«Mercado». José Luis Mauri.



«Bodegón de la pipa». Antonio Milla.



«Cabras». Diego Ruiz Cortés.

mil pesetas a invertir en un viaje por la Península, facilitando con ello esa labor de colaboración y ampliación del horizonte sevillano a que al principio aludía.

Ello ha dado origen a una interesante serie de exposiciones que si por un lado no han podido librarse de los defectos inherentes a todo lo improvisado —como la ausencia de nombres que no deberían faltar—, nos han deparado, por otra parte, agradables sorpresas, al permitirnos apreciar en la obra de algún pintor ciertas calidades difíciles de observar en las anteriores exposiciones colectivas a causa de la parvedad de lo expuesto.

En 21 de febrero inauguró Ortiz Berrocal junto con el escultor José Luis Sánchez. Es Ortiz el único que ha llegado de fuera para tomar parte en el concurso. Después entran en la lid los sevillanos: en primer término María del Carmen Laffón, pintora, con Emilio García Ortiz, escultor. Luego en parejas, los pintores Santiago del Campo y Cortijo, Armando del Río y Antonio Milla, Mauri y Ruiz Cortés y por último las hermanas Lola y Mari Pepa Sánchez Díaz.

Ortiz Berrocal, cuya obra sólo conocíamos de referencia, ha expuesto cuadros bien ponderados de dibujo, con reminiscencias de sus estudios de arquitectura, de tonos cálidos en sus paisajes de Archidona y Algaidas. Carmen Laffón continúa en la línea ya trazada de elegancia y distinción bien patente en sus retratos femeninos; la gravedad de los tonos, un equilibrado sentido de la composición y su fina sensibilidad, dotan a sus figuras femeninas de un aire de natural corrección y dignidad con el que se nos aparecen dulces y lejanas a un tiempo, transidas de un mundo íntimo celosamente guardado y que solamente se nos revela en la profundidad de una mirada o en el gesto expresivo de unas hermosas manos. Esta pintura de rasgos expresionistas, sin detrimento de su belleza formal, podría muy bien servir de contrapeso a esa otra de Cortijo en que el espeso y la estridencia del color y la deformación de las imágenes, en su intento apasionado por reflejar un contenido psicológico, presta a sus retratos un halo fantasmagórico con el que, si en ocasiones consigue una obra afortunada, en su mayor parte se nos antoja falta de sinceridad, como ejecutada con un apriorístico deseo de hacerse notar.

Discreta y ponderada es la pintura de Santiago del Campo, también lo es la de Antonio Milla; en sus paisajes de equilibrada composición y brillante colorido el acento se carga en la subjetividad —tienen algo de soñado los paisajes de Milla— en tanto que

en sus bodegones, alguno muy destacado en la exposición de Madrid, su pintura se hace más concreta y plástica.

Finamente trabajados están los cuadros de Mauri, exquisita y variadamente matizados algunos, otros llenos de ritmo y expresividad. En Ruiz Cortés encontramos algunas vacilaciones, mancha sus telas con soltura, pero quizás debería insistir algo más.

Intensas de vida espiritual, ricas en evocaciones son las ceras de Armando del Río; Vírgenes suavemente estilizadas, y niños que juegan envueltos en un cendal de tonos pálidos; en tanto que en sus óleos deja suelto alegremente el color en rápidas y fugaces pinceladas que esbozan sin definir y que hacen de la luz y el movimiento el motivo principal de su pintura.

De las hermanas Sánchez Díaz es Lola la de acentos más clásicos; su pintura es amable, reposada, de suaves coloraciones y preciso dibujo. La de Mari Pepa es fuerte y decidida; sus telas están concebidas obedeciendo a una rigurosa voluntad de construcción, de dominio inteligente y personal sobre las formas. Presenta paisajes, pero se detiene con especial delectación en sus cuadros de figuras: un mundo comprimido, encerrado por una voluntad superior dentro de una arquitectura de tonos opacos y sin embargo no sometido, sino tenso y vibrante de una vitalidad apasionada que en ocasiones rompe gratamente la pretendida unidad estilística en favor de otros conceptos de signo más expresivo.

Y terminemos con una breve reseña sobre los escultores fuera de concurso. José Luis Sánchez es arquitecto y sabe modelar con seguridad y medida. Emilio García Ortiz, de quien ya nos ocupamos hace poco tiempo en estas mismas páginas, nos ofrece un pintoresco universo en terracotta, de formas movidas y ágiles, plenas de gracia y ritmo.

Otras exposiciones

El grupo de almerienses, que bajo la denominación de Indalianos ha expuesto en el mes de abril en la galería de La Rábida, venía precedido de una gran notoriedad, cuyo origen creemos encontrar además de en el auténtico contenido estético de su pintura, en la propaganda bien dirigida de ese inquieto jefe de la agrupación que es Jesús de Perceval. Fundada ésta en 1939 se dió a conocer rápidamente hasta el punto de que ya en 1948 fueron expuestas obras de algunos de ellos en el salón de los once de la Academia Breve. Eugenio D'Ors se convirtió en paladín de la joven escuela dando el espaldarazo a la doctrina indaliana ya esbozada

por Jesús de Perceval, en la que este último ha buscado y ha creído encontrar un fundamento histórico y geográfico que estableciese un nexo entre sus componentes y diese una orientación a su pintura.

Una gran tarea ésta de Perceval, pues para conseguirlo ha tenido que remontarse a la prehistoria y desenterrando un fetiche ibero, el "Indalo" dios conjurador de las tormentas, en el pueblo de Mojacar —en cuya representación esquemática encuentra ya la "divina proporción" postulada por Fray Lucas Paccioli— hacer de él un canon o módulo para su pintura.

Se nos hace difícil conocer la labor realizada por la obra expuesta en Sevilla. Faltan algunos de los artistas más representativos del grupo y otros, como el propio Perceval nos han traído telas que no son precisamente de lo último que ha salido de su paleta. Cantón Checa, Cañadas, Francisco Durbán, Pituco, Rueda y Francisca de Asís Soriano, a más de Perceval presentan obras en las que se observa un sello de equilibrio y ponderación dentro de diversas tendencias actualizadas en las modernas corrientes españolas y europeas, pero en resumen nada nuevo. Vuelvan los Indalianos a Sevilla, seleccionen algo más su obra y tengamos ocasión de estudiarla y enjuiciarla con más fundamento.

Y ya que la breve extensión de esta crónica no permite más, hemos de mencionar finalmente la exposición de dibujos de la pintora francesa André Massot que acredita su filiación de discípula de Matisse y la de los grabadores argentinos, López Anaya, Ana María Moncalvo y Beatriz Juárez, de auténtico valor dentro de su especialidad.

Emila Cobos Mancebo



El número de abril de la Revista CONFLUENCE publica dos artículos acerca del discutido problema de si hay un genuino movimiento religioso en U. S. A.

Sydney E. Ablstrom, autor de uno de ellos titulado «The Levels of religious revival» cree evidente la existencia de un cierto renacimiento aunque en parte oscurecido por sus manifestaciones más superficiales. Los líderes religiosos perciben el peligro de insinceridad de un crecimiento estimulado por circunstancias favorables políticas y sociológicas, pero no pueden hacer otra cosa sino depurar en lo posible esta insinceridad y tratar de convertir el renacimiento religioso en un auténtico renacer del espíritu cristiano. Sin embargo, por encima de toda clase de estadísticas favorables relativas a diversos extremos de este revivir, lo que es innegable es el renacimiento teológico, que ha situado a los teólogos en el pensamiento americano en una posición no igualada desde hace siglo y medio.

El segundo artículo, «The religious revival and American Politics» del que es autor William L. Miller, destaca la profunda unidad interna del sentimiento religioso americano a pesar de su aparente diversidad exterior.

La situación religiosa de U. S. A., caracterizada por períodos alternativos de renacimiento y declive, presenta ahora, según la prensa popular uno de sus momentos de auge, aunque no todas las pruebas ofrecidas para corroborarlo signifiquen un cambio tan cualitativo como cuantitativo, sino más bien de la religiosidad que de la religión propiamente dicha. En tres esferas

aparece este renacimiento: la de la cultura popular, la intelectual y la propiamente eclesiástica.

* * *

Antonino C. Vivanco inicia en el número 55 de *DINAMICA SOCIAL* (Argentina) una serie de artículos en los que intenta el análisis de la realidad auténtica del mundo hispanoamericano, tan desfigurada hoy por el tópico o el romanticismo.

El tema de este número es titulado «Geografía Económica de América Latina».

Siendo estas regiones americanas, rurales por excelencia, la riqueza proveniente de su explotación se ha concretado en grandes ciudades, con un considerable progreso y alto nivel de vida. Pero es erróneo juzgar a América por este ritmo urbano. La riqueza no sale de la industria, aún incipiente, sino del campo, y no vuelve a él, ni siquiera en forma de bienes. Ello significa un grave error que poco a poco van corrigiendo los gobiernos actuales aunque, pese a la política agraria impuesta en muchos de tales países, puede decirse que, en general, las condiciones en que vive hoy el campesino son muy precarias. Contribuyen a esta situación, además, otros motivos de orden histórico, social, económico y político, cuya superación no puede hacerse de golpe, pero sí necesariamente. Ante los informes, por ejemplo, del trabajo norteamericano «Latin America in future World», cuyas conclusiones casi desoladoras el autor transcribe, es evidente que sólo extremando esfuerzos colectivos con verdadera solidaridad y comprensión interamericana puede eliminarse esta situación anómala.

* * *

Con el título «Guatemala, los Estados Unidos y el comunismo en las Américas» publica el número de abril de la *REVIEW OF POLITICS* un artículo de Fredrick B. Pike. Tras hacer un cuidadoso estudio de la evolución política y económica en la Guatemala contemporánea, especialmente respecto a los últimos acontecimientos, el autor se detiene a considerar las repercusiones de éstos en la posición de U. S. A.

Norteamérica, tácitamente al menos, condonó una agresión similar a la de Corea dando así pie a una nueva introducción de diplomacia basada en fuerza militar que, utilizada ahora para conseguir laudables designios, puede llegar a ser difícil de controlar si se encaminara a fines menos lícitos. Con ello proporcionó una cómoda base a la propaganda rusa y al antiyanquismo sudamericano y contribuyó a minar la autoridad de la ONU despojando a ésta en beneficio de la OEA.

Frente a estos inconvenientes, U. S. A. se apunta la ventaja de volver a asumir en el continente una actitud de dinámica jefatura. Pero esto, suficiente

en situaciones de excepción, no basta para soluciones a largo plazo. Es necesaria una cooperación basada tanto en la amistad como en la generosidad. Actualmente, mientras U. S. A. considera los problemas económicos subordinándolos a la consecución de una efectiva solidaridad anticomunista, Hispanoamérica sitúa aquéllos en primer lugar. Por ello no bastarían todos los pactos de solidaridad interamericana para prevenir el fracaso dimanante de la aplicación de un estricto individualismo económico. La ocasión pues no es propicia a complacencias sobre lo hecho, sino a un reajuste objetivo y a la formulación de métodos más eficaces que los usados hasta ahora para llevar a cabo una tarea que apenas puede considerarse comenzada.

* * *

El pintor americano Federico Castellón dió en Caracas un ciclo de disertaciones acerca del arte en Estados Unidos. En Norteamérica hay cierta confusión de escuelas de arte y de filosofías acerca de lo que constituye la belleza auténtica. Desde fines de siglo, la individualidad personal ha ido aumentando en importancia, la virtud de ser diferente se halla demasiado exagerada. Lo cierto es que la belleza no es propiedad de una interpretación individual.

Fué en la época entre las dos guerras mundiales cuando los pintores norteamericanos empezaron a alejarse de influencias extranjeras. Empezó entonces la pintura regional norteamericana. Se inició una escuela abierta a la vitalidad de lo moderno: empezaron una pintura de carácter y alma completamente norteamericana. Pasada la crisis, en los últimos doce o trece años, la vida artística de Estados Unidos ha sufrido una revolución, reflejo de la revolución cultural y cívica. Hay conciencia en lo norteamericano de que el país es parte integral del mundo y ésto da al pintor una fuerza y empuje que explica que sea el expresionismo la escuela de mayor auge en Norteamérica. Y no es la técnica lo que hace llamarlo expresionista, es el alma, la emoción que los artistas ponen en sus obras. Todo es movimiento en este expresionismo, todo se transforma, todo tiende, todo obedece a estímulos. Esta línea es la que hace resaltar los nombres de John Marin, Jack Levine y Hyman Bloom, o al menos turbulento, casi poético Max Weber.

* * *

Alfred S. Kramer escribe en el número del primer trimestre del año actual de la Revista *PHYLON* un artículo consagrado al estudio de varios incidentes muy significativos en conjunto, en relación con el problema de la integración racial escolar en U. S. A. De dicho estudio deduce el autor la existencia de una peculiar orientación en el Sur norteamericano favorable a la integración y que se produce con independencia de la famosa decisión del Tribunal Supremo en 1954. Con todo, esta actitud de la más alta magistratura influirá en la rapidez de la transformación posibilitándola en unos casos,

acelerándola en otros por más que tal cambio no implique ni pretenda establecer una mutación excesivamente rápida.

La naturaleza del clima social en que estos problemas se consideran es decisivamente importante. Dos directrices básicas deben guiar a quienes se enfrentan con ellos en cualquiera comunidad local norteamericana: evitar la paralización y evitar también el excesivo apresuramiento. Sobre todo se necesita que el impulso surja del medio ambiente local, producto de la actividad de sus propios elementos integrantes y que la iniciativa no se centre en solo un sector racial sino que sea obra de la responsabilidad de todos y cada uno de los miembros.

* * *

Méjico está hoy hondamente preocupado por un problema que atañe a su economía marítima. Sobre este asunto escribe Francisco Mancisidor, en el diario EXCELSIOR, del día 16 de Abril, un artículo en el que aborda el problema de la piratería de costas, con el título «Méjico ante la piratería pesquera». Considera el articulista de trascendental importancia para la solución de este problema, los acuerdos que se tomen en la Conferencia Mundial para la Reglamentación de la Pesca, que se celebrará en Italia próximamente. Para la reglamentación de esta riqueza en Méjico, podrían aprovecharse las experiencias que ofrecen E. U., Canadá y Terranova, y de la misma manera podría llegarse a un acuerdo entre Estados Unidos, Cuba y Méjico, que son los tres únicos países ribereños al Golfo de Méjico, donde tienen planteados intereses comunes. Así pues, es imprescindible llegar a un «status» regional de tipo marítimo, que regule las relaciones pesqueras en el litoral atlántico. Y, por lo que se refiere a la fauna y flora marítima en el Pacífico, es necesario hacer bincapié en una legislación proteccionista del plankton, elemento estimulador del desplazamiento de las especies marinas. Termina el articulista invocando la necesidad de que Méjico plantee en la próxima Conferencia Internacional Pesquera, el problema que tiene planteado con Estados Unidos y la necesidad de llegar a un acuerdo de buen vecino en este asunto de interés común, como es el de la riqueza pesquera.

* * *

La AMERICAN POLITICAL SCIENCE REVIEW inserta en su número de marzo un artículo de H. Wells titulado «Ideology and leadership in P. Rican politics».

La fuerza política más poderosa de la Commonwealth de Puerto Rico es el Partido Popular Democrático, cuyo control del Gobierno insular es el resultado directo de elecciones que puede decirse reflejan la voluntad popular.

Las causas de esta popularidad son dos: la atracción que supone el programa de reformas económicas y sociales ofrecidas por el partido y el

ascendiente personal del fundador y jefe del mismo Muñoz Marín. El primero de estos factores se asienta principalmente en la existencia de necesidades materiales de la vasta mayoría del pueblo portorriqueño muy ampliamente sentidas y tradicionalmente descuidadas. El segundo se nutre en necesidades psicológicas de profundo y extenso arraigo en la isla. Con ello el apoyo popular se basa en la efectiva respuesta del PPD a las demandas humanas básicas del país.

Sería inútil y casi imposible precisar cuál de estos dos factores fundamentales, el ideológico o el personalista, han colaborado en mayor grado al triunfo del PPD. Tampoco puede asegurarse cuánto durará esta combinación pues ya comienzan a notarse cambios significativos dentro de la sociedad portorriqueña. No obstante si estos cambios sociales se consolidan puede esperarse que permitan una transición suficientemente ordenada de la política del paternalismo a la de la responsabilidad popular, no puede asegurarse si el PPD sobrevivirá tal transición pero sí que él la habrá hecho posible.

* * *

Siguiendo las nuevas tendencias de la metodología histórica, «la historia es la vida en toda su compleja y ancha diversidad» Mario Hernández y Sánchez-Barba publica en la REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS, en el n.º correspondiente a noviembre-diciembre del pasado año, un estudio sobre «La población hispanoamericana y su distribución social en el siglo XVIII».

Después de eliminar los muchos datos erróneos y míticos transmitidos acerca de la población de América en el siglo XVIII por la inmigración y el crecimiento vegetativo, así como la distribución territorial, étnica y social, cambios y distribuciones que quedan claramente reflejados en una serie de cuadros estadísticos muy completos.

* * *

El estudio de las relaciones internacionales constituye una de las ramas más jóvenes de las ciencias sociales. Esto es especialmente cierto en cuanto atañe a Europa ya que por lo que toca a los Estados Unidos éstos le han concedido preferente atención en varias de sus Universidades. Piotr S. Wandycz en el número de abril de la REVIEW OF POLITICS considera uno de los numerosos apartados de esta nueva ciencia, el que se denomina la «teoría de las relaciones internacionales», menos estudiada sistemáticamente y menos cristalizada aún que otros.

Para él, la teoría americana de las relaciones internacionales, de creciente entidad, se asemeja en muchos aspectos a la teoría federalista internacional europea. Ambas derivan en gran parte del viejo internacionalismo liberal, son contrapartidas internacionales de la filosofía democrática occidental y se ballan aún en estado de crecimiento y configuración. La diferen-

cia entre ellas radica en primer lugar en el carácter más institucional del federalismo cuando se le compara con la naturaleza más pragmática de la teoría americana, en segundo lugar, en el clima social americano más dinámico que el europeo. A pesar de estas diferencias, una y otra teoría no son irreconciliables y una síntesis de las dos podría muy bien traducirse en una doctrina realmente persuasiva y coherente de las relaciones internacionales asentada en la filosofía democrática occidental de las ciencias políticas.



Ejemplar: 17 ptas.
Suscripción anual: 150 ptas.